

# EDGAR RICE BURROUGHS

---

## Pellucidar



Pellucidar, el país de la luz eterna, un mundo interior dotado de un sol que cuelga eternamente en el firmamento y en el que la idea del transcurso del tiempo puede ser a veces ilusoria. En esta trepidante conclusión a *En el centro de la Tierra*, David Innes descubre una nueva frontera para la humanidad, siempre en lucha para tallar una civilización a partir de los peligros de la Edad de Piedra. Sin embargo, el rapto de la bella emperatriz de las cavernas, Dian, le hace abandonar su lucha por el avance. ¡Entra en una épica batalla contra los primitivos monstruos de Pellucidar!



Edgar Rice Burroughs

# Pellucidar

**Pellucidar - 2**

ePub r1.0

Titivillus 01.04.17

Título original: *Pellucidar*  
Edgar Rice Burroughs, 1915  
Traducción: Desconocido  
Ilustración de cubierta de Frank Frazetta  
Ilustraciones interiores de Frank Frazetta  
Retoque de cubierta: Pipatapalo

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



## Presentación: Pellucidar

**E**n 1914, David Innes y Abner Perry emprenderían un viaje que les habría de llevar a uno de los mundos más inolvidables que aparecieron en la literatura fantástica del siglo xx: Pellucidar, el país de la luz eterna.

El creador de este mundo fue Edgar Rice Burroughs, uno de los escritores más prolíficos de este siglo. Nacido en Chicago en 1875, desempeñaría diversas ocupaciones hasta afirmarse definitivamente como escritor en 1912, gracias a dos obras: *Bajo las Lunas de Marte* (más tarde retitulada como *Una Princesa de Marte*) y *Tarzán de los monos*. Al tiempo de su muerte, en 1950, en Tarzana, California, localidad fundada en honor al personaje que le dio fama y fortuna, sus novelas habían aparecido en más de 58 idiomas.

La serie de Pellucidar consta de siete títulos:

- *En el centro de la Tierra* (*At the Earth's Core*, 1914)
- *Pellucidar* (*Pellucidar*, 1915)
- *Tanar de Pellucidar* (*Tanar of Pellucidar*, 1929)
- *Tarzán en el centro de la Tierra* (*Tarzán at the Earth's Core*, 1929)
- *Regreso a la Edad de Piedra* (*Back to the Stone Age*, 1935)
- *Salvaje Pellucidar* (*Savage Pellucidar*, 1944)
- *La tierra del terror* (*Land of Terror*, 1942)

La estructura de este ciclo de novelas es peculiar si la comparamos con la de otras series de Burroughs. Las dos primeras novelas forman una unidad. La tercera continúa en la cuarta, que, a su vez, es un crossover entre el ciclo de Pellucidar y el de Tarzán; y de la quinta puede decirse que arranca de la conclusión de la

cuarta. La sexta es, al igual que todo lo que tocaba Burroughs a principios de los años 40, una serie de relatos conectados entre sí. La séptima, la única que se editó directamente en forma de libro, sin publicación previa en revista, es de lectura independiente, aunque es cierto que, si somos rigurosos, cualquiera de las siete obras se puede leer aisladamente del resto.

Hablar de la edición española de la serie de *Pellucidar* es, por decirlo de una forma suave, algo complicado. Básicamente, no se ha editado. Sí, han llegado hasta nuestras manos algunos ejemplares de la primera novela en una edición argentina de hace más de veinte años. Además, la cuarta, *Tarzán en el centro de la Tierra*, fue publicada hace casi sesenta años, con una tirada cortísima. Hemos tenido que esperar todo ese tiempo para que Editorial Juventud la reeditase a finales del año 94. También es cierto que la editorial argentina Tor la editó a mediados de los años 40.

¿Qué solo hemos hablado de dos de los siete títulos? La razón es que los restantes nunca se publicaron, no ya en España, sino al parecer, en ningún país de habla castellana. Y lo que es peor, todo parece indicar que ninguna editorial tiene la intención de hacerlo. Han pasado ya tantos años que es altamente improbable que las actuales generaciones de aficionados las vea publicadas en una edición de tirada amplia y de fácil acceso al público. El Rastro Ediciones intentará subsanar esta deficiencia aunque, siendo realistas, seamos conscientes de que no lo conseguiremos salvo de una forma mínima. Aun así, estamos seguros de que os gustará el resultado final.

La novela que tenéis en vuestras manos es *Pellucidar*, la segunda del ciclo. Publicada originalmente por entregas en la revista *All Story Cavalier Magazine*, en los números correspondientes del 1 al 29 de Mayo de 1915, y finalmente, editada en forma de libro en 1923, supone la conclusión de *En el corazón de la Tierra*.

Para los que tengáis en vuestro poder el ejemplar editado por El Rastro Ediciones, o para los que hayáis leído la versión argentina de Intersea SAIC, sobra cualquier tipo de explicación. Para los que no, podemos resumir lo ocurrido de la siguiente forma:

David Innes, descendiente de una familia propietaria de industrias mineras, y Abner Perry, inventor de un *Excavador*

subterráneo, deciden poner a prueba la invención de este último para aprovechar los recursos geológicos de la corteza terrestre. Pero, por accidente, el mecanismo de dirección se atasca y penetran en el interior de la Tierra llegando a Pellucidar. Allí serán hechos esclavos por la especie dominante, los mahars, reptiles evolucionados semejantes a los pterodáctilos, que junto a sus sirvientes sagoths tiranizan a la raza humana. David conoce, y se enamora, de una joven pellucidara, Dian la Hermosa. Hace fuertes amistades con otros humanos, Ghak de Sari y Ja de Anoroc, y funestas enemistades, como la de Hooja el Astuto. Tras fugarse de los mahars, David y Perry lideran una unión entre las diversas tribus de Pellucidar a la que llaman Federación, y se proponen derrocar a los mahars y construir un Imperio; pero para ello David tiene que regresar al mundo exterior y traer los medios necesarios. En el último momento, Hooja sustituye a Dian, que iba a regresar con David, por un prisionero mahar. Cuando David regresa a nuestro mundo, nadie cree su historia, pero a pesar de ello, se propone regresar a Pellucidar.

Este es a grandes rasgos el resumen de *En el corazón de la Tierra*. Ahora vais a leer por primera vez en nuestro idioma *Pellucidar*, la conclusión de la historia, el desenlace de las aventuras de David Innes en el mundo interior.

EL RASTRO EDICIONES

## Prólogo

**H**abían transcurrido varios años desde la última vez que había encontrado una oportunidad de poder dedicarme a la caza mayor, pero, por fin, tenía prácticamente cerrados mis planes de volver a mis viejas posesiones en el norte de África, donde en otras ocasiones había encontrado un excelente pasatiempo en la caza del rey de las bestias.

La fecha de mi partida ya estaba fijada; me iba a marchar en dos semanas. Ningún escolar contando las perezosas horas que deberían transcurrir antes del comienzo de las largas vacaciones que le arrojarían a las delirantes alegrías de un campamento de verano podría encontrarse henchido de una mayor impaciencia o de una anticipación más incisiva.

Fue entonces cuando llegó una carta que habría de llevarme a África doce días antes de mi programa.

A menudo me llegan cartas de lectores desconocidos que encuentran en alguna de mis historias algo que alabar o que censurar. Mi interés en este apartado de mi correspondencia siempre se mantiene fresco. Abrí pues aquella carta con todo el deleite de placentera anticipación con el que había abierto tantas otras. El remite (Argelia) había despertado mi interés y curiosidad, especialmente en esta ocasión, puesto que Argelia sería en breve testigo del fin de mi inminente viaje por mar en busca de entretenimiento y aventura.

Después de leerla quedó claro que los leones y las cacerías de leones se habían evaporado de mis pensamientos, y que me encontraba en un estado de excitación cercano a la locura.

La carta..., bueno, léala por sí mismo, y vea si usted no hubiera encontrado también alimento para las conjeturas frenéticas, las

dudas exasperadoras e, incluso, para una gran expectativa. Es esta:

Estimado señor,

Creo que por casualidad me he tropezado con una de las más extraordinarias coincidencias de la literatura moderna. Pero déjeme comenzar por el principio.

Soy, por vocación, un vagabundo sobre la faz de la tierra. No tengo oficio ni ninguna ocupación.

Mi padre me legó una cierta aptitud; algún remoto antepasado un ansia por vagar errante de un lugar a otro. Yo he combinado las dos y las he investido cuidadosamente y sin ninguna extravagancia.

Estuve interesado en su historia *En el corazón de la Tierra*, no tanto por la verosimilitud del relato, como por el enorme y constante prodigio de que de verdad hubiera gente a la que le pagasen dinero por escribir semejante disparate increíble. Perdone usted mi sinceridad, pero es necesario que comprenda mi actitud mental hacia esta historia en particular, para que pueda creer lo que viene a continuación.

Poco después de esto partí hacia el Sahara en busca de una especie bastante rara de antílope que solo puede ser encontrada en cierta época del año, y en un área muy limitada. Mi búsqueda me llevó lejos de los lugares frecuentados por el hombre civilizado.

Fue una búsqueda infructuosa, al menos en lo que al antílope concierne; pero una noche mientras yacía cortejando el sueño al borde de un pequeño matorral de palmeras que rodeaban un antiguo pozo en medio de las áridas y cambiantes arenas del desierto, de repente fui consciente de un extraño sonido que aparentemente surgía de la tierra bajo mi cabeza.

¡Era un tictac intermitente!

Ningún reptil o insecto con los que yo estuviese familiarizado producía semejantes sonidos. Permanecí allí durante una hora, escuchando intensamente.

Por fin me venció la curiosidad. Me levanté, encendí mi lámpara y comencé a investigar.

Mi colchón y demás ropa de cama yacían sobre una

alfombrilla extendida directamente sobre la ardiente arena. El ruido parecía venir de debajo de la alfombrilla. La levanté, pero no encontré nada, aunque, a intervalos, continuaba el sonido.

Escarbé en la arena con la punta de mi cuchillo de caza. A unas cuantas pulgadas por debajo de la superficie de la arena, encontré una sustancia sólida que tenía el tacto de la madera revestida de acero.

Excavando a su alrededor, desenterré una pequeña caja de madera. De este objeto surgía el extraño sonido que había escuchado.

¿Cómo había llegado hasta allí?

¿Qué contenía?

Al intentar alzarla de su escondite, descubrí que parecía estar sujeta por medio de un pequeño cable aislado que se hundía bajo la arena.

Mi primer impulso fue tirar del objeto para liberarlo a base de pura fuerza; pero, afortunadamente, me lo pensé mejor y comencé a examinar la caja. Enseguida vi que estaba cubierta por una tapa sujeta con bisagras, y que estaba cerrada con un simple corchete abrochado.

Me llevó apenas un momento deslizar este y levantar la tapa cuando, para mi total asombro, descubrí un sencillo y ordinario aparato de telégrafo sonando en su interior.

—¿Qué demonios está haciendo esto aquí? —pensé.

Mi primera suposición fue que aquello era un instrumento militar francés; pero lo cierto es que no parecía haber muchas posibilidades de que aquella fuera la explicación correcta, si uno tenía en cuenta lo solitario y remoto del lugar.

Mientras me senté observando mi extraordinario hallazgo, que todavía seguía sonando en la noche del desierto, sin duda intentando transmitir algún mensaje que yo era incapaz de descifrar, mis ojos se posaron sobre un pedazo de papel que yacía en el fondo de la caja, al lado del aparato. Lo cogí y lo examiné. En él no había escrito nada salvo dos letras:

DI

En aquel momento no significaban nada para mí. Me

sentía perplejo. Por fin, aprovechando un intervalo de silencio por parte del aparato, moví la llave de transmisión y la pulsé unas cuantas veces. Instantáneamente el mecanismo de recepción comenzó a funcionar frenéticamente.

Intenté recordar algo del código Morse con el que había jugado cuando era un muchacho, pero el paso del tiempo lo había borrado de mi memoria. Casi me volví frenético mientras dejaba que mi imaginación corriera desenfrenadamente entre las varias posibilidades por las que aquel aparato podía estar situado allí.

Algún pobre diablo debía encontrarse en el otro extremo en seria necesidad de ayuda. El mismo enloquecido golpear del frenético aparato parecía sugerir algo de esta especie.

¡Y allí estaba yo sentado, tan impotente para interpretarlo como para ayudarlo!

Fue entonces cuando me vino la inspiración. Como un relámpago saltaron a mi mente los últimos párrafos de la historia que había leído en el club de Argelia:

«¿Estará la respuesta en alguna parte del seno del Sahara en el extremo de un cable oculto bajo un túmulo perdido?»

La idea parecía disparatada. La inteligencia y la experiencia me aseguraban que no había la más pequeña posibilidad de verdad en su descabellado relato: Era pura y simple ficción.

¿Pero entonces dónde estaba el otro extremo de aquel cable?

¡Qué era aquel aparato, golpeando allí en el gran Sahara, sino una parodia de la realidad!

¿Lo habría creído yo si no lo hubiese visto con mis propios ojos?

¿Y las iniciales, DI, en la tira de papel? Las iniciales de David eran esas: David Innes.

Sonreí ante mis pensamientos. Ridiculicé la suposición de que existiera un mundo interior y de que aquel cable discurriese a través de la corteza terrestre hasta llegar a la superficie de Pellucidar. Y sin embargo...

Bien, me senté allí toda la noche, escuchando aquel exasperante sonido, moviendo en todo momento la llave de

transmisión para que en el otro extremo supieran que el aparato había sido descubierto. Por la mañana, tras devolver cuidadosamente la caja a su agujero y cubrirla con arena, llamé a mis sirvientes, tomé un apresurado desayuno, monté en mi caballo y partí rápidamente hacia Argelia.

He llegado hoy. Al escribirle esta carta siento que estoy haciendo el tonto.

No existe David Innes.

No existe Dian la Hermosa.

No existe ningún mundo interior.

Pellucidar no es sino un país imaginario; ni más ni menos.

Pero...

El hecho de hallar el aparato de telégrafo enterrado en el solitario Sahara es algo cercano a lo imposible a la vista de su historia sobre las aventuras de David Innes.

Lo he llamado una de las más extraordinarias coincidencias de la ficción moderna. Antes lo llamé literatura, pero, de nuevo perdóneme por mi sinceridad, su historia no lo es.

Y entonces ¿por qué le estoy escribiendo?

El cielo lo sabe; a menos que sea el persistente sonido de ese impenetrable enigma que yace ahí afuera, en las vastas quietudes del Sahara, el que tenga tan excitados mis nervios que haga que la razón se niegue a volver a funcionar correctamente.

Ahora no puedo oírlo, y sin embargo sé que lejos, al sur, completamente solo bajo las arenas, todavía sigue pulsando su vana y frenética súplica.

¡Es enloquecedor!

Es culpa suya; quiero que me libere de esto.

Telegrafieme enseguida, a mis expensas, que no hay ninguna base de verdad en su historia En el Corazón de la Tierra.

Respetuosamente suyo,

*Cogdon Nestor*

*Club... y...*

*Argelia, 1 de Junio de 1914.*

Diez minutos después de leer esta carta, ya había teleografiado a *Mr. Nestor* lo que sigue:

«La historia es cierta. Espéreme en Argelia».

Tan pronto como el tren y el barco pudieron llevarme me apresuré hacia mi destino. Durante todos aquellos lentos días mi mente fue un torbellino de locas conjeturas, de frenéticas esperanzas, de numerosos miedos.

El hallazgo del aparato de telegrafía prácticamente me aseguraba que David Innes había conducido el topo de hierro de Perry de vuelta a través de la corteza terrestre hasta el mundo subterráneo de Pellucidar; ¿pero qué aventuras le habrían ocurrido a su regreso?

¿Había encontrado a Dian la Hermosa, su semisalvaje compañera, a salvo entre sus amigos, o había tenido éxito Hooja el Astuto en sus nefastas intrigas para secuestrarla?

¿Vivía todavía Abner Perry, el viejo y amable inventor y paleontólogo?

¿Habían tenido éxito las tribus federadas de Pellucidar en el derrocamiento de los poderosos mahars, la raza dominante de monstruosos reptiles, y de sus fieros soldados gorila, los salvajes sagoths?

Debo admitir que me hallaba en un estado cercano a la postración cuando entré en el club... y... de Argelia, y pregunté por *Mr. Nestor*. Un momento más tarde fui anunciado a su presencia, y me encontré estrechando la mano a esa clase de individuo de los que hay muy pocos en el mundo.

Era un hombre alto, bien afeitado, de unos treinta años, bien definido, fuerte, erguido y bronceado por ese tinte que da el desierto. Me cayó muy bien desde el primer momento, y espero que después de los tres meses que pasamos juntos en el desierto —tres meses no carentes por completo de aventura— él descubriese que un hombre puede ser un escritor de «disparates imposibles» y, sin embargo, poseer algunas cualidades redentoras.

Al día siguiente de mi llegada a Argelia, partimos hacia el sur, pues Nestor ya había hecho previamente todos los preparativos necesarios, al suponer que yo solo podía acudir a África con un

propósito; dirigirme enseguida hasta el enterrado aparato de telégrafo y arrebatarle su secreto.

Junto a nuestros sirvientes nativos, llevamos con nosotros a un operador de telégrafo inglés llamado Frank Downes. Nada de interés alivió nuestro viaje por ferrocarril y caravana hasta que por fin llegamos al matojo de palmeras que rodeaban el antiguo pozo al borde del Sahara.

Era el mismo lugar en el que había visto por primera vez a David Innes. Si alguna vez había erigido un túmulo encima del aparato, ahora no quedaba ningún rastro de él. Si no hubiera sido por la casualidad que hizo que Cogdon Nestor arrojase su colchón directamente sobre el oculto aparato, todavía estaría allí sonando para ser oído, y esta historia jamás hubiera sido escrita.

Cuando alcanzamos el lugar y desenterramos la pequeña caja, el aparato estaba en silencio; ni siquiera los repetidos intentos por parte de nuestro telegrafista tuvieron éxito en obtener una respuesta del otro lado de la línea. Después de varios días de inútiles esfuerzos por comunicar con Pellucidar, empezábamos a desesperar. Yo estaba tan seguro de que el otro extremo de aquel pequeño cable surgía directamente de la superficie del mundo interior como lo estoy de que hoy estoy sentado aquí, en mi estudio; y entonces, sobre la medianoche del cuarto día, me despertó el sonido del aparato.

Levantándome de un salto, agarré a Downes rudamente por el cuello y lo arrastré fuera de sus mantas. No necesitó que le dijera lo que causaba mi excitación, puesto que desde el instante en que se despertó también había oído el largamente esperado sonido, y con un alarido de triunfo se precipitó sobre el aparato.

Nestor había saltado casi al mismo tiempo que yo. Los tres nos apiñamos alrededor de la pequeña caja como si nuestras vidas dependieran del mensaje que tenía para nosotros.

Downes interrumpió el sonido con su llave de transmisión. El ruido del receptor se paró instantáneamente.

—Pregunta quién es, Downes —le ordené.

Así lo hizo, y mientras esperábamos la traducción de la respuesta, dudo que Nestor o yo respiráramos.

—Dice que es David Innes —dijo Downes—. Quiere saber quiénes somos.

—Dígaselo —contesté—; y que queremos saber dónde está y todo lo que le ha ocurrido desde la última vez que lo vi.

Durante dos meses hablé con David Innes casi todos los días, y mientras Downes nos traducía, tanto Nestor como yo tomábamos notas. De ellas, colocadas en orden cronológico, he sacado por escrito la siguiente relación de las nuevas aventuras de David Innes en el corazón de la tierra, prácticamente con sus mismas palabras.

## Capítulo I

### Perdido en Pellucidar

**L**os árabes, de los que le escribí al final de mi última carta — comenzó Innes—, y a los que tomé por enemigos que intentaban asesinarme, resultaron ser extremadamente amistosos; estaban buscando a la misma banda de merodeadores que habían amenazado mi existencia. El monstruoso reptil ramforincóceo que había traído conmigo desde el mundo interior, el repugnante mahar que Hooja el Astuto había sustituido por mi querida Dian en el momento de mi partida, les llenó de maravilla y temor.

No menos lo hizo el poderoso *Excavador* subterráneo que me había llevado a Pellucidar y me había traído de vuelta después, y que yacía en el desierto a unas dos millas de mi campamento.

Con su ayuda me las arreglé para colocar las pesadas toneladas de su gran mole en posición vertical, con la aguda proa en un agujero que habíamos excavado en la arena y el resto sostenido por troncos de palmeras cortados con tal propósito.

Fue un difícil trabajo de ingeniería, con solo salvajes árabes y sus todavía más salvajes monturas para hacer el trabajo de una grúa eléctrica, pero finalmente se consiguió y estuve listo para partir.

Durante algún tiempo dudé si llevarme al mahar conmigo. Había estado dócil y tranquila desde que se había descubierto virtualmente como una prisionera a bordo del topo de hierro. Nos había sido, por supuesto, imposible comunicarnos al no tener ella órganos auditivos ni yo conocimiento de su método de comunicación en la cuarta dimensión a través del sexto sentido.

Lo cierto es que por naturaleza soy una persona de carácter benévolo, y me superaba el dejar incluso a aquella cosa odiosa y

repulsiva en un mundo extraño y hostil. El resultado fue que cuando entré en el topo de hierro la llevé conmigo.

Era evidente que sabía que estábamos a punto de volver a Pellucidar puesto que de inmediato su comportamiento cambió del habitual abatimiento que la había impregnado a una expresión casi humana de gozo y delicia.

Nuestra incursión a través de la corteza terrestre no fue sino una repetición de mis dos anteriores viajes entre el mundo exterior y el interior. No obstante, creo que esta vez debimos mantener un rumbo más perpendicular, ya que realizamos el viaje a través de las quinientas millas de la corteza en unos cuantos minutos menos que con ocasión de mi primer viaje. En menos de setenta y dos horas desde nuestra partida de las arenas del Sahara, irrumpimos en la superficie de Pellucidar.

De nuevo la fortuna me favoreció por el más pequeño de los márgenes, ya que cuando abrí la compuerta exterior del *Excavador*, vi que no habíamos emergido en el lecho de un océano por apenas unos cientos de yardas.

El aspecto del terreno circundante me era completamente desconocido. No tenía ninguna idea exacta de en qué parte de las ciento veinticuatro millones de millas cuadradas de tierra que componen la inmensa superficie de Pellucidar me encontraba.

El perpetuo sol de mediodía derramaba desde su cénit sus tórridos rayos, como lo había hecho en Pellucidar desde el principio de los tiempos, y como continuaría haciéndolo hasta su fin. Ante mí, al otro lado del amplio mar, la extraña perspectiva sin horizonte se curvaba poco a poco hacia arriba hasta encontrar el cielo y perderse en los azulados abismos de la distancia por encima del nivel de mis ojos.

¡Qué extraño parecía todo! ¡Qué inmensamente diferente de la plana e insignificante área de limitada visión que tienen los habitantes de la corteza exterior!

Estaba perdido. Aunque vagabundease sin cesar durante toda una vida, puede que nunca descubriese el paradero de mis antiguos compañeros en este extraño y salvaje mundo. Que nunca volviera a ver al viejo y querido Perry, ni a Ghak el Velludo, ni a Dacor el Fuerte, ni a aquella que me era infinitamente más preciada, mi dulce y noble compañera, Dian la Hermosa.

Pero aun así estaba contento por volver a pisar una vez más la superficie de Pellucidar. Aunque en muchos de sus aspectos era terrible, grotesca y salvaje, no podía dejar de amarla. Su mismo salvajismo me excitaba, pues era el salvajismo de la naturaleza inexpoliada.

La magnificencia de sus tropicales bellezas me dominaba. Sus enormes superficies de tierra respiraban una libertad sin trabas. Sus inmaculados océanos, susurrando maravillas vírgenes sin mancillar por el ojo del hombre, me miraban sobre sus senos agitados.

Ni por un momento eché de menos el mundo de mi nacimiento. Estaba en Pellucidar; estaba en casa; estaba feliz.

Mientras permanecía soñando al lado del gigantesco objeto que me había traído a salvo a través de la corteza terrestre, mi compañero de viaje, el horrendo mahar, surgió del interior del *Excavador* y se situó a mi lado. Durante un largo rato permaneció inmóvil.

¿Qué pensamientos estarían cruzando por el seno de su cerebro reptiliano?

No lo sabía. Ella era miembro de la raza dominante de Pellucidar. Por un extraño capricho de la evolución de su especie había sido la primera en desarrollar el poder de la razón en aquel mundo de anomalías.

Para ella, las criaturas como yo pertenecíamos a un orden inferior. Como Perry había descubierto entre los archivos de su especie en la subterránea ciudad de Phutra, aun era una cuestión sin resolver entre los mahars el saber si el hombre poseía algún medio de comunicación inteligente o el poder de la razón.

Su especie creía que en el centro de la solidez que se extendía por todas partes existía una singular e inmensa cavidad esférica que era Pellucidar. Esta cavidad estaba situada allí con el único propósito de proveer un lugar para la creación y propagación de la raza mahar. Todo lo que en ella existía había sido puesto allí para el uso de los mahars.

Me pregunté en qué estaría pensando ahora aquel mahar. Encontraba un cierto placer en especular sobre el efecto que habría tenido en ella el pasar a través de la corteza terrestre, y salir a un mundo en el que incluso alguien de menor inteligencia que los poderosos mahars podía apreciar fácilmente que era un mundo

diferente al suyo propio de Pellucidar.

¿Qué había pensado del diminuto sol del mundo exterior?

¿Cuál habría sido el efecto que sobre ella habían tenido la luna y los millares de estrellas de las limpias y claras noches de África?

¿Cómo se los había explicado?

¿Con qué sensación de pavor debía haber observado por primera vez como el sol se movía lentamente por los cielos para al final desaparecer bajo el horizonte, dejando tras su estela aquello de lo que ningún mahar había sido antes testigo: la oscuridad de la noche? Porque en Pellucidar no hay boche. El estacionario sol cuelga eternamente en el centro del cielo pellucidaro, directamente sobre sus cabezas.

Desde luego, también debía estar impresionada por la asombrosa maquinaria del *Excavador*, que había perforado su camino de un mundo a otro y había sido capaz de regresar. Y que había sido tripulado por un ser racional se le debería haber ocurrido también.

Así mismo, me había visto conversando con otros hombres en la superficie terrestre. Había observado la llegada de la caravana con libros, armas, municiones y el resto de la heterogénea colección que había cargado en la cabina del topo de hierro para su transporte a Pellucidar.

Había visto todas aquellas evidencias de una civilización y un poder cerebral que trascendía en logros científicos a cualquier cosa que su raza hubiera producido; ni tan siquiera había visto a una criatura de su propia especie.

Solo podía existir una conclusión en la mente del mahar: Existían otros mundos además de Pellucidar, y el gilak era un ser racional.

Ahora la criatura se estaba arrastrando lentamente hacia el cercano mar. A mi costado pendía un largo revólver de seis tiros — por alguna razón no había sido capaz de encontrar la misma sensación de seguridad en las recientes armas automáticas que habían sido perfeccionadas desde mi ausencia del mundo exterior —, y en mi mano portaba un pesado rifle exprés.

Podía haber disparado al mahar con facilidad, porque intuitivamente sabía que se estaba escapando; pero no lo hice.

Sentía que si pudiese regresar con los de su especie y narrar la historia de sus aventuras, la posición de la raza humana en

Pellucidar habría dado un paso enorme, para que por fin el hombre ocupase el lugar correcto en la consideración de los reptiles.

Al borde del mar la criatura se detuvo y miró hacia mí. Luego se deslizó sinuosamente entre las olas.

Durante varios minutos, mientras se explayaba en las frías profundidades, no vi ningún rastro suyo. Luego, a unas cien yardas de la playa, emergió y durante un corto instante flotó sobre la superficie. Finalmente desplegó sus gigantescas alas, las batió vigorosamente unas cuantas veces y se elevó por encima del mar azul. Dio una vuelta en círculo y después se lanzó recta como una flecha. La observé hasta que la bruma distante la envolvió y desapareció. Ahora estaba solo.

Mi primera preocupación era averiguar en qué parte de Pellucidar me encontraba, y en qué dirección se encontraba la tierra de los saris en la que gobernaba Glak el Velludo.

¿Pero cómo iba a hacer para averiguar en qué dirección se encontraba Sari?

Si comenzaba mi búsqueda, ¿qué pasaría luego?

¿Podría volver a encontrar el camino de regreso hasta el *Excavador* y su incalculable tesoro en instrumentos científicos, armas de fuego y, sobre todo, libros; su gran librería de obras de consulta sobre cualquier rama imaginable de las ciencias aplicadas?

Y si no podía conseguirlo, ¿de qué le iba a valer a mi mundo de adopción todo aquel vasto almacén de potencial civilización y progreso?

Por otra parte, si permanecía allí, ¿qué iba a hacer yo solo?

Nada.

Pero donde no existe Este, ni Oeste, ni Norte, ni Sur, ni estrellas, ni luna, sino solo un estacionario sol de mediodía, ¿cómo iba a hacer para encontrar el camino de vuelta hasta aquel lugar si alguna vez lo perdía de vista?

No lo sabía.

Durante un largo rato permanecí absorto en estas meditaciones, hasta que por fin se me ocurrió coger una de las brújulas que había traído conmigo y comprobar si se mantenía firmemente fijada en un polo invariable. Volví a entrar en el *Excavador* y di un rodeo hacia fuera.

Alejándome a una distancia considerable del *Excavador*, para

que la aguja no se viera influenciada por su gran masa de hierro y acero, giré el delicado instrumento en todas direcciones.

Siempre y de forma invariable la aguja permanecía inflexiblemente fijada en un punto en línea recta con el mar, señalando una gran isla situada a unas diez o veinte millas de distancia. Aquello debía ser el norte.

Saqué mi cuaderno de notas del bolsillo y realicé un cuidadoso croquis topográfico de la zona situada en mi campo de visión. Al norte, a lo lejos, sobre el resplandeciente mar, se extendía la isla.

El lugar que había escogido para mis observaciones era la cima de una peña grande y plana que se elevaba unos seis u ocho pies por encima del césped. A este lugar lo llamé Greenwich. La peña era el «Observatorio Real».

¡Aquello era un principio! No puedo deciros el sentimiento de alivio que me infundió el simple hecho de que al menos hubiera un lugar en Pellucidar que tuviera un nombre familiar y una situación en un mapa.

Fue casi con infantil alegría con la que tracé un pequeño círculo en mi cuaderno de notas y escribí la palabra Greenwich a su lado.

Ahora sí que sentí que podía comenzar mi búsqueda con alguna garantía de volver a encontrar mi camino de regreso al *Excavador*.

Decidí que al principio viajaría directamente hacia el sur, con la esperanza de que en esa dirección encontraría algún sitio que me fuera familiar. Era una dirección tan buena como cualquier otra. Cuanto menos esto es lo más que se puede decir al respecto.

Entre las muchas cosas que había traído del mundo exterior, se encontraban unos podómetros. Metí tres de ellos en mis bolsillos con la idea de que podría llegar a algún punto intermedio más o menos preciso y así poder marcarlo.

Sobre mi mapa marcaría tantos pasos al sur, tantos al este, tantos al oeste, etc. Así, cuando quisiera regresar, podía de esta forma seguir cualquier ruta que eligiese.

También cargué una cantidad considerable de municiones a mis hombros, metí en mis bolsillos algunas mechas y enganché a mi cinturón una sartén de aluminio y una pequeña cacerola para guisar del mismo metal.

Estaba preparado; preparado para salir y explorar un mundo. Preparado para buscar a mis amigos en un área de

124 110 000

millas cuadradas; ¡preparado para buscar a mi incomparable esposa y al bueno de Perry!

Y así, tras cerrar la compuerta de la cubierta exterior del *Excavador*, comencé mi búsqueda. Viajé directamente hacia el sur, atravesando hermosos valles densamente salpicados de pastos y rebaños.

Forcé mi camino a través de frondosos bosques primitivos y ascendí por las laderas de poderosas montañas buscando un paso a sus caras más alejadas.

Rebecos y carneros almizcleros cayeron ante el bueno de mi viejo revólver, de modo que no carecí de comida en las mayores alturas. Los bosques y las llanuras estaban repletos de frutas, aves salvajes, antílopes, uros y alces.

Ocasionalmente, para los animales más grandes y las gigantescas bestias de presa, usaba mi rifle exprés, pero en la mayoría de las ocasiones el revólver cubría todas mis necesidades.

También hubo veces en que encarado por el poderoso oso de las cavernas, el tigre de dientes de sable, el descomunal felix spelaea de crin negra y terrible, incluso mi potente rifle parecía lastimosamente inadecuado. Pero la fortuna me favoreció, de modo que conseguí pasar sano y salvo por aventuras que incluso su recuerdo hace que se me ericen los pelos de la nuca.

No sé cuanto tiempo vagué hacia el sur, ya que poco después de dejar el *Excavador* algo se estropeó en mi reloj y estuve de nuevo a la merced de la desconcertante ausencia de tiempo en Pellucidar, constantemente avanzando hacia delante bajo el gran e inmóvil sol de mediodía que colgaba eternamente en el firmamento.

A pesar de todo, comí muchas veces, de modo que debieron transcurrir días, posiblemente meses, sin que ningún paisaje familiar recompensase mis ávidos ojos.

No vi ni hombres ni rastros de hombres, lo que no es extraño ya que Pellucidar es inmenso en su área terrestre, mientras que la raza humana es muy joven y, por consiguiente, no muy numerosa.

Sin duda que, en aquella larga búsqueda, los míos fueron los primeros pies humanos en tocar el suelo en muchos lugares; míos fueron los primeros ojos humanos en descansar sobre las esplendorosas maravillas del paisaje.

Era una reflexión impactante. Pero no podía menos que hacer hincapié en ella mientras seguía mi solitario camino a través de aquel mundo virgen. Entonces, de forma bastante repentina, un día salí de la armonía primigenia a la presencia del hombre; y la paz se quebró.

Ocurrió de la siguiente forma:

Había estado siguiendo una inclinada garganta para salir de una cadena de elevadas colinas y me había detenido ante su boca para admirar el pequeño y hermoso valle que yacía ante mí. A un lado había un enmarañado bosque, mientras que directamente enfrente de mí un río serpenteaba plácidamente en paralelo a los riscos en los que terminaban las colinas en el extremo del valle.

De repente, mientras me encontraba disfrutando de la hermosa escena, tan absorto en las maravillas de la naturaleza que parecía que no había visto paisajes similares en otras muchísimas ocasiones, un sonido de griterío resonó en dirección al bosque. Que aquellas notas ásperas, discordantes, habían surgido de gargantas humanas no me ofrecía la más mínima duda.

Me deslicé detrás de un gran peñasco cercano a la boca de la hondonada y esperé. Podía oír el ruido de la maleza al ser aplastada en el bosque, y supuse que quienquiera que fuese venía rápidamente; sin duda perseguidores y perseguidos.

En un corto lapso algún animal cazado saltaría a mi vista, y, un momento más tarde, un grupo de salvajes medio desnudos vendrían detrás con lanzas, garrotes o grandes cuchillos de piedra.

Había visto aquello tantas veces durante mi vida en Pellucidar que sentía que podía anticipar con la mayor precisión el hecho del que iba a ser testigo. Esperaba que los cazadores resultasen ser amistosos y pudieran dirigirme hacia Sari.

Mientras meditaba aquellos razonamientos, la presa emergió del bosque. Pero no era un aterrado animal de cuatro patas. Por el contrario, lo que veía era un anciano; ¡un anciano aterrorizado!

Tambaleándose débilmente y desesperado por lo que debía ser un terrible destino, a juzgar por la horrorizada expresión con que continuamente miraba hacia atrás en dirección al bosque, venía dando tropiezos en mi misma dirección.

Apenas había cubierto una corta distancia del bosque cuando vi al primero de los perseguidores: un sagoth, uno de los terribles y

siniestros hombres gorila que guardaban a los poderosos mahars en sus ocultas ciudades, y que salían de vez en cuando en expediciones de caza de esclavos o de castigo contra la raza humana de Pellucidar, a la que la raza dominante del mundo interior tenía en la misma consideración en la que nosotros podemos tener al bisonte o al carnero salvaje de nuestro propio mundo.

Que en poco tiempo estarían sobre él, era bastante claro. Uno de ellos le estaba alcanzando rápidamente; su brazo retrocediendo hacia atrás, con la lanza en la mano, daba fe de cual era su propósito.

Y entonces, con el repentino asombro de un golpe inesperado, capté una vaga familiaridad con el porte y la forma de andar del fugitivo.

Simultáneamente me aplastó el sorprendente hecho de que el anciano era... ¡Perry!

¡Y estaba a punto de morir ante mis ojos sin esperanza de que pudiera alcanzarle a tiempo de evitar la monstruosa catástrofe, porque para mí aquello era una verdadera catástrofe!

Perry era mi mejor amigo.

A Dian, claro está, la veía como algo más que una amiga. Era mi esposa, una parte de mí.

Había olvidado por completo que el rifle estaba en mi mano y los revólveres en el cinturón; uno no puede sincronizar rápidamente sus pensamientos con la edad de piedra y el siglo veinte simultáneamente.

Debido a los hábitos pasados, todavía pensaba en términos de la edad de piedra y en mis recuerdos de la edad de piedra no había lugar para las armas de fuego.

El sujeto estaba prácticamente encima de Perry cuando el tacto del arma en mi mano me despertó del letargo de terror en que me había sumido. Desde detrás de mi peñasco me eché a la cara el pesado rifle exprés, un poderoso ingenio de destrucción que podía abatir un oso de las cavernas o un mamut de un solo disparo, y apunté al amplio y peludo pecho del sagoth.

Ante el sonido del disparo se quedó completamente inmóvil. La lanza resbaló de su mano; después cayó de bruces sobre su cara.

El efecto sobre los otros fue poco menos que extraordinario. Perry posiblemente solo podía conjeturar el significado de aquel

estrepitoso estruendo, o explicar su conexión con el repentino colapso del sagoth. Los demás hombres gorila se habían quedado inmóviles durante un instante. Pero con renovados gritos de rabia saltaron hacia delante para acabar con Perry.

Al mismo tiempo salí de detrás de mi peñasco, desenfundando uno de mis revólveres ya que debía conservar la preciada munición del rifle exprés. Rápidamente hice fuego otra vez con esta otra arma.

Ahora sí que todos los ojos se dirigieron hacia mí. Otro sagoth sintió las balas de mi revolver; pero eso no detuvo a sus compañeros. Habían salido en busca de sangre y venganza y ahora querían conseguir ambas.

Mientras corría hacia Perry hice cuatro disparos más, abatiendo a tres de nuestros antagonistas. Entonces, por fin, los otros siete vacilaron. Les debió parecer demasiado aquella muerte rugiente que saltaba invisible hacia ellos desde una gran distancia.

Aprovechando su vacilación, llegué al lado de Perry. Nunca he visto en el rostro de un hombre una expresión tal como la que vi en el de Perry cuando me reconoció. No tengo palabras para describirla. No hubo tiempo para hablar, apenas para un saludo. Puse el revólver que estaba totalmente cargado en su mano, disparé mi último tiro y lo cargué de nuevo. Quedaban seis sagoths.

Avanzaron hacia nosotros una vez más, aunque pude apreciar que estaban aterrados probablemente tanto por el ruido de las armas como por sus efectos. Nunca nos alcanzaron. A medio camino, los tres que a estas alturas quedaban se dieron la vuelta y huyeron, y nosotros les dejamos ir.

Lo último que vimos de ellos es que desaparecieron en la espesa maleza del bosque. Entonces Perry se volvió y arrojó sus brazos sobre mi cuello y, ocultando su rostro en mis hombros, lloró como un niño.



## Capítulo II

### Viaje terrorífico

**A**campamos al lado del apacible río. Allí Perry me contó todo lo que le había ocurrido desde mi marcha al mundo exterior.

Al parecer Hooja había sugerido que yo había dejado atrás intencionadamente a Dian, y que no tenía ninguna intención de regresar a Pellucidar. Les dijo que yo pertenecía a ese otro mundo y que estaba cansado de este y de sus habitantes.

A Dian le explicó que ya tenía una compañera en el mundo al que había regresado, y que nunca había tenido la intención de llevar a Dian la Hermosa conmigo, que jamás me volvería a ver.

Poco después de esto Dian desapareció del campamento; Perry no la había vuelto a ver ni había tenido ninguna noticia de ella desde entonces.

No tenía ni idea del tiempo que había transcurrido desde que yo me había marchado, pero suponía que varios años habían arrastrado su lento caminar en el proceso.

Hooja también desapareció poco después de que lo hiciera Dian. Los saris bajo el mando de Ghak el Velludo, y los amozs bajo el de Dacor el Fuerte, el hermano de Dian, rompieron su pacto ante mi supuesta deserción, ya que Ghak no creía que yo les hubiera engañado de una forma tan traicionera y que les hubiera abandonado.

El resultado fue que aquellas dos poderosas tribus cayeron una sobre otra con las nuevas armas que Perry y yo les habíamos enseñado a fabricar y usar. Las demás tribus de la nueva Federación tomaron partido por cada uno de los principales contendientes o comenzaron pequeñas revoluciones por su cuenta.

La conclusión fue la total destrucción del trabajo que tan bien habíamos empezado.

Aprovechándose de las guerras tribales, los mahars reunieron a sus fuerzas sagoths y atacaron una tribu tras otra en rápida sucesión causando un terrible caos entre ellas y reduciendo a la mayoría a un estado de terror tan lastimoso como aquel del que las habíamos sacado.

De la antaño poderosa Federación tan solo los saris, los amozs y alguna que otra tribu más, continuaban manteniendo su desafío a los mahars; pero estas tribus también estaban divididas entre sí, y a Perry no le había parecido posible la última vez que había estado con ellas, que pudiera realizarse algún tipo de reunificación.

—Y de esta forma, su majestad —concluyó—, nuestro maravilloso sueño se ha desvanecido en el olvido de la edad de piedra y con él, el primer Imperio de Pellucidar.

Ambos sonreímos ante el uso de mi título real, pero sin embargo todavía era realmente «emperador de Pellucidar», y algún día reconstruiría lo que el vil acto de traición de Hooja había destruido.

Pero primero encontraría a mi emperatriz. Para mí ella tenía más valor que cuarenta imperios.

—¿Tienes alguna pista del paradero de Dian? —pregunté.

—Ni una sola —contestó Perry—. Estaba buscándola cuando me metí en el hermoso lío en el que me encontraste y del que tú, David, me has salvado. Estaba completamente seguro de que tú no habrías desertado intencionadamente ni de Dian ni de Pellucidar. Sospechaba que, de algún modo, Hooja el Astuto estaba en el fondo de todo, así que decidí ir a Amoz, donde suponía que Dian acudiría a la protección de su hermano, y hacer lo posible para convencerla a ella —y a través suyo, a su hermano Dacor el Fuerte— de que todos habíamos sido víctimas de un traicionero complot del que tú no formabas parte.

—Tras un penoso y terrible viaje —continuó Perry— llegué por fin a Amoz, solo para descubrir que Dian no estaba en el pueblo de su hermano y que ellos no sabían nada de su paradero. Estoy seguro que Dacor quería ser justo e imparcial, pero eran tan grandes su cólera y su pesar por la desaparición de su hermana que no podía atender a razones; sin embargo, repitió una y otra vez que solo tu regreso a Pellucidar probaría la honradez de tus intenciones.

Entonces vino un extranjero que procedía de otra tribu enviado por Hooja, estoy seguro. Volvió contra mí a los amoys y me vi obligado a huir del país para no ser asesinado.

—Al intentar regresar a Sari me perdí —continuó— y fue entonces cuando me descubrieron los sagoths. Durante algún tiempo los eludí, escondiéndome en cuevas y atravesando ríos para alejarlos de mi rastro. Viví de las nueces, frutos y raíces comestibles que el azar arrojaba a mi camino. Viajé de un lado al otro, aunque no sé en qué direcciones lo hice, hasta que, por fin, no pude eludirles durante más tiempo y el desenlace llegó tal y como durante tanto tiempo había anticipado que llegaría, excepto por el hecho de que no había previsto que tú estarías allí para salvarme.

Descansamos en el campamento hasta que Perry recuperó las fuerzas suficientes para volver a viajar. Hicimos muchos planes, reconstruyendo nuestros desmoronados castillos en el aire; pero por encima de todos ellos estaban los planes para encontrar a Dian.

Cuando Perry hubo descansado lo suficiente regresamos al *Excavador* donde se equipó de nuevo como un ser humano: ropa interior, calcetines, botas, camisa caqui, pantalones y unas buenas y sólidas polainas.

Al encontrarle iba vestido con unas toscas sandalias de sadok, una túnica fabricada con la áspera piel de un thag y una cuerda por cinturón. Ahora volvía a llevar ropas de verdad por primera vez desde que los hombres mono nos despojaron de nuestras vestimentas en aquel lejano día que había sido testigo de nuestra llegada a Pellucidar.

Con una bandolera de cartuchos cruzando su espalda, dos revólveres de seis tiros a su costado y un rifle en su mano era un Perry mucho más rejuvenecido.

Verdaderamente, en su conjunto, era una persona bastante diferente al vacilante anciano que había entrado conmigo al *Excavador* diez u once años antes, cuando aquel viaje de prueba nos arrojó a unas aventuras asombrosas y a un mundo extraño y hasta ahora no soñado.

Ahora era fuerte y activo. Sus músculos, casi atrofiados por la falta de uso en su vida anterior, se habían endurecido.

Por supuesto que todavía era un hombre mayor, pero en lugar de parecer diez años mayor de lo que en realidad era, como le

ocurría cuando dejamos el mundo exterior, ahora aparentaba ser diez años menor. La vida libre y salvaje de Pellucidar había obrado maravillas en él.

Lo cierto es que si no lo hubiera hecho así hubiera muerto, porque un hombre de la anterior constitución física de Perry no habría sobrevivido mucho tiempo a los rigores y peligros de la vida primitiva del mundo interior.

Perry se interesó mucho en mi mapa y en el «observatorio real». Gracias a los podómetros habíamos rehecho nuestro camino hasta el *Excavador* con facilidad y seguridad.

Ahora que estábamos preparados para volver a ponernos en camino, decidimos seguir una ruta diferente con la esperanza de que nos pudiera llevar a un territorio más familiar.

No voy a cansaros con la repetición de las incontables aventuras ocurridas en nuestra larga búsqueda. Encuentros con bestias salvajes de gigantesco tamaño eran el acontecimiento de casi todos los días, pero con nuestros rifles mortíferos exprés corríamos pocos riesgos en comparación con los que anteriormente habíamos pasado en este mundo de pavorosos peligros, armados inadecuadamente con armas toscas y primitivas y casi totalmente desnudos.

Comimos y dormimos muchas veces, tantas que perdimos la cuenta; por tanto no sé bien cuánto vagabundeamos, aunque nuestro mapa seguía mostrando las distancias y direcciones de una forma bastante aproximada. Debíamos haber cubierto muchísimas millas cuadradas de territorio y aun no habíamos visto ningún paraje que nos fuera familiar, cuando desde las alturas de la cadena de montañas que estábamos atravesando divisé en la distancia grandes masas de ondulantes nubes.

Las nubes son parcialmente desconocidas en los cielos de Pellucidar. En el momento en que mis ojos se posaron en ellas mi corazón dio un vuelco. Agarré a Perry del brazo y, señalando hacia la distancia sin horizonte, grité:

—¡Las Montañas de las Nubes!

—Están muy cerca de Phutra y del país de nuestros peores enemigos, los mahars —objetó Perry.

—Lo sé —contesté—, pero al menos nos dan un punto de referencia desde el que podemos continuar nuestra búsqueda más racionalmente. Al menos es un territorio familiar. Nos dicen que

estamos en la ruta correcta y que no vagabundeamos en la dirección equivocada. Además, cerca de las Montañas de las Nubes habita un buen amigo, Ja el mezop. No lo conoces, pero sabes todo lo que hizo por mí y todo lo que de buena gana haría por ayudarme. Al menos nos guiaría en la dirección correcta hacia Sari.

—Las Montañas de las Nubes constituyen una cordillera enorme —replicó Perry—. Deben abarcar un territorio muy extenso. ¿Cómo vas a hacer para encontrar a tu amigo en la inmensa región que se divisa desde sus escarpados flancos?

—Fácilmente —le respondí—; Ja me dio instrucciones precisas. Prácticamente recuerdo sus mismas palabras: «Simplemente tienes que llegar hasta el pie del pico más elevado de las Montañas de las Nubes, allí encontrarás un río que desemboca en el Lural Az. Directamente frente a la desembocadura del río verás tres grandes islas en la distancia, tan lejanas que casi no es posible discernirlas; la que está situada a la izquierda es Anoroc, donde yo reino donde la tribu de Anoroc».

Y así nos apresuramos hacia la gran masa de nubes que iba a ser nuestra guía durante varias y fatigosas marchas. Por fin llegamos cerca de sus elevados riscos, alpinos en su belleza.

Destacando majestuosamente entre sus insignes compañeros, un magnífico pico levantaba su gigantesca cabeza miles de pies por encima de los demás. Era el que buscábamos; pero a sus pies ningún río discurría hacia ningún mar.

—Debe de verse desde el lado opuesto —sugirió Perry, echando una triste mirada de reojo a las prohibitivas cumbres que impedían nuestro avance más allá—. No podremos aguantar el frío ártico que despiden los elevados desfiladeros y rodear esta interminable cordillera requeriría un año o más. La tierra que buscamos debe encontrarse al otro lado de las montañas.

—Entonces las cruzaremos —insistí.

Perry se encogió de hombros.

—No podemos, David —repitió—. Vamos vestidos para los trópicos. Nos congelaríamos hasta morir entre las nieves y los glaciares mucho antes de que pudiéramos descubrir un paso al lado opuesto.

—Tenemos que cruzarlas y las cruzaremos —reiteré.

Tenía un plan, y aquel plan lo llevaríamos a cabo aunque nos

llevarse algún tiempo.

Primero hicimos un campamento permanente un poco más arriba de las laderas, aprovechando que allí había agua potable. Luego salimos en busca del gran y peludo oso de las cavernas que habita en las más elevadas alturas.

Es un animal poderoso, un animal terrible. Es un poco más pequeño que su primo de las colinas más bajas, pero lo compensa con lo enorme de su ferocidad y la longitud y espesor de su peluda piel que era lo que buscábamos.

Dimos con él bastante inesperadamente. Yo avanzaba con dificultad a lo largo de un rocoso sendero desgastado durante incontables eras por las acolchadas patas de las bestias salvajes. En un saliente de la montaña, alrededor del cual corría el sendero, me encontré cara a cara con el titán.

Yo subía por un abrigo de piel. Él bajaba para desayunar. Cada uno nos dimos cuenta que allí se encontraba lo que buscábamos.

Con un enorme rugido la bestia cargó contra mí. A mi derecha el peñasco se elevaba miles de pies en línea recta; a mi izquierda descendía un abismal y oscuro cañón; enfrente estaba el oso y a mi espalda Perry.

Grité para advertirle y después alcé mi rifle y disparé al amplio pecho de la criatura. No había tiempo para apuntar; la cosa estaba prácticamente encima de mí.

Que mi bala hizo su efecto fue evidente por el aullido de rabia y dolor que brotó de las espumeantes quijadas. Sin embargo, no lo detuvo.

Cuando estaba sobre mí, volví a disparar. Caí debajo de su enloquecida tonelada de carne, garras, nervios y huesos.

Pensé que había llegado mi hora. Recuerdo que pedí perdón al pobre Perry por dejarle solo en aquel mundo inhóspito y salvaje.

Y entonces me di cuenta de repente de que el oso había desaparecido y yo estaba ileso. Me levanté de un salto, con el rifle todavía agarrado en mi mano, y miré alrededor buscando a mi antagonista.

Pensé que lo encontraría más allá, bajando el sendero, probablemente acabando con Perry, y salté en la dirección en que suponía que estaba, para encontrarme con Perry encaramado a una roca saliente varios pies por encima del sendero. Mi grito de

advertencia le habría dado tiempo suficiente para alcanzar aquel punto de seguridad.

Estaba agachado, con los ojos y la boca muy abiertos; un verdadero retrato del terror más abyecto y de la consternación.

—¿Dónde está? —gritó al verme—. ¿Dónde está?

—¿No ha pasado por aquí? —pregunté.

—Por aquí no ha pasado nada —contestó el anciano—. Pero oí sus rugidos. Debía ser tan grande como un elefante.

—Lo era —admití—. ¿Pero en dónde demonios se ha metido?

Entonces me vino a la mente una posible explicación. Regresé al punto en que el oso me había tirado al suelo y miré por el borde del peñasco hacia el abismo de abajo.

Lejos, muy abajo, vi una pequeña mancha marrón cerca del fondo del cañón. Era el oso.

Mi segundo disparo debió matarlo y, entonces, su cuerpo ya muerto después de arrojarle al sendero, se había tambaleado hasta el abismo. Me estremecí al pensar lo cerca que yo también había estado de caer con él.

Nos llevó un largo rato llegar hasta el cuerpo y fue una ardua tarea el desprender la gran piel. Pero al fin se consiguió el objetivo y regresamos al campamento arrastrando el pesado trofeo detrás nuestro.

Dedicamos otro considerable periodo de tiempo a limpiarlo y curtirlo. Tras hacer eso, nos fabricamos unas pesadas botas, pantalones y abrigos de gruesa piel, con el pelo vuelto hacia dentro. Con lo que sobró nos hicimos unos gorros que nos cubrían hasta las orejas con unas faldillas que también nos resguardaban los hombros y el pecho.

Ahora ya estábamos convenientemente equipados para la búsqueda de un paso al otro lado de las Montañas de las Nubes.

Lo primero que hicimos fue trasladar nuestro campamento hasta el mismo borde de las eternas nieves que cubrían la elevada cordillera. Allí construimos una pequeña y abrigada choza, a la que aprovisionamos y pertrechamos con una diminuta chimenea para que hiciera de calefacción.

Con nuestra choza como base trabajamos denodadamente en busca de un paso que atravesase la cordillera.

Cada uno de nuestros movimientos era cuidadosamente anotado

en nuestros mapas, que ahora teníamos por duplicado. De esta forma evitábamos tediosas e innecesarias repeticiones de rutas que ya habíamos explorado.

Sistemáticamente ascendíamos desde nuestra base en dos direcciones y cuando por fin descubríamos lo que parecía ser un paso accesible trasladábamos nuestras pertenencias a una nueva choza, cada vez a mayor altura.

Era un trabajo duro, amargo, cruel, congelador. No avanzamos ni un paso sin que el siniestro segador persiguiese silenciosamente nuestro rastro.

Allí habitaban grandes osos de las cavernas y sombríos y famélicos lobos, criaturas espantosas del doble del tamaño de nuestros lobos de los bosques canadienses. Más arriba fuimos atacados por enormes osos blancos, hambrientos y diabólicos compañeros que llegaban rugiendo desde la cima de los ásperos glaciares al primer indicio de nuestra presencia, o siguiendo sigilosamente nuestro olor cuando todavía no nos habían visto.

Una de las peculiaridades de la vida en Pellucidar es que el hombre es más a menudo el cazado que el cazador. Son millares los monstruosos e intimidadores carnívoros de este mundo primitivo. Nunca, desde que nacen hasta que mueren, están aquellos enormes estómagos suficientemente saciados; por eso sus poderosos dueños están siempre rondando en busca de comida.

Terriblemente armados para la batalla como están, los hombres en su estado más primario se les presentan como una presa fácil, lento de zancada, insignificante de fuerza y pobremente equipado por la naturaleza con armas de defensa naturales.

Los osos nos veían como comida fácil. Solo nuestros pesados rifles nos salvaron de una muerte prematura. El pobre Perry nunca tuvo un corazón de león, y estoy convencido de que los terrores de ese horrible periodo le debieron causar una intensa angustia mental.

Mientras proseguíamos nuestra ruta más y más allá, hacia la distante grieta que suponíamos marcaba un camino accesible a través de la cordillera, nunca sabíamos en que momento algún poderoso ingenio de destrucción, armado con garras y colmillos podía embestirnos por la espalda o acecharnos al otro lado de una helada loma o de un prominente saliente de los escarpados acantilados.

El rugido de nuestros rifles constantemente alteraba el ancestral silencio de aquel mundo de maravillosos cañones nunca antes vislumbrados por el ojo del hombre. Incluso cuando nos tendíamos a dormir en la relativa seguridad de nuestra choza las grandes bestias rugían y peleaban al otro lado de nuestras paredes, arañando y batiendo la puerta o arrojando temerariamente sus colosales figuras contra las paredes de la choza haciendo que estas temblasen y se balanceasen por el impacto.

Sí, era una vida muy divertida.

Perry hacía recuento de nuestras municiones cada vez que volvíamos a la choza. Para él se había convertido en una especie de obsesión. Contaba nuestros cartuchos uno a uno y luego intentaba calcular cuánto tiempo nos quedaría antes de que gastásemos el último, y tanto él como yo tuviéramos que permanecer en la choza hasta que muriésemos de hambre o al aventurarnos fuera en busca de alimento acabásemos llenando la panza de algún oso hambriento.

Debo admitir que yo también estaba preocupado, porque nuestro avance era, efectivamente, muy lento, y nuestras municiones no podían durar siempre. Discutiendo el problema llegamos a la decisión de quemar nuestras naves y hacer un último y supremo esfuerzo por cruzar la línea divisoria.

Esto significaba que debíamos mantenernos sin dormir durante un largo periodo, y con el riesgo adicional de que cuando llegase el momento en que pudiéramos permanecer más tiempo despiertos podíamos todavía encontrarnos en lo más alto de aquellas gélidas regiones de perpetua nieve y hielo, en las que el sueño significaría una muerte segura, expuestos como estaríamos a los ataques de las bestias salvajes y sin ningún abrigo del horroroso frío.

Pero decidimos que debíamos correr aquellos riesgos, y así, salimos de nuestra choza por última vez, llevando con nosotros tan solo lo más necesario para sobrevivir. Los osos parecían inusitadamente inquietos y decididos en esta ocasión, y mientras escalábamos lentamente, más allá del punto más alto que previamente hubiésemos alcanzado, el frío se volvió infinitamente más intenso.

De repente, con dos grandes osos siguiendo nuestro rastro, entramos en una densa niebla.

Habíamos llegado a las cimas que se encontraban cubiertas de nubes durante largos periodos. Apenas podíamos ver nada a unos cuantos pasos más allá de nuestras narices.

No nos atrevíamos a retroceder por temor a los osos a los que podíamos oír gruñendo a nuestras espaldas. Encontrarse con ellos en aquella desconcertante neblina hubiera sido cortejar a una muerte instantánea.

Perry estaba casi aturdido por lo desesperado de nuestra situación. Se desplomó sobre sus rodillas y comenzó a rezar. Era la primera vez que le veía volver a su vieja costumbre desde mi retorno a Pellucidar; había pensado que había abandonado su pequeña idiosincrasia, pero no lo había hecho. Todo lo contrario.

Dejé que rezara sin molestarlo durante un momento, y entonces cuando estaba a punto de sugerirle que haríamos mejor apresurándonos, uno de los osos lanzó un rugido a nuestras espaldas que hizo temblar la tierra bajo nuestros pies. Eso hizo que Perry se levantara de un salto, como si le hubiese picado una avispa, y echase a correr hacia delante a través de la cegadora niebla a un paso tal que presagiaba un inminente desastre si no lo detenía.

Las grietas eran demasiado frecuentes en el glaciar como para permitir aquella temeraria velocidad aun incluso cuando la atmósfera hubiera estado más clara; además, allí existían pavorosos precipicios a cuyos bordes nos conducía a menudo nuestra ruta. Me estremecí al pensar en el peligro que corría mi pobre amigo.

Le llamé a voz en grito para que se detuviera, pero no me respondió. Entonces me apresuré en la misma dirección por la que se había ido, mucho más rápido de lo que dictaría la seguridad.

Por un momento creí oírle delante, pero aunque a menudo me detuve a escuchar y llamarle de nuevo, no oí nada más, salvo los gruñidos de los osos que seguían tras nosotros. Todo estaba envuelto en un silencio de muerte, el silencio de una tumba. A mi alrededor permanecía la espesa e impenetrable niebla.

Estaba solo. Perry se había ido, ido para siempre. No tenía la más mínima duda.

En algún lugar cercano se encontraba la boca de una traicionera fisura y lejos, en su helado fondo, yacían los restos de mi viejo amigo, Abner Perry. Allí permanecería su cuerpo, conservado en su

helado sepulcro durante incontables eras, hasta que, en algún día distante y lejano, el lento y movedizo río de hielo realizase su lento caminar hasta un nivel más cálido; allí vomitaría la espantosa evidencia de aquella siniestra tragedia que en esa futura y lejana era significaría un desconcertante misterio.



## Capítulo III

### Lanzado por la pendiente, y lo que ocurrió después

**A** través de la niebla seguí mi camino por medio de la brújula. No volví a oír a los osos ni me encontré a ninguno en la niebla.

La experiencia me ha enseñado desde entonces que estas grandes bestias están tan aterradas por este fenómeno como lo está un hombre de tierra firme por la niebla en el mar, y tan pronto como la niebla les envuelve hacen lo posible por descender a los niveles donde la atmósfera está limpia.

Me sentía muy triste y solo mientras caminaba por el difícil paso. El apurado trance en que me hallaba pesaba menos sobre mí que la pérdida de Perry, debido a lo mucho que apreciaba a mi viejo camarada.

Comenzaba a dudar que alguna vez llegase a ganar las laderas opuestas a la cordillera, porque aunque de ordinario soy un hombre osado, me imagino que la aflicción en la que me hallaba sumido había arrojado tal abatimiento sobre mi espíritu que no podía ver el más leve rayo de esperanza para el futuro.

Además, el gris y marchito olvido de las húmedas y frías nubes por las que estaba vagando también me deprimía. La esperanza crece con más vigor a la luz del sol de lo que lo hace entre la niebla.

Pero el instinto de autoconservación es más fuerte que la esperanza. Afortunadamente es capaz de crecer en la nada. Echa raíces sobre el borde de una tumba y florece en las mismas mandíbulas de la muerte. En aquel momento vibró con bravura en el pecho de una esperanza moribunda y me urgió a avanzar hacia

delante en un terco esfuerzo por justificar su existencia.

Mientras avanzaba, la niebla se volvía más densa. No podía ver más allá de mi nariz. Incluso la nieve y el hielo que pisaba me eran invisibles. No podía ver la parte baja de la pechera de mi abrigo de piel de oso. Me daba la impresión de estar flotando en un mar de vapor.

Seguir adelante sobre un peligroso glaciar bajo semejantes condiciones era prácticamente una locura; pero no podía detenerme aunque supiera positivamente que la muerte yacía a dos pasos de mi nariz. En primer lugar porque estaba demasiado congelado para pararme y en segundo lugar porque me hubiera vuelto loco ante la incertidumbre de los peligros que me acosaban a cada paso.

Durante algún tiempo el suelo había sido áspero y escarpado, pero ahora ya me veía forzado a subir a una altura considerable en la que me encontraba totalmente inmerso en el glaciar. Gracias a mi brújula sabía que estaba siguiendo la ruta correcta, así que me mantuve en ella.

Una vez más el suelo era plano. Debido al viento que me azotaba supuse que debía hallarme en algún risco o pico descubierto. Y entonces, repentinamente, di un paso en el vacío. Me giré frenéticamente e intenté agarrarme al suelo que se deslizaba bajo mis pies.

Solo encontré una superficie lisa y helada. No encontré nada a lo que agarrarme o que pudiera detener mi caída y, al instante, mi velocidad era tan grande que nada podía sujetarme.

Tan repentinamente como había caído al vacío, con igual vertiginosidad emergí de la niebla, saliendo disparado a la claridad de la luz del día como una bala de cañón. Mi velocidad era tan elevada que no podía distinguir nada a mi alrededor, salvo una borrosa y confusa sabana de nieve lisa y helada por la que pasaba con la rapidez de un tren expreso.

Debí recorrer miles de pies cuesta abajo antes de que el precipicio se curvase suavemente en una amplia meseta, llana y cubierta de nieve. Me lancé a través de ella cada vez con menor velocidad hasta que por fin los objetos comenzaron a tomar una forma definida a mi alrededor.

A lo lejos, a millas y millas de distancia, divisé un gran valle y un inmenso bosque; más allá había una amplia extensión de agua.

En las inmediaciones distinguí una pequeña y oscura gota de color sobre la resplandeciente blancura de la nieve.

—Un oso —pensé agradeciendo el instinto que me había impelido a agarrarme tenazmente a mi rifle durante mi vertiginosa caída.

A medida que me iba acercando iba teniendo una visión más clara de la cosa; no pasó mucho tiempo antes de que me parase súbitamente sobre la suave capa de nieve, en la que estaba brillando el sol, a menos de veinte pasos del objeto de mi inmediata aprensión.

Estaba esperándome de pie sobre sus patas traseras. Mientras corría a su encuentro dejé caer mi arma en la nieve al tiempo que me doblaba de la risa. Era Perry.

La expresión de su cara, combinada con el alivio que sentía al verle otra vez sano y salvo, fue demasiado para mis sobreexcitados nervios.

—¡David! —gritó—. ¡David, hijo mío! Dios ha sido benévolo con este anciano y ha respondido a sus oraciones.

Al parecer, Perry en su enloquecida huida se había precipitado por el borde del abismo, casi en el mismo punto por el que yo lo había hecho un poco más tarde. El azar había realizado por nosotros lo que largos periodos de racional esfuerzo no habían conseguido.

Habíamos cruzado la cordillera. Estábamos en el lado de las Montañas de las Nubes que durante tanto tiempo habíamos intentado alcanzar.

Miramos a nuestro alrededor. Bajo nosotros se extendían verdes árboles y cálidas junglas. En la distancia se veía un gran mar.

—El Lural Az —dije señalando hacia su verdeazulada superficie.

De algún modo que solo los dioses pueden explicar, Perry también había retenido su rifle durante su loco descenso por la helada ladera. Aquello era también motivo de gran regocijo.

Ninguno de nosotros había salido malparado de su experiencia, de modo que después de sacudirnos la nieve de la ropa, comenzamos a descender a un vivo paso hacia el calor y confort del bosque y la jungla.

La marcha fue fácil en comparación con los pavorosos obstáculos a los que habíamos tenido que enfrentarnos al otro lado

de la cordillera. Nos encontramos con fieras, por supuesto, pero salimos adelante con éxito.

Antes de que nos detuviéramos a comer y a descansar, legamos junto a un pequeño arroyo montañoso bajo los maravillosos árboles de una selva primigenia en una atmósfera cálida y confortable. Aquello me recordó un día de principios de Junio en los bosques de Maine.

Nos pusimos a trabajar con nuestras hachas y cortamos suficientes arbolillos como para construir una tosca protección contra las bestias más feroces y luego nos tendimos a dormir.

No sé cuanto tiempo dormimos. Perry sostiene que dado que no hay medio alguno para medir el tiempo en Pellucidar, allí no existe ningún concepto al que podamos llamar «tiempo», pudimos, por tanto, haber dormido tanto el equivalente a un año del mundo exterior como a un simple segundo.

Pero sé esto. Habíamos clavado en el suelo los extremos de alguno de los jóvenes árboles al construir nuestro refugio, quitándoles primero las hojas y las ramas, y cuando despertamos descubrimos que muchos de ellos habían echado brotes.

Personalmente opino que dormimos por lo menos un mes, pero ¿quién puede saberlo? El sol marcaba el mediodía cuando cerramos los ojos y estaba en la misma posición cuando los abrimos; no se había movido ni una pulgada durante el intermedio.

En Pellucidar la cuestión del transcurso del tiempo es de lo más desconcertante.

De cualquier forma, estaba bastante hambriento cuando desperté. De hecho creo que fueron las punzadas del hambre las que me despertaron. Una perdiz blanca y un jabalí salvaje cayeron ante mi revolver apenas unos cuantos momentos después de despertarme. Después Perry encendió un llameante fuego en la orilla del pequeño arroyo.

Fue una comida buena y apetitosa. Aunque no nos comimos todo el jabalí, sí di buena cuenta de él, mientras que la perdiz apenas constituyó un bocado.

Una vez satisfecha nuestra hambre, determinamos ponernos enseguida en busca de Anoroc y de mi viejo amigo Ja el mezop. Ambos estimamos que siguiendo el pequeño arroyo corriente abajo, llegaríamos al gran río que Ja me había explicado que desembocaba

en la parte del Lural Az situada frente a su isla.

Así lo hicimos, y no nos vimos defraudados, ya que, por fin, tras un placentero viaje —qué viaje no sería placentero tras las penalidades que habíamos soportado entre los picos de las Montañas de las Nubes—, llegamos hasta una amplia riada que se precipitaba majestuosamente en dirección al gran mar que habíamos divisado desde las nevadas laderas de las montañas.

Durante tres largas marchas seguimos la orilla izquierda del creciente río, hasta que le vimos desembocar su poderoso volumen en las vastas aguas del mar. A lo lejos, cruzando el ondulado océano se distinguían tres islas. La de la izquierda debía ser Anoroc.

Por fin nos estábamos acercando a la solución a nuestro problema: el camino hacia Sari.

Pero cómo llegar hasta las islas era ahora la cuestión principal que ocupaba nuestras mentes. Debíamos construir una canoa.

Perry es un hombre muy ingenioso y tiene un axioma que consiste en pensar que lo que un hombre ha hecho, otro hombre lo puede hacer, y para Perry no tiene mayor importancia el que se sepa o no el cómo hacerlo.

Hace ya un tiempo intentó fabricar pólvora, primero poco después de nuestra huida de Phutra y luego al inicio de la confederación de las tribus salvajes de Pellucidar. Decía que una vez alguien, sin ningún conocimiento del hecho de que semejante cosa pudiera ser inventada, se había tropezado con ella por accidente, y por eso él no podía entender porque un individuo que lo supiera todo sobre la pólvora salvo el cómo fabricarla, no pudiera hacerlo también.

Trabajó duramente mezclando todo tipo de cosas, hasta que finalmente desarrolló una sustancia que se asemejaba a la pólvora. Estaba muy orgulloso de aquella materia, y fue por la aldea de Sari mostrándosela a todo aquel que quisiera escucharle, explicando cual era su propósito y el terrorífico caos que era capaz de desencadenar, hasta que los nativos quedaron tan aterrados ante aquella sustancia que no se acercaron ni un palmo a Perry y a su invención.

Finalmente le sugerí que experimentásemos con ella y viésemos lo que podía hacer; así que Perry encendió un fuego tras haber situado la pólvora a una distancia segura y luego aplicó a una ascua incandescente una minúscula partícula del mortífero explosivo. La

ascua se extinguió.

Repetidos experimentos me demostraron que al buscar un potente explosivo, Perry había conseguido un extintor de incendios que le habría hecho rico en nuestro mundo.

Ahora se puso a trabajar en la construcción científica de un navío. Yo le sugerí que construyéramos una piragua, pero Perry me convenció de que debíamos construir algo más en consonancia con nuestra posición de superhombres en aquel mundo de la edad de piedra.

—Tenemos que impresionar a los nativos con nuestra superioridad —explicó—. No olvides, David, que eres emperador de Pellucidar. Como tal, no puedes acercarte con dignidad a las costas de una potencia extranjera en una embarcación tan tosca como una piragua.

Le señalé a Perry que no era mucho más incongruente para el emperador cruzar en piragua que el que el primer ministro intentara construir una con sus propias manos.

Ante eso se sonrió; pero al mitigar su sonrisa me aseguró que era bastante habitual para los primeros ministros prestar su atención personal a la construcción de las naves imperiales.

—Y esta —dijo— es la nave imperial de su Serena Majestad, David I, Emperador de los Reinos Federados de Pellucidar.

Hice una mueca burlona, pero Perry estaba hablando en serio. Siempre me había parecido una especie de broma el que se dirigiesen a mí llamándome «Majestad» y demás zarandajas, pero lo cierto es que mi dignidad y poder imperial habían sido una cosa muy real durante mi breve reinado.

Veinte tribus habían ingresado en la Federación, y sus jefes se habían jurado lealtad eterna los unos a los otros y a mí. Entre ellas había muchas poderosas aunque salvajes naciones. A sus jefes los habíamos hecho reyes y a sus tierras tribales, reinos.

Los habíamos armado con arcos, flechas y lanzas además de sus propias armas primitivas. Los había entrenado en la disciplina militar y en todo aquello del arte de la guerra que había entresacado de mis intensivas lecturas de las campañas de Napoleón, von Moltke, Grant y los antiguos.

Habíamos marcado lo mejor que pudimos las fronteras naturales que dividían los distintos reinos. Habíamos advertido a las tribus de

más allá de estas fronteras que no debían traspasarlas y habíamos marchado contra aquellos que lo habían hecho para castigarlos severamente.

Encontramos y derrotamos a los mahars y a los sagoths. En poco tiempo habíamos demostrado nuestros derechos al imperio, siendo rápidamente reconocidos y anunciados fuera de nuestras fronteras; pero mi partida al mundo exterior y la traición de Hooja nos habían hecho caer.

Sin embargo, ahora había regresado. El trabajo que el destino había deshecho debía ser realizado de nuevo y aunque me sonriese ante la mención de mis honores imperiales, nadie más que yo sentía el peso del deber y la obligación que descansaban sobre mis hombros.

Lentamente, el navío imperial progresaba hacia su finalización. Era una nave preciosa, aunque tenía algunas dudas sobre ella. Cuando se las comenté a Perry, este me recordó gentilmente que mi familia había sido durante muchas generaciones propietaria de minas y no constructores de barcos y, consecuentemente, yo no podía esperar saber mucho sobre la materia.

Yo tenía en mente inquirirle sobre su aptitud hereditaria para el diseño de navíos de guerra; pero en tanto que ya sabía que su padre había sido un reverendo en una población muy alejada de la costa, desistí para no ofender a mi viejo y querido compañero.

Era tremendamente serio en su trabajo, y debo admitir que por muchas que fueran las apariencias en su contra, lo hizo extremadamente bien con las escasas herramientas y ayudas de que disponía. Solo teníamos dos pequeñas hachas y nuestros cuchillos de caza; sin embargo, con ellos talamos árboles, los cortamos en tablones, los igualamos y los ajustamos.

El «navío» tenía unos cuarenta pies de eslora por diez de manga. Sus costados eran rectos y de diez pies de altura.

—Tienen el propósito —explicó Perry— de añadir dignidad a su apariencia y ofrecer menos facilidades al enemigo que quiera abordarlo.

De un modo prosaico yo ya sabía que Perry tenía en mente la seguridad de su tripulación ante el posible ataque de las jabalinas enemigas; los elevados costados suponían un excelente refugio. El interior me recordaba de hecho a una trinchera flotante. También

tenía un ligero parecido con un horroroso ataúd.

Su proa se inclinaba sutilmente hacia atrás desde la línea de flotación, de una forma bastante parecida a la línea de un barco de guerra. Perry lo había diseñado pensando más en su efecto moral sobre el enemigo que en cualquier daño real que pudiera infligir. De modo que las partes que quedaban a la vista eran las más imponentes.

Por abajo, la línea de flotación era prácticamente inexistente. Debería haber tenido un considerable calado, pero como el enemigo no lo vería, Perry decidió quitarlo, y eso hacía que su casco fuese plano. Esto era lo que causaba mis dudas.

Hubo otra pequeña idiosincrasia en su diseño que se nos escapó a los dos hasta que estuvo preparado para ser botado: no tenía medio de propulsión. Sus costados eran demasiado altos para permitir el uso de arrastres, y cuando Perry sugirió que lo podíamos empujar con pértigas, protesté diciendo que esa sería una manera muy zafia e indigna de aproximarse a un enemigo, incluso aunque pudiéramos encontrar y manejar pértigas que llegasen hasta el fondo del océano.

Finalmente sugerí que lo convirtiésemos en un navío a vela. Una vez que la idea cuajó, Perry la acogió entusiásticamente y nada le impediría hacer un navío de cuatro mástiles completamente aparejado con velas.

De nuevo intenté disuadirle, pero estaba verdaderamente enloquecido con el efecto psicológico que tendría sobre los nativos de Pellucidar la aparición de aquel extraño y poderoso artefacto. Así que lo aparejamos con delgadas pieles a modo de velas y tripas secas por cuerdas.

Ninguno de los dos sabía mucho de manejar un barco de vela, pero tampoco me preocupaba mucho porque estaba convencido de que nunca seríamos capaces de hacerlo, y mientras más se acercaba el día de la botadura, más seguro estaba de ello.

Lo habíamos construido en una parte baja de la orilla, cercana a la desembocadura del mar y justo por encima de la pleamar. Su quilla yacía sobre varios rodillos hechos con troncos de árboles; los extremos de los rodillos descansaban en unos raíles paralelos hechos con los largos y finos troncos de los árboles más jóvenes. Su popa estaba orientada al agua.

Unas cuantas horas antes de que estuviéramos listos para botarlo daba una imagen bastante imponente, ya que Perry había insistido en poner velas por todas partes. Le dije que yo no sabía mucho de aquello, pero que estaba seguro de que la botadura de un buque solo terminaba una vez que el buque flotase de manera segura.

En el último minuto hubo algún retraso mientras le buscábamos un nombre. Yo quería bautizarlo como Perry en honor tanto de su diseñador como de aquel otro gran genio naval del mundo exterior, el capitán Oliver Hazard Perry, de la Marina de los Estados Unidos. Pero Perry era demasiado modesto; no quería ni oír hablar de ello.

Finalmente decidimos establecer un sistema en la nomenclatura de la flota. Los navíos de guerra de primera clase llevarían los nombres de los reinos de la Federación, los cruceros armados los nombres de los reyes, los cruceros los de las ciudades y así en línea descendente. Decidimos, por consiguiente, llamar a aquel primer buque de guerra *Sari*, por ser este el primero de los reinos de la Federación.

La botadura del *Sari* resultó ser más fácil de lo que pensaba. Perry quería que subiera a bordo y rompiera algo sobre la proa mientras flotaba en el seno del río, pero le dije que me sentiría más seguro en tierra firme hasta que viera de que lado flotaba el *Sari*.

Pude ver por la expresión del rostro del anciano que mis palabras le habían herido, pero observé que no se ofreció a hacerlo él mismo, así que no me sentí tan mal como me hubiera sentido si lo hubiera hecho.

Cuando cortamos las cuerdas y quitamos los bloques que sujetaban al *Sari* en su sitio, se dirigió al agua como una bala. Antes de que la tocara ya iba a una velocidad temeraria, puesto que habíamos engrasado los raíles hasta llegar al agua, y además, a intervalos, habíamos situado rodillos preparados para recibir la nave cuando se dirigiera adelante con suprema dignidad. Aunque lo cierto es que no había ninguna dignidad en el *Sari*.

Al tocar la superficie del río debía ir a unas veinte o treinta millas por hora. Su mismo ímpetu hizo que se lo llevase la corriente hasta que por fin se detuvo gracias a la larga cuerda que habíamos tenido la precaución de atar a su proa, sujetándola a un gran árbol de la orilla.

En el momento en que su avance fue detenido volcó

instantáneamente. Perry estaba anonadado. No le eché nada en cara; no le recordé que ya se lo había dicho.

Su pena era tan clara y tan genuina que no tuve corazón para hacerle reproches, aunque me sintiera inclinado a hacerlo.

—¡Vamos, vamos, camarada! —grité—. No es tan malo como parece. Échame una mano con esa cuerda y tiremos de ella todo lo que podamos, y luego cuando baje la marea intentaremos otra cosa. Creo que todavía lo podemos conseguir.

Nos las ingeniamos para llevarlo hacia aguas menos profundas. Cuando bajó la marea quedó escorado sobre uno de sus lados en el cieno, una situación bastante lastimosa para el primer navío del mundo, «el terror de los mares» como ocasionalmente lo describía Perry.

Tuvimos que trabajar rápido; antes de que volviera a subir la marea lo habíamos desaparejado de sus velas y mástiles y lastrado con varias libras de rocas. Si no estaba demasiado hundido en el cieno estaba seguro de que esta vez flotaría sobre el lado correcto.

No necesito decirlos cómo palpitaban nuestros corazones mientras, sentados a la orilla del río, observábamos cómo subía lentamente la marea. Las mareas de Pellucidar no son muy importantes en comparación con las más altas mareas del mundo exterior, pero sabía que sería suficiente para comprobar ampliamente si el *Sari* era todavía capaz de flotar.

No estaba equivocado. Finalmente tuvimos la satisfacción de ver al bajel salir del cieno y flotar lentamente corriente arriba con la marea. Mientras subía el agua lo acercamos a la orilla y subimos a bordo.

Ahora se posó suavemente sobre su quilla plana; no hizo agua, ya que estaba bien calafateado con hilo y resina alquitranada. Lo equipamos con un único mástil corto y una vela ligera, asegurado a los tablones que habíamos situado por encima del lastre formando una cubierta; estaba preparado para navegar por medio de la corriente fluvial con un par de remos y fondeaba gracias a una primitiva ancla de piedra hasta esperar el regreso de la marea que nos llevaría a alta mar.

Mientras esperábamos dedicamos el tiempo a la construcción de una cubierta superior, ya que la situada inmediatamente por encima del lastre estaba a unos siete pies de la borda. Situamos esta

segunda cubierta a cuatro pies por encima de la anterior. En ella pusimos una amplia y espaciosa compuerta que daba a la cubierta inferior. Los costados del navío se elevaban unos tres pies de la cubierta superior formando un excelente parapeto, en el que, a intervalos, hicimos una serie de aberturas por las que tendidos en el suelo podíamos disparar sobre un enemigo. Aunque íbamos en misión de paz en busca de mi viejo amigo Ja, sabíamos que nos podíamos encontrar con gentes de otras islas que no resultasen amistosas.

Por fin volvió la marea. Alzamos el ancla y lentamente derivamos corriente abajo del gran río en dirección al mar.

A nuestro alrededor pululaban los poderosos habitantes de las primigenias profundidades: plesiosaurios, ictiosaurios y todos sus horribles y viscosos primos, cuyos nombres eran parecidos a los de las tías y tíos de Perry, pero de los que nunca he sido capaz de acordarme una hora después de haberlos oído.

Al fin comenzábamos un viaje que habíamos estado esperando durante tanto tiempo y cuyo resultado tanto significaba para mí.



## Capítulo IV

### Amistad y traición

**E**l *Sari* resultó ser una nave muy errática. Lo habría hecho bien en la laguna de un parque si hubiera estado fondeada de un modo seguro, pero en el seno de un océano inmenso dejaba mucho que desear.

El navegar a favor de viento era su punto fuerte, pero al navegar con viento largo o cuando lo hacía de bolina derivaba terriblemente, como cualquier hombre de mar habría supuesto que lo haría. No podíamos mantener nuestro rumbo más allá de unas cuantas millas, y nuestro avance era lamentablemente lento.

En lugar de dirigirnos hacia la isla de Anoroc, nos desviábamos hacia la derecha, hasta que se hizo evidente que tendríamos que pasar entre las dos islas de la derecha e intentar volver hasta Anoroc desde el lado opuesto.

Mientras nos aproximábamos a las islas, Perry se rendía ante su belleza. Cuando estuvimos entre ellas cayó en un justificado éxtasis; no pude reprochárselo.

La tropical lujuria del follaje, que casi se sumergía en el mismo borde del agua, y los vivos colores de la floresta que moteaba aquel verdor, formaban un espectáculo grandioso.

Cuando Perry se hallaba en la mitad de un florido panegírico sobre las maravillas de la pacífica belleza de aquella escena, una canoa surgió de la isla más cercana. En ella había una docena de guerreros; al momento fue seguida de una segunda y una tercera.

Cierto que no sabíamos las intenciones de aquellos extraños, pero podíamos suponerlas fácilmente.

Perry quería coger los remos e intentar escapar de ellos, pero

enseguida le convencí de que cualquier velocidad que el *Sari* pudiera alcanzar sería claramente insuficiente para distanciar a las ligeras aunque indignas piraguas de los mezops.

Esperé hasta que estuvieron lo bastante cerca para oírme, y luego les di el alto. Les expliqué que éramos amigos de los mezops, y que íbamos a visitar a Ja de Anoroc, a lo que contestaron que estaban en guerra con Ja, y que si esperábamos un minuto nos abordarían y arrojarían nuestros cuerpos a los azdyryths.

Les advertí que lo pasarían mal si no nos dejaban en paz, pero solo lanzaron gritos de burla y remaron velozmente hacia nosotros. Era evidente que estaban considerablemente impresionados por la apariencia y dimensiones de nuestro navío; pero dado que estas gentes no conocen el miedo, estaban lejos de sentirse atemorizados.

Al ver que estaban decididos a prestar batalla, me asomé a la barandilla del *Sari* y puse en acción al escuadrón imperial de combate del emperador de Pellucidar por primera vez en la historia de aquel mundo. En otras palabras, disparé mi revolver a la canoa más cercana.

El efecto fue mágico. Un guerrero se elevó sobre sus rodillas, arrojó su remo a lo alto, se irguió rápidamente durante un instante y luego se derrumbó por la borda.

Los otros dejaron de remar, y con los ojos muy abiertos miraron primero hacia mí y luego a las bestias marinas que se peleaban por el cuerpo de su camarada. Les debió parecer un milagro que fuera capaz de alcanzarles al triple de distancia del mejor lanzamiento de jabalina y que, con un fuerte ruido y un poco de humo, abatiera a uno de los suyos con un proyectil invisible.

Pero solo permanecieron paralizados por aquella maravilla durante un momento. Después, con salvajes gritos, se echaron sobre sus remos y avanzaron rápidamente hacia nosotros.

Volví a disparar una y otra vez. A cada disparo un guerrero caía al fondo de la canoa o se tambaleaba por la borda.

Cuando la proa de la primera canoa tocó el costado del *Sari*, solo llevaba hombres muertos o moribundos. Las otras dos piraguas se estaban acercando con rapidez, así que volví mi atención hacia ellas.

Creo que aquellos salvajes y desnudos guerreros de piel roja debían estar comenzando a tener ciertas dudas, porque cuando el

primer hombre cayó en el segundo bote, los demás dejaron de remar y empezaron a hablar rápidamente entre ellos.

El tercer bote se puso al costado del segundo y su tripulación se unió a la conferencia. Aprovechando el momentáneo descanso de la batalla, invité a los supervivientes a que volvieran a sus costas.

—¡No quiero luchar contra vosotros! —grité, indicándoles a continuación quién era yo y añadiendo que si querían vivir en paz más pronto o más tarde deberían unir fuerzas conmigo.

—¡Volved ahora a vuestro pueblo —les aconsejé— y decirles que habéis visto a David I, emperador de los Reinos Federados de Pellucidar, y que os ha vencido sin ayuda, como piensa derrotar a los mahars, los sagoths y a los demás pueblos de Pellucidar que amenacen la paz y el bienestar de su imperio!

Lentamente volvieron las proas de sus embarcaciones a tierra. Era evidente que estaban impresionados, aunque también estaba claro que eran reacios a rendirse sin contestar a mi pretendida superioridad naval, ya que algunos de ellos parecían exhortar a los otros a renovar el conflicto.

A pesar de todo, al final se alejaron lentamente y el *Sari*, que no había variado su velocidad de caracol durante su primer compromiso, continuó su lento e irregular camino.

En ese momento Perry asomó la cabeza por la compuerta, llamándome.

—¿Se han ido esos truhanes? —preguntó—. ¿Los mataste a todos?

—Se han ido todos a los que no acerté, Perry —contesté.

Salió a cubierta y echando la vista a un lado, divisó la solitaria canoa flotando a escasa distancia de nuestra popa con su siniestra y espeluznante carga. Después sus ojos vagaron hacia los botes que se alejaban.

—David —dijo—, esta es una ocasión notable. Es un gran día en los anales de Pellucidar. Hemos obtenido una gloriosa victoria. La marina de su majestad ha derrotado a una flota enemiga tres veces superior y tripulada por diez veces más hombres. Debemos dar gracias.

Apenas pude contener una sonrisa ante el uso del plural por parte de Perry; sin embargo estaba feliz por compartir aquella alegría con él, del mismo modo que siempre estaré feliz de

compartir cualquier cosa con mi querido y viejo compañero.

Perry es el único cobarde que he conocido al que puedo respetar y querer. Él no nació para pelear, pero pienso que si alguna vez se presentase la ocasión en que ello fuere necesario, daría gustoso su vida por la mía. Estoy seguro de ello.

Nos llevó mucho tiempo rodear las islas y acercarnos a Anoroc. La desocupación nos proporcionó la oportunidad de trabajar en nuestro mapa, y gracias a la brújula y también un poco a ojo de buen cubero, trazamos con cierta exactitud la línea costera que habíamos dejado y sus tres islas.

Unos sables cruzados señalaban el lugar donde había tenido lugar la primera gran batalla naval de aquel mundo. En un libro de notas apuntamos, como hasta entonces había sido nuestra costumbre, detalles que más tarde pudieran ser de un valor histórico.

Anclamos frente a Anoroc, en un punto bastante cercano a la costa. Por mi anterior experiencia sabía que debido a los tortuosos senderos de la isla nunca podría encontrar el camino a la escondida ciudad arbórea del caudillo mezop, Ja; así que permanecemos a bordo del *Sari*, disparando a intervalos nuestros rifles exprés con el fin de atraer la atención de los nativos.

Luego de disparar a intervalos unos diez tiros un cuerpo de guerreros cobrizos apareció en la costa. Nos observaron durante un rato y después les saludé, preguntándoles por el paradero de mi viejo amigo Ja.

Al principio no nos contestaron, sino que permanecieron en pie reunidos en seria y animada discusión. Continuamente volvían sus ojos hacia nuestra extraña nave. Era evidente que estaban tremendamente confusos por nuestra aparición, así como también eran incapaces de explicar el origen de los fuertes ruidos que habían atraído su atención hacia nosotros. Al fin uno de los guerreros se dirigió a nosotros.

—¿Quiénes sois vosotros que buscáis a Ja? —preguntó—. ¿Qué queréis de nuestro jefe?

—Somos amigos —contesté—. Yo soy David. Dile a Ja que David, cuya vida salvó en una ocasión de un sithic, ha venido a visitarlo. Si enviáis una canoa iremos a tierra. No podemos llevar nuestro gran navío de guerra más cerca.

De nuevo estuvieron hablando durante un tiempo considerable y luego dos de ellos subieron a una canoa que entre varios habían arrastrado desde su escondite en la jungla y remaron velozmente hacia nosotros.

Eran magníficos especímenes de hombre. Perry nunca antes había visto de cerca de un miembro de esta raza roja. De hecho, los hombres muertos de la canoa que habíamos dejado atrás después de la batalla y los supervivientes que remaban rápidamente hacia su costa, eran los primeros que había visto. Se quedó gratamente sorprendido de su belleza física y de la promesa de superior inteligencia que daban sus bien formados cráneos.

Los dos que ahora remaban nos recibieron en su canoa con una digna cortesía. A mis preguntas relativas a Ja explicaron que no se encontraba en el pueblo cuando oyeron nuestras señales, pero que había enviado mensajeros tras él y que sin duda ya estaría camino de la costa.

Uno de los hombres me recordaba de la ocasión anterior en que había visitado la isla; estuvo extremadamente agradable desde el momento en que se acercó lo bastante como para reconocermé. Dijo que Ja estaría encantado de darme la bienvenida, y que toda la tribu de Anoroc sabía de mí por mi reputación, y había recibido instrucciones de su caudillo de que si alguna vez uno de ellos se encontrase conmigo me mostrase amistad y ayuda.

En la costa fuimos recibidos con iguales honores. Mientras estábamos conversando con nuestros amigos de bronce, un alto guerrero salió repentinamente de la jungla; era Ja. Cuando sus ojos se posaron en mí, su rostro se iluminó de satisfacción. Rápidamente se acercó a saludarme a la manera de su tribu.

Fue igualmente hospitalario con Perry. El anciano se encariñó con el gigantesco salvaje de forma tan completa como lo había hecho yo. Ja nos condujo a través del laberíntico sendero hasta su extraño pueblo, donde nos entregó una de las casas árboles para nuestro uso exclusivo.

Perry se interesó mucho por la singular habitación, que a nada se asemejaba tanto como a un enorme avispero construido alrededor del tronco de un árbol muy por encima del suelo.

Después de que hubiésemos comido y descansado vino Ja a buscarnos con varios de sus principales jefes. Escucharon

atentamente mi historia, que incluyó una narración de los eventos que llevaron a la formación de la Federación de los Reinos, la batalla con los mahars, mi viaje al mundo exterior y mi regreso a Pellucidar en busca de Sari y de mi compañera.

Ja me dijo que los mezops habían oído hablar de la Federación y se habían interesado mucho. Incluso habían llegado a enviar una partida de guerreros a Sari para investigar aquellas noticias y arreglar la entrada de Anoroc en el imperio en el caso de que resultase haber algo de verdad en los rumores de que uno de los fines de la Federación era el derrocamiento de los mahars.

La delegación se encontró con una partida de sagoths. Dado que desde hacía muchas generaciones existía una tregua entre los mahars y los mezops, acamparon con los guerreros de los reptiles; por ellos supieron que la federación se había deshecho, así que la partida regresó a Anoroc.

Cuando le enseñé a Ja nuestro mapa y le expliqué su propósito, se mostró muy interesado. La localización de Anoroc, las Montañas de las Nubes, el río y la línea costera le eran totalmente familiares.

Rápidamente me señaló la situación del mar interior y, junto a él, la ciudad de Phutra, donde una de las poderosas naciones mahars tenía su asiento. Así mismo nos mostró donde debería encontrarse Sari y llevó la línea costera tan lejos al norte y al sur como le era conocida.

Sus adiciones al mapa nos convencieron de que Greenwich estaba situado al lado del mismo mar en el que nos encontrábamos, y que se podía llegar hasta él más fácilmente por mar que a través del difícil paso de las montañas o del peligroso aproximamiento por Phutra, que estaba prácticamente en línea entre Anoroc y Greenwich hacia el noroeste.

Si Sari estaba en el mismo mar, entonces la línea costera debía retroceder hacia el sudoeste de Greenwich, una suposición que más tarde descubriríamos que era cierta. Efectivamente, Sari se encontraba sobre una elevada meseta, en el extremo meridional de un gran golfo del poderoso océano.

La localización que nos dio Ja de la lejana Amoz nos dejó confusos, ya que la situó al norte de Greenwich, aparentemente en medio del océano. Como Ja nunca había llegado tan lejos y solo conocía Amoz a través de rumores, pensamos que debía estar

equivocado; pero no lo estaba. Amoz estaba situado directamente al norte de Greenwich, en una península del mismo golfo en el que se encuentra Sari.

El sentido de la dirección y la localización de estos primitivos pellucidaros es un poco increíble, como ya he tenido ocasión de hacer notar en el pasado. Puedes poner a cualquiera de ellos en el extremo más alejado de su mundo, en un sitio del que nunca haya oído hablar, y aun sin sol ni luna ni estrellas para guiarle, sin brújulas ni mapas, viajará directamente hacia su casa y por el camino más corto. Puede estar rodeado por montañas, ríos y mares, que jamás le fallará su sentido de la dirección: el instinto del hogar es más fuerte.

De la misma forma extraordinaria que nunca olvida la situación de cualquier lugar en el que alguna vez haya estado, conoce de otros muchos de los que solo ha oído hablar a otros que los han visitado.

En definitiva, cada pellucidaro es un libro de geografía andante de su propia región y además de la mayoría del territorio contiguo. Esa característica siempre nos resultó una gran ayuda para Perry y para mí, que estábamos ansiosos por ampliar nuestro mapa, ya que nosotros no estábamos dotados de aquel instinto del hogar.

Después de varios largos consejos, se decidió que para acelerar las cosas, Perry regresaría al *Excavador* con una numerosa partida de mezops y recogería el cargamento que yo había traído del mundo exterior. Ja y sus guerreros estaban muy impresionados por nuestras armas de fuego, y además estaban ansiosos por construir botes con velas.

Ya que en el *Excavador* teníamos armas y libros sobre la manufactura naval, pensamos que resultaría una excelente idea comenzar con aquel pueblo marino por naturaleza la construcción de una sólida armada de recios navíos a vela. Estaba seguro de que con planos precisos y bajo la supervisión de Perry, se podía conseguir la construcción de una flotilla adecuada.

Pese a todo, advertí a Perry que no fuera demasiado ambicioso y se olvidase de acorazados y cruceros armados durante un tiempo y en su lugar construyera unos cuantos pequeños navíos a vela que pudieran ser manejados por cuatro o cinco hombres.

Yo iba a salir hacia Sari, y mientras proseguía mi búsqueda de

Dian, intentaría al mismo tiempo la rehabilitación de la Federación y Perry iría tan lejos como fuera posible por mar, con posibilidades de que todo el viaje pudiera ser realizado de esa manera, lo que probaría aquel hecho.

Con un grupo de mezops como compañeros me dirigí a Sari. Para evitar cruzar la cordillera principal de las Montañas de las Nubes, tomamos una ruta que pasaba un poco al sur de Phutra. Habíamos comido cuatro veces y dormido una más, y estábamos, como me dijeron mis compañeros, no lejos de la gran ciudad mahar, cuando repentinamente nos encontramos con una numerosa banda de sagoths.

No nos atacaron, respetando la paz que existía entre mahars y mezops, pero pude observar que me miraban con considerable recelo. Mis amigos les dijeron que yo era un extraño de un remoto país extranjero, y como previamente habíamos acordado ante semejante contingencia, simulé ignorar la lengua que los seres humanos de Pellucidar emplean al conversar con los soldados gorila de los mahars.

Me di cuenta, y no sin desconfianza, que el líder de los sagoths me miraba con una expresión que denotaba que me había, al menos parcialmente, reconocido. Estaba seguro de que me había visto antes, durante el periodo de mi encarcelamiento en Phutra, y que estaba intentando recordar mi identidad.

Aquello me preocupó no poco. Me quedé extremadamente aliviado cuando les dijimos adiós y continuamos nuestro camino.

Varias veces durante las siguientes marchas, fui sutilmente consciente de ser vigilado por unos ojos ocultos, pero no comenté mis sospechas a mis compañeros. Más tarde tuve razones para lamentar mis reticencias porque...

Bueno, así es como ocurrió:

Habíamos matado un antílope, y después de comérselo me había echado en el suelo a dormir. Los pellucidaros, que rara vez parecen necesitar dormir, esta vez siguieron mi ejemplo, ya que habíamos realizado una marcha muy dura a lo largo de las colinas situadas al norte de las Montañas de las Nubes, y ahora, con sus estómagos llenos de carne parecían listos para el sueño reparador.

Cuando me desperté, lo hice con un sobresalto al encontrarme a un par de enormes sagoths a horcajadas sobre mí. Me habían atado

los brazos y las piernas, para más tarde encadenarme las muñecas a la espalda. Luego me pusieron en pie.

Vi a mis compañeros; los bravos camaradas yacían muertos donde se habían tendido a dormir, lanceados hasta morir sin una oportunidad de defenderse.

Estaba furioso. Amenacé al líder de los sagoths con todo tipo de horrendas represalias; pero cuando me oyó hablar en el lenguaje híbrido que constituye el medio de comunicación entre su especie y la raza humana del mundo interior, solo hizo una mueca, como si dijera «¡lo que yo pensaba!».

No me quitaron los revólveres ni la munición porque no sabían lo que eran; pero perdí mi pesado rifle. Sencillamente lo dejaron donde se hallaba caído junto a mí.

Se encontraban tan abajo en la escala de la inteligencia, que no tuvieron el suficiente interés en tan extraño objeto como para llevárselo con ellos.

Por la dirección que seguimos supe que estaban llevándome a Phutra. Una vez allí no necesitaba de mucha imaginación para saber cuál sería mi destino. Me esperaba la arena y un salvaje thag o un feroz tarag, a no ser que los mahars prefirieran llevarme a las bóvedas.

En ese caso, mi fin no sería más seguro, aunque sí infinitamente más horrible y doloroso, ya que en las bóvedas sería sometido a una cruel vivisección. Por lo que había visto anteriormente de los métodos que se utilizaban en las bóvedas de Phutra, sabía que serían lo más opuesto a la piedad, mientras que en la arena sería rápidamente despachado por alguna bestia salvaje.

Al llegar a la ciudad subterránea, me llevaron de inmediato ante un viscoso mahar. Cuando la criatura recibió el informe del sagoth, sus fríos ojos centellearon con odio y malicia mientras se volvían funestamente hacia mí.

Supe entonces que mi identidad había sido descubierta. Con una exhibición de agitación que nunca antes había visto evidenciar a un miembro de la raza dominante de Pellucidar, el mahar me llevó a empujones, fuertemente custodiado, por la principal avenida de la ciudad hasta uno de los edificios principales.

Allí me introdujeron en una gran sala donde en breve se reunieron muchos mahars.

Conversaban en completo silencio, puesto que al no tener órganos auditivos, carecen de lenguaje oral. Perry lo había descrito como la proyección de un sexto sentido en una cuarta dimensión, en el que se volvía reconocible al sexto sentido de su audiencia.

Sea como fuere, en cualquier caso era evidente que yo era el objeto de la discusión, y por las odiosas miradas que me dedicaron, no un objeto particularmente agradable.

No sé cuanto tiempo esperé su decisión, pero debió ser mucho. Finalmente, uno de los sagoths se dirigió a mí, actuando como interprete de sus amos.

—Los mahars perdonarán tu vida y te dejarán en libertad con una condición —dijo.

—¿Y cuál es esa condición? —pregunté, aunque podía suponer sus términos.

—Que les devuelvas lo que les robaste de las bóvedas de Phutra cuando mataste a los cuatro mahars y escapaste —contestó.

Había pensado que sería eso. El Gran Secreto del que dependía la continuidad de la raza mahar, y que estaba a salvo, escondido donde solo Dian y yo sabíamos.

Me aventuré a imaginar que me habrían dado mucho más que mi libertad a cambio de volver a tenerlo de nuevo bajo su custodia, ¿pero y después qué?, ¿mantendrían sus promesas?

Lo dudaba. Con el secreto de su propagación artificial de nuevo en sus manos, su número pronto aumentaría hasta inundar el mundo de Pellucidar de manera que ya no habría ninguna esperanza para la eventual supremacía de la raza humana, la causa en la que confiaba, a la que había consagrado mi vida, y por la que ahora estaba dispuesto a perderla.

¡Sí! En aquel momento, mientras permanecía en pie ante el despiadado tribunal, sentí que mi vida sería muy poca cosa para dar a cambio de otorgar a la raza humana de Pellucidar la posibilidad de ocupar su lugar al asegurar la eventual extinción de los poderosos y odiados mahars.

—¡Vamos! —exclamó el sagoth—. Los grandes mahars esperan tu respuesta.

—Puedes asegurarles —contesté— que no les diré dónde está escondido el Gran Secreto.

Cuando se lo tradujo, hubo un gran batir de alas reptilianas, se

abrieron las mandíbulas dotadas de afilados colmillos, y surgieron espantosos siseos. Pensé que iban a caer sobre mí en aquel mismo lugar, así que tendí mis manos hacia mis revólveres, pero. Por fin, se tranquilizaron y enseguida transmitieron alguna orden a mis guardianes sagoths, cuyo jefe puso una pesada mano sobre mi brazo y me empujó bruscamente sacándome fuera de la cámara de audiencias.

Me llevaron a las bóvedas, donde permanecí fuertemente custodiado. Estaba seguro de que me iban a llevar a los laboratorios de vivisección, y requería de todo mi coraje para fortalecerme contra los terrores de una muerte tan espantosa. En Pellucidar, donde no existe el tiempo, la agonía de la muerte puede durar una eternidad.

Por tanto, tenía que endurecerme para afrontar una muerte interminable, y que ahora se encontraba ante mi vista.





*«... oí un gran siseo y vi que tres poderosos thipdars se elevaban velozmente desde sus rocas y se lanzaban al centro de la arena». (Ilustración de Frank Frazetta)*

## Capítulo V

### Sorpresas

**A**l fin llegó el momento señalado, el momento para el que había estado intentando prepararme durante tanto tiempo que no lo podía ni suponer.

Un enorme sagoth vino y dio órdenes a los que me vigilaban. Me levantaron de un tirón y con pocas consideraciones me llevaron a empujones hacia los niveles superiores.

Una vez fuera me condujeron a una amplia avenida, donde por en medio de una multitud de mahars, sagoths y esclavos fuertemente custodiados, fui conducido o más bien bruscamente empujado en la misma dirección en la que se movía el gentío.

Ya había visto tal multitud de gente anteriormente en la ciudad enterrada de Phutra; supuse, y lo hice acertadamente, que me iban a soltar en la gran arena donde los esclavos que son condenados a muerte encuentran su fin.

Me situaron en uno de los extremos de la arena del vasto anfiteatro al que me llevaron. Llegó la reina, con su viscoso y nauseabundo séquito. Los asientos se abarrotaron. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

Entonces, por una pequeña puerta situada en el extremo opuesto de la estructura, una muchacha fue conducida a la arena. Estaba a una considerable distancia de donde yo me encontraba. No pude distinguir sus rasgos.

Me pregunté qué destino nos aguardaría a aquella pobre víctima y a mí y porque nos habían escogido para morir juntos. Mi propio destino, o al menos lo que pensaba de él, se encontraba sumergido en la natural piedad que sentía por aquella solitaria muchacha,

destinada a morir horriblemente bajo los fríos y crueles ojos de sus monstruosos captores. ¿De qué crimen sería ella culpable, que debía expiarlo en la temida arena?

Mientras me encontraba sumido en estos pensamientos, otra puerta, esta vez situada en uno de los laterales de la arena, se abrió de golpe y un poderoso tarag, el enorme tigre de las cavernas de la edad de piedra, saltó a aquel anfiteatro de muerte. A mis costados estaban mis revólveres; mis captores no me los habían quitado, sin duda porque no comprendían su naturaleza. Debieron pensar que eran alguna clase extraña de mazas de guerra, y como a los que son condenados a la arena se les permite llevar armas para defenderse, me dejaron conservarlos.

A la muchacha la habían armado con una lanza. Un alfiler de latón hubiera sido igual de efectivo contra el feroz monstruo que habían soltado contra ella.

El tarag permaneció un momento mirando a su alrededor, primero a la vasta audiencia y luego a la arena. A mí no pareció verme, pero sus ojos se posaron de inmediato en la muchacha. Un espantoso rugido surgió de sus poderosos pulmones, un rugido que finalizó con un largo aullido que pareció mucho más humano que el grito de agonía de una mujer torturada; mucho más humano pero también mucho más aterrador. No pude contener un estremecimiento.

Lentamente la bestia se giró y se movió hacia la muchacha. Entonces comprendí cuál era mi deber. Rápida y tan silenciosamente como me fue posible corrí por la arena en persecución de la torva criatura. Mientras corría desenfundé una de mis, por desgracia, ahora insuficientes armas. ¡Ah, si en aquel momento hubiera tenido en mis manos mi pesado rifle exprés! Un único y bien dirigido disparo hubiera abatido incluso a aquel gigantesco monstruo. Lo mejor que podía esperar conseguir era apartar a la cosa de la muchacha y atraerla hacia mí, para luego meterle tantas balas como fuera posible antes de que me alcanzase y me destrozase hasta caer en la insensibilidad y la muerte.

Hay una cierta ley no escrita de la arena que otorga la libertad y la inmunidad al vencedor, ya sea bestia o humano, que, por cierto, para los mahars es la misma cosa. Antes de que Perry y yo irrumpiéramos a través de la corteza pellucidara estaban

acostumbrados a mirar al hombre como un animal inferior; pero me imagino que estaban comenzando a cambiar sus puntos de vista y a darse cuenta de que en el gilak —su palabra para nombrar al ser humano— tenían a un ser racional y altamente organizado con el que luchar.

Fuere como fuere, las posibilidades estaban del lado de que fuera el tarag el que se beneficiase de la ley de la arena. Unas cuantas más de sus largas zancadas, un prodigioso salto, y estaría sobre la muchacha. Levanté el revolver y disparé. La bala le alcanzó en la pata trasera izquierda. No pudo hacerle mucho daño, pero la detonación del disparo le atrajo hacia mí y me encaró.

Creo que la enmarañada faz de un descomunal y enrabietado tigre de dientes de sable es una de las visiones más espantosas del mundo interior. Especialmente si te está gruñendo y no hay nada entre los dos salvo la arena desnuda.

Mientras me encaraba al monstruo un pequeño grito de la muchacha llevó mis ojos del bruto a su rostro. Los suyos se aferraron a mí con una expresión de incredulidad imposible de describir. En ellos había tanta esperanza como horror.

—¡Dian! —grité—. ¡Santo cielo, Dian!

Vi como sus labios formaban el nombre de David, para después con la lanza en alto y un grito de guerra abalanzarse sobre el tarag. Era como una tigresa, una hembra primitiva y salvaje defendiendo a su amado. Antes de que pudiera alcanzar a la bestia con su pobre arma, volví a disparar al punto en que el cuello del tarag se unía con su hombro izquierdo. Si podía colocar allí una bala quizás alcanzase su corazón. La bala no alcanzó el corazón, pero le detuvo por un instante.

Entonces ocurrió una cosa extraña. Oí un gran siseo procedente de las tribunas ocupadas por los mahars, y al mirar de reojo hacia ellas vi que tres poderosos thipdars, los dragones alados —o, como les llama Perry, pterodáctilos— que protegían a la reina, se elevaban velozmente desde sus rocas y como relampagueantes flechas se lanzaban al centro de la arena. Eran enormes y poderosos reptiles. Uno solo de ellos, con la ventaja que le proporcionaban sus alas, fácilmente podía ser un adversario formidable para un oso de las cavernas o un tarag.

Para mi sorpresa, los tres se precipitaron sobre el tarag, mientras

este se estaba preparando para su carga definitiva. Clavaron sus garras en la espalda de la bestia, y la alzaron de la arena como si hubiera sido un pollo bajo la presa de un halcón.

¿Qué significaba aquello?

Estaba confuso buscando una explicación; pero con el tarag fuera no perdí el tiempo en acudir al lado de Dian. Con un pequeño grito de alivio se arrojó en mis brazos. Tan emocionante fue el éxtasis de la reunión que ninguno de los dos, hasta este día, podemos decir qué fue del tarag.

La primera cosa de la que fuimos conscientes fue de la presencia de un cuerpo de sagoths a nuestro alrededor. De un modo arisco nos ordenaron que les siguiésemos. Nos sacaron de la arena y nos llevaron a través de las calles de Phutra hasta la cámara de audiencias en la que había sido juzgado y sentenciado. Una vez más nos vimos encarando al mismo frío y cruel tribunal.

De nuevo un sagoth actuó como intérprete. Me explicó que nuestras vidas habían sido perdonadas porque en el último momento Tu-al-sa había regresado a Phutra y al verme en la arena había convencido a la reina de que perdonase mi vida.

—¿Quién es Tu-al-sa? —pregunté.

—Un mahar cuyo último antecesor masculino fue, hace eras, el último de los gobernantes machos de los mahars —contestó.

—¿Por qué quiso que perdonasen mi vida?

Encogió los hombros y luego repitió mi pregunta al portavoz de los mahars. Cuando este le contestó a través de su extraño idioma por señas, y que pasaba por ser un lenguaje entre los mahars y sus guerreros, el sagoth se volvió de nuevo hacia mí:

—Durante mucho tiempo tuviste a Tu-al-sa en tu poder —explicó—. Fácilmente pudiste haberla matado o abandonado en aquel mundo extraño, pero no lo hiciste. No le hiciste ningún daño, y la volviste a traer contigo a Pellucidar dejándola libre para regresar a Phutra. Esta es tu recompensa.

Ahora lo entendía todo. El mahar que había sido mi involuntaria compañera en mi regreso al mundo exterior era Tu-al-sa. Esta era la primera vez que oía el nombre de la dama. Agradecí al destino el que no la hubiera abandonado en las arenas del Sahara, o le hubiera metido una bala, como había estado tentado de hacer. Me quedé sorprendido al descubrir que la gratitud era una de las

características de la raza dominante de Pellucidar. Siempre los había visto como unos reptiles de sangre fría y sin cerebro, aunque Perry había dedicado mucho tiempo a explicarme que a causa de un extraño capricho de la evolución entre las especies del mundo interior, aquella clase de reptiles se había situado en una posición análoga a la ocupada por el hombre en la corteza exterior.

A menudo me había dicho que por los manuscritos que había conseguido descifrar mientras estuvo prisionero en Phutra, existían muchas razones para creer que eran una raza justa, y que en ciertas ramas de las ciencias y las artes estaban muy avanzados, especialmente en genética, metafísica, ingeniería y arquitectura.

Aunque siempre me había sido difícil ver a aquellas cosas de otra forma que no fuera como unos viscosos cocodrilos alados, lo que dicho sea de paso no es del todo cierto, me vi forzado a admitir el hecho de que estaba en manos de criaturas ilustradas, ya que la justicia y la gratitud son atributos de la racionalidad y la cultura.

Pero lo que se proponían hacer ahora con nosotros constituía mi interés más inmediato. Podían habernos salvado del tarag y sin embargo no dejarnos en libertad. Sabía que, de alguna forma, todavía nos veían como criaturas de un orden inferior, y así si no éramos capaces de evitar que nos considerasen en la misma posición que los animales que atamos a nosotros, pensando que son más felices en el cautiverio que en la libre ejecución de los designios que la naturaleza les antoja, los mahars también podían considerar que nuestro bienestar estaría más asegurado en la cautividad que entre los peligros de la salvaje libertad por la que clamábamos. Naturalmente yo estaba obligado a inquirir a continuación cuál era su ánimo respecto a esta cuestión.

A mi pregunta, realizada a través del intérprete sagoth, recibí la contestación de que habiendo perdonado mi vida, ellos consideraban que la deuda de gratitud de Tu-al-sa estaba cancelada. No obstante, todavía tenían contra mí el crimen por el que había sido declarado culpable: el imperdonable crimen de robar el Gran Secreto. Por ello, pretendían retenernos a Dian y a mí como prisioneros hasta que el manuscrito les fuese devuelto.

Dijeron que me enviarían con una escolta de sagoths a buscar el precioso documento a su escondite, reteniendo a Dian en Phutra como rehén y liberándonos a los dos en el momento en que el

documento le fuera devuelto a salvo a su reina.

No había ninguna duda de que tenían todos los ases en su mano. Sin embargo, había mucho más en juego que nuestra libertad o incluso nuestras vidas, tanto que no podía considerar lo ventajoso de su oferta sin reflexionar cuidadosamente la cuestión.

Sin el Gran Secreto aquella raza que carecía de especímenes varones se extinguiría. Durante eras habían fertilizado sus huevos mediante un proceso artificial, cuyo secreto yacía escondido en una pequeña cueva del remoto valle en el que Dian y yo habíamos pasado nuestra luna de miel. No estaba demasiado seguro de que pudiera volver a encontrar el valle, ni tampoco me preocupaba mucho. Durante tanto tiempo como la poderosa raza de reptiles de Pellucidar continuara propagándose, ese mismo tiempo estaría comprometida la posición del hombre en el mundo interior. No podían existir dos especies dominantes.

Todo esto se lo expliqué a Dian.

—Tú solías hablarme —contestó ella—, de las cosas maravillosas que podías conseguir con las invenciones de tu mundo. Ahora has regresado con todo lo necesario para poner ese gran poder en las manos de los hombres de Pellucidar. Me hablaste de los grandes ingenios de destrucción que podían arrojar una bola de metal que reventase entre nuestros enemigos, matando a cientos de ellos al mismo tiempo. Me hablaste de enormes fortalezas de piedra, con miles de hombres armados con esos grandes ingenios y con otros más pequeños, que se podían defender eternamente contra un millón de sagoths. Me hablaste de grandes canoas que se movían por el agua sin remos, y que repartían la muerte desde agujeros hechos en sus costados.

—Todas esas cosas pertenecen ahora a los hombres de Pellucidar —continuó—. ¿Por qué deberíamos temer a los mahars? ¡Devuélveles su progenie! Deja que su número se incremente por millares. Estarán indefensos ante el poder del emperador de Pellucidar. Pero si permaneces prisionero en Phutra ¿qué podemos conseguir? ¿Qué pueden lograr los hombres de Pellucidar si tú no los lideras? Lucharán entre sí, y mientras luchan los mahars caerán sobre ellos, e incluso aunque la raza mahar se extinga, de qué le valdría la emancipación a la raza humana sin el conocimiento, que solo tú puedes traer, para guiarla hacia la maravillosa civilización

de la que me has hablado tanto que anhelo sus lujos y comodidades como nunca antes había anhelado nada.

—No, David —dijo—. Los mahars no pueden hacernos daño si tú estás en libertad. Devuélveles su secreto, volvamos tú y yo a nuestro pueblo y llévanos a la conquista de todo Pellucidar.

Estaba claro que Dian era ambiciosa, y que su ambición no había embotado sus facultades mentales. Tenía razón. Nada se ganaría permaneciendo atascados en Phutra durante el resto de nuestras vidas.

Era cierto que Perry podía lograr mucho con el contenido del *Excavador*, el topo de hierro en el que había traído los implantamientos de la civilización del mundo exterior; pero Perry era un hombre de paz. Él nunca podría unir a las facciones en disputa de la rota Federación. Nunca podría ganar nuevas tribus para el Imperio. Podía jugar a fabricar pólvora y a intentar mejorarla, pero sin sacar nada hasta que alguien explotase su descubrimiento. Él no era un hombre práctico. Nunca conseguiría nada sin una balanza, sin alguien que pudiera dirigir sus energías.

Perry me necesitaba y yo lo necesitaba a él. Si íbamos a conseguir algo para el bien de Pellucidar, teníamos que estar libres para hacerlo juntos.

La consecuencia de todo esto fue que acepté la proposición de los mahars. Prometieron que Dian sería bien tratada y protegida de cualquier indignidad durante mi ausencia. Así que salí con cien sagoths en busca del pequeño valle con el que me había tropezado por accidente, y que tal vez podía, y tal vez no, volver a encontrar.

Viajamos directamente hacia Sari. Nos detuvimos en el campamento en el que había sido capturado y recobré mi rifle exprés, de lo que me congratulé mucho. Lo encontré tirado donde lo había dejado cuando fui vencido mientras dormía por los sagoths que me habían capturado a mí y matado a mis compañeros mezops.

Por el camino fui añadiendo lugares a mi mapa, una ocupación que no atrajo de los sagoths más que una sombra de interés. Sentí que la raza humana de Pellucidar tenía poco que temer de aquellos hombres gorila. Eran guerreros y nada más. Quizás más tarde nosotros podríamos valernos de ellos del mismo modo. No tenían suficiente capacidad cerebral como para constituir una amenaza para el progreso de la raza humana.

Mientras nos acercábamos al lugar en que esperaba encontrar el pequeño valle, tenía cada vez más confianza en el éxito. Cada paraje me era familiar, y ahora estaba seguro de saber la localización exacta de la cueva.

Fue por entonces cuando divisé a varios de los semidesnudos guerreros de la raza humana de Pellucidar. Marchaban a través de nuestro frente y al vernos se detuvieron; que allí habría lucha, no lo dudé ni un momento. Aquellos sagoths nunca dejarían escapar una oportunidad de capturar esclavos para sus amos mahars.

Vi que aquellos hombres estaban armados con arcos y flechas, largas lanzas y espadas, así que supuse que habían sido miembros de la federación, ya que solo mi gente había estado equipada de aquel modo. Antes de que llegásemos Perry y yo, los hombres de Pellucidar solo poseían las más toscas armas con las que atacar y defenderse.

Los sagoths también esperaban, evidentemente, una batalla. Con salvajes gritos se abalanzaron hacia los guerreros humanos.

Entonces ocurrió algo extraño. El líder de los seres humanos avanzó hacia delante con las manos en alto. Los sagoths cesaron en sus gritos de guerra y avanzaron lentamente a su encuentro. Hubo un largo parlamento en el que pude observar que yo era a menudo el objeto de la conversación. El líder de los sagoths señaló en la dirección en la que le había dicho que se encontraba el valle. Evidentemente estaba explicando la naturaleza de nuestra expedición al líder de los guerreros. Todo aquello me dejó confuso.

¿Qué ser humano podía tener tan excelente relación con los hombres gorila?

No lo pude imaginar. Intenté echarle un buen vistazo al individuo, pero los sagoths me habían dejado con una escolta en la retaguardia cuando habían avanzado al combate, y la distancia era demasiado grande como para reconocer los rasgos de cualquiera de los seres humanos.

Finalmente concluyó el parlamento y los hombres continuaron su camino mientras que los sagoths volvían hasta donde yo permanecía con mi escolta. Era hora de comer, de modo que nos detuvimos donde estábamos y comimos. Los sagoths no me dijeron quien era el hombre con el que se habían encontrado y yo no se lo pregunté, aunque debo confesar que sentí bastante curiosidad.

Me permitieron dormir en ese alto. Más tarde proseguimos la última etapa de nuestro viaje. Encontré el valle sin dificultad y llevé a mi guardia directamente hasta la cueva. Los sagoths se quedaron en la entrada y yo entré solo.

Mientras palpaba el suelo con la débil luz que allí había, advertí un montón de tierra y piedras recientemente apiladas. Al instante mis manos fueron hacia el lugar en el que había enterrado el Gran Secreto. Solo había una cavidad allí donde yo había alisado cuidadosamente la tierra sobre el escondite del documento. ¡El manuscrito había desaparecido!

Frenéticamente busqué varias veces por el interior de la cueva, pero sin otro resultado que la completa confirmación de mis peores temores. Alguien había estado allí antes que yo y había robado el Gran Secreto.

La única cosa en todo Pellucidar que nos liberaría a Dian y a mí se había esfumado; incluso era posible que jamás descubriera su paradero. Si lo había encontrado un mahar, lo que era bastante improbable, lo más posible es que la raza dominante nunca divulgase el hecho de que había recobrado el precioso documento. Si era un hombre de las cavernas el que lo había encontrado accidentalmente, no tendría idea de su significado ni de su valor, y en consecuencia pronto estaría perdido o destruido.

Con la cabeza agachada y mis esperanzas rotas salí de la cueva y le dije al caudillo sagoth lo que había descubierto. No significó mucho para aquel individuo, que sin duda no sabía nada acerca del contenido del documento por el que me habían enviado sus amos, el que con toda probabilidad fuese un cavernícola el que lo hubiese descubierto.

El sagoth solo entendía que había fracasado en mi misión, así que aprovechó aquel motivo para hacerme el viaje de regreso a Phutra tan desagradable como le fue posible. No me rebelé, aunque tenía conmigo los medios necesarios para acabar con todos ellos. No me atreví a rebelarme porque temía las consecuencias para Dian. Pensaba pedir su liberación basándome en que ella no era de ningún modo culpable del robo, y que mi fracaso en recobrar el documento no hacía perder el valor de la buena fe con que yo me había ofrecido a hacerlo. Los mahars podían retenerme en la esclavitud si querían hacerlo así, pero Dian debería ser devuelta

sana y salva a su pueblo.

Estaba inmerso en mis reflexiones cuando entramos en Phutra; fui conducido de inmediato a la gran cámara de audiencias. Los mahars escucharon el informe del caudillo sagoth, y tan difícil era deducir sus emociones de sus casi inexpressivos semblantes, que no estaba seguro de saber cuan terrible podía ser su ira cuando descubriesen que su gran secreto, el secreto en el que descansaba el destino de su raza, podía estar ahora irremisiblemente perdido.

Enseguida pude observar que el mahar que presidía el tribunal comunicaba algo al intérprete sagoth, sin duda para transmitirme algo que quizás pudiera darme un indicio del destino que me aguardaba. Definitivamente había decidido algo, si no liberaban a Dian volvería mi pequeño arsenal contra Phutra. Aunque solo podía ganar mi libertad, si conseguía descubrir donde estaba encerrada Dian, haría lo imposible por intentar liberarla. Mis pensamientos fueron interrumpidos por el intérprete sagoth.

—Los poderosos mahars —dijo—, son incapaces de relacionar tu declaración de que el documento se ha perdido con tu acción de enviárselo por medio de un mensajero especial. Desean saber si tan pronto has olvidado lo ocurrido o si simplemente lo ignoras.

—Yo no les envié ningún documento —grité—. Pregúntales qué quieren decir.

—Dicen —continuó tras conversar un rato con el mahar— que justo antes de regresar tú a Phutra, vino Hooja el Astuto, trayendo consigo el Gran Secreto. Dijo que tú le habías enviado por delante, pidiéndole que nos lo entregase para luego volver a Sari donde tú le esperabas, y llevándose con él a la muchacha.

—¿Dian? —suspiré—. ¿Los mahars han entregado a Dian a la custodia de Hooja?

—Por supuesto —contestó—. ¿Y qué? Solo es una gilak.

Lo dijo como nosotros hubiéramos dicho «solo es una vaca».





*«Para mi sorpresa, los tres se precipitaron sobre el tarag, mientras este se estaba preparando para su carga definitiva. Clavaron sus garras en la espalda de la bestia, y la alzaron de la arena como si hubiera sido un pollo bajo la presa de un halcón». (Ilustración de Frank Frazetta)*

## Capítulo VI

### El mundo colgante

**L**os mahars me liberaron como habían prometido, pero con órdenes estrictas de jamás volver a aproximarme a Phutra ni a ninguna otra ciudad mahar. También dejaron perfectamente claro que me consideraban una criatura peligrosa, y que habiendo cancelado su deuda en todo lo que pudieran estar obligados conmigo, a partir de ahora me consideraban una presa clara. Si caía de nuevo en sus manos, podía esperarme lo peor.

No me dijeron en qué dirección había partido Hooja con Dian, de modo que marché de Phutra lleno de amargura contra los mahars y de rabia hacia el Astuto que de nuevo me había robado mi mayor tesoro.

Al principio tenía en mente regresar a Anoroc, pero tras pensarlo dos veces volví mis pasos hacia Sari, pues presentía que Hooja viajaba en esa dirección, ya que hacia allí se encontraba su propio país.

De mi viaje a Sari basta con decir que estuvo cargado de la normal aventura y excitación, incidencia usual en cualquier viaje por la faz del salvaje Pellucidar. En cualquier caso, los diversos peligros se vieron considerablemente reducidos gracias a mi armamento. A menudo me pregunté cómo era posible que hubiera sobrevivido los primeros diez años de mi vida en el mundo interior cuando, desnudo y primitivamente armado, había atravesado grandes áreas de su superficie plagada de bestias.

Con la ayuda de mi mapa, que había conservado con gran cuidado durante mi marcha con los sagoths en busca del Gran Secreto, llegué por fin a Sari. Cuando coroné la elevada meseta en

cuyos rocosos riscos la principal tribu de saris tenía su hogar, un gran griterío se elevó de los primeros que me descubrieron.

Como avispas de un avispero, los peludos guerreros salieron de sus cavernas. Los arcos con flechas envenenadas, que yo les había enseñado a fabricar y usar, se alzaron contra mí. Espadas de hierro forjado, otra de mis innovaciones, me amenazaron, mientras la horda cargaba con fuertes gritos.

Era un momento crítico. Antes de que pudiera ser conocido podía morir. Era evidente que toda semejanza de interrelación tribal había cesado con mi marcha, y que mi pueblo había vuelto a su antiguo odio y su salvaje desconfianza hacia todos los extranjeros. Mi aspecto también debía confundirlos, ya que nunca antes de ahora habían visto a un hombre vestido de caqui y con botas.

Apoyando el rifle exprés contra mi cuerpo puse ambas manos en alto. Era el signo de paz reconocido en cualquier lugar sobre la superficie de Pellucidar. Los guerreros cesaron en su carga y me observaron. Busqué a mi amigo Ghak el Velludo, rey de Sari, y enseguida lo vi acercándose desde la distancia. ¡Ah, qué alivio era ver su poderosa y peluda figura una vez más! Ghak era un amigo de esos que merece la pena tener, y hacía bastante tiempo que no veía un amigo.

Abriéndose paso a codazos entre la multitud de guerreros, el poderoso caudillo avanzó hacia mí. En sus finos rasgos había una expresión de asombro. Cruzó el espacio que había entre sus guerreros y yo y se detuvo ante mí.

No hablé; ni tan siquiera sonreí. Quería ver si Ghak, mi principal lugarteniente, me reconocía. Durante un rato permaneció observándome cuidadosamente. Sus ojos se fijaron en mi amplio casco, mi camisa caqui, las bandoleras llenas de cartuchos, los dos revólveres que pendían a mis costados, el gran rifle descansando contra mi cuerpo. Yo todavía seguía con las manos en alto. Examinó mis polainas y mis fuertes botas, ahora un poco desgastadas por el uso. Luego volvió una vez más a examinar mi rostro. Mientras mi mirada se posaba fijamente en él durante algunos instantes, vi que el reconocimiento unido al respeto se extendía por su semblante.

De repente, sin una palabra, cogió una de mis manos entre las suyas, y echando una rodilla en tierra llevó mis dedos a sus labios.

Perry les había enseñado ese gesto, que ni siquiera en la más distinguida y palaciega de todas las grandes cortes de Europa se hubiera realizado con más gracia y dignidad.

Rápidamente alcé a Ghak, estrechando sus manos en las mías. Creo que en aquel momento hubo lágrimas en mis ojos; sé que me sentí demasiado emocionado para hablar. El rey de Sari se volvió hacia sus guerreros.

—Nuestro emperador ha regresado —anunció—. Acercaos y...

Pero no pudo continuar, porque los gritos que surgieron de aquellas salvajes gargantas habrían apagado la voz del mismo cielo. Nunca me habría imaginado lo mucho que habían pensado en mí. Mientras se agolpaban a mi alrededor, prácticamente peleándose por la oportunidad de besar mi mano, volví a ver la visión de un imperio que había creído desaparecido para siempre.

Con hombres como aquellos podía conquistar un mundo. No. ¡Con hombres como aquellos conquistaría un mundo! Si los saris habían permanecido leales, también lo serían los amozs, y los kalianos, y los suvios y todas las grandes tribus que habían formado la Federación creada para liberar a la raza humana de Pellucidar.

Perry estaba a salvo con los mezops; yo lo estaba con los saris; si ahora Dian hubiera estado a salvo junto a mí, el futuro hubiera sido verdaderamente esplendoroso.

No me llevó mucho tiempo relatar a Ghak todo lo que me había ocurrido desde que me había marchado de Pellucidar, y, sobre todo, afrontar el asunto de encontrar a Dian, que en ese momento para mí era mucho más importante que el mismísimo Imperio.

Cuando le conté que Hooja se la había llevado, dio un salto de rabia.

—¡Siempre el Astuto! —gritó—. Fue Hooja el que causó el primer problema entre la Hermosa y tú. Fue Hooja quien traicionó nuestra confianza y casi hizo que los sagoths nos volvieran a capturar cuando escapamos de Phutra. Fue Hooja quien te engañó y sustituyó a Dian por un mahar cuando partiste en tu viaje de regreso a tu propio mundo. Fue Hooja quien medró y mintió hasta que volvió a cada uno de los reinos contra el otro y destruyó la Federación. Cuando le volvamos a tener en nuestro poder seremos idiotas si le dejamos vivir. La próxima vez...

Ghak no necesitaba acabar su sentencia.

—Ahora se ha convertido en un enemigo muy poderoso —repliqué— que, de alguna forma, está aliado con los mahars, es evidente por la familiaridad de sus relaciones con los sagoths que me acompañaron en la búsqueda del Gran Secreto, porque debió ser Hooja a quien vi conversando con ellos antes de que alcanzásemos el valle. Sin duda ellos le informaron de nuestra búsqueda, y él se nos adelantó, descubriendo la cueva y robando el documento. Bien se ha ganado su apelativo del Astuto.

Sostuve varias deliberaciones con Ghak y sus principales jefes. La conclusión de todas ellas fue la decisión de combinar nuestra búsqueda de Dian con el intento de reconstruir la destrozada Federación. A este fin veinte guerreros fueron enviados por parejas de diez a los reinos cercanos, con instrucciones de hacer todos los esfuerzos posibles para descubrir el paradero de Dian y Hooja, mientras transmitían sus misiones a los caudillos de los reinos a los que eran enviados.

Ghak tenía que permanecer allí para recibir a las diversas delegaciones a las que había invitado a venir a Sari para los asuntos de la Federación. Cuatrocientos guerreros partieron a Anoroc para traer a Perry y el contenido del Explorador a la capital del Imperio, lo que también constituía la principal decisión de los saris.

Al principio se decidió que yo también permaneciera en Sari, ya que así podía estar preparado para salir a la primera noticia del descubrimiento de Dian, pero ante mi profunda preocupación por el bienestar de mi compañera, encontré la inacción tan irritante que apenas habían partido las diversas unidades en sus misiones yo ya deseaba estar activamente comprometido en la búsqueda.

Recuerdo que fue después de dormir por segunda vez tras la partida de los guerreros cuando fui a ver a Ghak admitiendo que no podía soportar más la intolerable ansiedad de estar personalmente tras el rastro de mi perdido amor.

Ghak intentó persuadirme, aunque lo cierto es que su corazón estaba conmigo en el deseo de salir y hacer realmente algo. Mientras estábamos discutiendo la cuestión, un extranjero, con las manos sobre su cabeza, llegó al poblado. Inmediatamente fue rodeado por los guerreros y llevado a presencia de Ghak.

El individuo era un típico hombre de las cavernas, rechoncho, musculoso y peludo, pero de un tipo que no había visto antes. Sus

rasgos, como los de todos aquellos primitivos hombres de Pellucidar, eran regulares y finos y sus armas consistían en un hacha de piedra, un cuchillo y un pesado y nudoso garrote de madera. Su piel era muy blanca.

—¿Quién eres y de dónde vienes? —preguntó Ghak.

—Soy Kolk, hijo de Goork, que es jefe de los thurios —contestó el extranjero—. Vengo de Thuria y voy en busca de la tierra de Amoz, en donde vive Dacor el Fuerte, quien robó a Canda la Agraciada, mi hermana, para que fuera su compañera. En Thuria hemos oído hablar de un gran caudillo que ha unido a muchas tribus en una, y mi padre me ha enviado ante Dacor para averiguar si hay algo de verdad en esas historias, y si es así, ofrecer la ayuda de Thuria a aquel al que llaman emperador.

—Las historias son ciertas —contestó Ghak—, y aquí está el emperador del que habéis oído hablar. No necesitas viajar más lejos.

Kolk estaba encantado. Nos habló mucho de los maravillosos recursos de Thuria, la Tierra de la Horrible Sombra, y de su largo viaje en busca de Amoz.

—¿Y por qué desea Goork, tu padre, unir su reino al imperio? —pregunté.

—Hay dos razones —contestó el joven—. Primero están los mahars que habitan más allá de las Llanuras del Lidi, situadas en el extremo más lejano de la Tierra de la Horrible Sombra, y que toman grandes tributos a nuestro pueblo, al que fuerzan a una esclavitud de por vida o al que engordan para sus festines. Hemos oído que el gran emperador ha tenido éxito en la guerra con los mahars, contra los que estaríamos deseosos de combatir.

—Recientemente se ha añadido una razón más —continuó—. En una gran isla del Sojar Az, a corta distancia de nuestras costas, un malvado ha reunido una poderosa banda de proscritos de todas las tribus. Incluso hay muchos sagoths entre ellos, enviados por los mahars para ayudar al malvado. Esta banda ataca nuestros poblados, y está constantemente creciendo en fuerza y tamaño, porque los mahars están dando la libertad a todos aquellos prisioneros varones que prometen unirse a esta banda y luchar contra los enemigos de los mahars. Los mahars se proponen crear de esta forma una fuerza de nuestra propia especie para combatir la

creciente amenaza del nuevo imperio del que he venido a buscar información. Todo esto lo averiguamos por uno de nuestros guerreros que simuló simpatizar con esa banda y que luego escapó a la primera oportunidad.

—¿Quién puede ser el hombre que lidera un movimiento tan vil contra su propia especie? —le pregunté a Ghak.

—Su nombre es Hooja —dijo Kolk, respondiendo a mi pregunta.

Ghak y yo nos miramos el uno al otro. La sorpresa estaba dibujada en su semblante y latía fuertemente mi corazón. Por fin habíamos conseguido una pista tangible acerca del paradero de Hooja, y además la pista venía acompañada de un guía.

Pero cuando hablé de ello con Kolk, este puso objeciones. Él había hecho un largo viaje, explicó, para ver a su hermana y para conferenciar con Dacor. Además, tenía instrucciones de su padre que no podía tomar a la ligera. Pero incluso así, hubiera regresado conmigo y me hubiera mostrado el camino hasta aquella isla de la costa de Thuria si de esa forma hubiéramos conseguido algo positivo.

—Pero no podemos hacer nada —urgió—. Hooja es poderoso. Tiene miles de guerreros. Solo tiene que llamar a sus aliados mahars para recibir una incontable horda de sagoths que le ayudarán contra sus enemigos humanos. Debemos esperar hasta que puedas reunir una horda igual en los reinos de tu imperio. Entonces podremos marchar contra Hooja con alguna garantía de éxito. Pero antes tendréis que atraerle a tierra firme, ¿por qué quién de entre vosotros sabe como construir las extrañas cosas que llevan a Hooja y a su banda a lo largo y ancho del mar? Nosotros no somos un pueblo isleño. No nos movemos en el mar. No sabemos nada de tales cosas.

Tan solo pude persuadirle de que me indicara el camino. Le enseñé mi mapa que ahora incluía una gran área de territorio, extendiéndose desde Anoroc en el este hasta Sari en el oeste, y desde el río al sur de las Montañas de las Nubes a Amoz en el norte. Tan pronto como se lo expliqué, él dibujó una línea con su dedo, mostrándome una costa de mar desde el este al sur de Sari, y un gran círculo que dijo señalaba la extensión de la Tierra de la Horrible Sombra en la que se encontraba Thuria.

La sombra se extendía al sudeste de la costa, saliendo al mar

hasta medio camino de una gran isla, en la que dijo que se asentaba el gobierno del traidor Hooja. La isla se encontraba ya a la luz del sol de mediodía de Pellucidar. Al noroeste de la costa y abrazando parte de Thuria, estaban las Llanuras del Lidi, en cuyo margen noroeste se encontraba la ciudad mahar que tomaba los tributos de los thurios.

De ese modo, aquella infeliz gente se veía entre dos fuegos, con Hooja en un lado y los mahars en el otro. No hacía falta preguntarse por qué enviaban una súplica de socorro.

Aunque Ghak y Kolk intentaron disuadirme, estaba determinado a partir enseguida, sin demorarme más que para hacer una copia de mi mapa que le sería entregada a Perry, que así podría añadir al suyo todo lo que yo había añadido al mío desde que nos separamos. También dejé una carta para él, en la que entre otras cosas le avanzaba la teoría de que el Sojar Az, o Gran Mar, que Kolk mencionaba extendiéndose hacia el este desde Thuria, podía ser el mismo poderoso océano que virando desde el extremo sudoeste del continente, discurría hacia el nordeste a lo largo de la costa que atravesaba Phutra y mezclaba sus aguas en un enorme golfo en el que se encontraban Sari, Amoz y Greenwich.

Ante esta posibilidad, le urgía a acelerar en la construcción de una flota de pequeños veleros, que podíamos utilizar si yo encontrara imposible atraer a la horda de Hooja a tierra firme.

Le expliqué a Ghak lo que había escrito y le sugerí que tan pronto como fuera posible celebrase nuevos tratados con los diversos reinos del imperio, organizase un ejército y marchase hacia Thuria; esto para prevenir la posibilidad de mi dilación por una causa u otra.

Kolk me dio un símbolo para su padre, un lidi, una bestia de carga, toscamente tallada en un trozo de hueso, y bajo el lidi un hombre y una flor; todo hecho muy rudamente quizás, pero no por ello menos efectivo, como bien sabía por mis largos años entre los primitivos hombres de Pellucidar.

El lidi es la bestia tribal de los thurios; el hombre y la flor combinados en la forma que aparecían, constituían no solo un mensaje de que el portador venía en son de paz, sino que también era la firma de Kolk.

Y así, armado con estas credenciales y mi pequeño arsenal, partí

solo en mi búsqueda de la muchacha más querida en este mundo o en el vuestro. Kolk me dio instrucciones precisas, aunque con mi mapa no creía que pudiera equivocarme. En realidad, el mapa no me era tan indispensable, ya que el principal punto de referencia de la primera parte de mi viaje, el gigantesco pico de una montaña, era claramente visible desde Sari, a unos buenos cientos de millas de distancia.

En la base meridional de esa montaña surgía un río que corría en dirección oeste, para finalmente volverse al sur y desembocar en el Sojar Az a unas cuarenta millas al nordeste de Thuria. Todo lo que tenía que hacer era seguir ese río hasta el mar y luego continuar a lo largo de la costa hacia Thuria.

Doscientas cuarenta millas de feroces montañas y primitivas junglas, de llanuras vírgenes, de ríos sin nombre, de mortales pantanos y de salvajes bosques se extendían ante mí, y sin embargo nunca antes había estado más ávido de aventuras que ahora, porque nunca tanto había dependido de la premura y de la suerte.

No sé cuanto tiempo requirió aquel viaje, y solo aprecié a medias la variedad de maravillas que cada nueva marcha desplegaba ante mis ojos, porque mi mente y mi corazón estaban ocupados por una sola imagen: la de una muchacha perfecta cuyos grandes ojos oscuros miraban fieramente desde un marco de pelo negro y brillante.

No fue hasta que hube atravesado el alto pico y encontrado el río, cuando mis ojos se fijaron por primera vez en el mundo colgante, el diminuto satélite que pendía a baja altura sobre la superficie de Pellucidar arrojando su perpetua sombra siempre sobre el mismo lugar, la zona conocida como la Tierra de la Horrible Sombra en la que habitaba la tribu de Thuria.

Desde la distancia y sobre la elevación de las tierras altas en las que me encontraba, el sol de mediodía de Pellucidar se veía la mitad resplandeciente y la otra mitad envuelta en sombras, mientras que bajo él era claramente visible una mancha circular y oscura sobre la superficie de Pellucidar en la que jamás había brillado el sol. Desde donde me encontraba, aquella luna parecía colgar tan cerca del suelo que casi la tocaba; pero más tarde descubrí que flotaba a una milla de la superficie, lo que ciertamente parece bastante cerca para una luna.

Siguiendo el río corriente abajo, pronto perdí de vista al diminuto planeta mientras entraba en el laberinto de un elevado bosque. No lo volví a ver durante algún tiempo, al cabo de unas cuantas marchas. A pesar de todo, cuando el río me llevó al mar, o mejor dicho, justo antes de alcanzar el mar, de repente el cielo se oscureció y el tamaño y frondosidad de la vegetación disminuyó como por arte de magia, como si una mano omnipotente hubiera trazado una línea sobre la tierra y dijese:

«A este lado crecerán los árboles y los arbustos, las hierbas y las flores, abarrotados por la profusión de colores, gigantescos tamaños y aturridora abundancia, y a este otro lado serán pequeños, pálidos y escasos».

Instantáneamente miré hacia arriba, ya que las nubes son muy raras en los cielos de Pellucidar —de hecho son prácticamente desconocidas salvo en las cimas de las más grandes cordilleras montañosas— para intentar descubrir la causa por la que el sol se había oscurecido. No pasó mucho tiempo antes de que comprendiera la causa de la sombra.

Por encima de mí pendía el otro mundo. Podía divisar sus valles y montañas, sus océanos, lagos y ríos, sus amplias llanuras cubiertas de hierba y sus densos bosques. Pero era tan grande la distancia y tan intensa la sombra de su parte inferior, que no pude distinguir ningún movimiento de vida animal.

Al instante se despertó en mí una gran curiosidad. Las preguntas que la visión de aquel planeta, tan exasperantemente cercano, hacía surgir en mi mente eran numerosas e imposibles de contestar.

¿Estaría habitado? Si lo estaba, ¿cómo eran y qué forma tenían sus criaturas? ¿Era su gente tan relativamente diminuta como su propio mundo, o eran tan desproporcionadamente monstruosos como la menor fuerza de gravedad en la superficie de su globo se lo podría permitir a sus habitantes?

Mientras lo observaba, vi un eje a su alrededor que corría en paralelo a la superficie de Pellucidar, de modo que durante cada rotación, toda su superficie quedaba expuesta por un lado al mundo situado bajo él, y por el otro era bañada en el calor del gran sol situado encima. Aquel pequeño mundo tenía aquello de lo que carecía Pellucidar, un día y una noche, y el más grande de todos los regalos para un nacido en el mundo exterior, el tiempo.

Aquí veía una posibilidad de dotar a Pellucidar del tiempo, usando aquel enorme reloj, girando eternamente en los cielos, para registrar el paso de las horas en la tierra inferior. Aquí podría ser emplazado un observatorio desde el que pudiera ser enviada por radio a cada rincón del imperio la hora correcta al menos una vez al día. Que ese tiempo podía fácilmente ser medido no me ofrecía ninguna duda, ya que eran tan claros los puntos de referencia en la superficie inferior del satélite que solo sería necesario erigir un sencillo instrumento, y anotar el momento de paso de un determinado punto de referencia a través del instrumento.

Pero ahora no era momento de soñar; debía dedicar mi mente al motivo de mi viaje, así que me adentré bajo la gran sombra. Mientras avanzaba no podía dejar de notar la cambiante naturaleza de la vegetación y la palidez de sus colores.

El río me llevó a una corta distancia en el interior de la sombra antes de desembocar en el Sojar Az. Entonces continué a lo largo de la costa en dirección sudoeste hacia el pueblo de Thuria, donde esperaba encontrar a Goork y entregarle mis credenciales.

No había avanzado una gran distancia desde la boca del río, cuando divisé a cierta distancia en el mar una gran isla. Asumí que debía ser la fortaleza de Hooja, y que sin duda allí se encontraba ahora Dian.

El camino se hizo más difícil, ya que poco después de dejar el río me encontré elevados riscos, partidos por numerosos, largos y estrechos fiordos, cada uno de los cuales me obligaba a dar un considerable rodeo. En línea recta habría unas veinte millas desde la boca del río a Thuria, pero antes de que hubiera cubierto la mitad ya estaba fatigado. En el rocoso suelo de los elevados riscos no crecía ninguna planta o fruta que me fuera familiar, y habría enfermado por la falta de comida de no aparecer una liebre corriendo casi bajo mi nariz.

Cogí el arco y las flechas para conservar mis municiones, pero el pequeño animal fue tan rápido que no tuve tiempo de extraer y ajustar una flecha. De hecho mi comida estaba a cien yardas de distancia cuando desenfundé mi revólver de seis tiros y disparé. Fue un bonito disparo que, unido a un buen banquete, me hizo quedar bastante satisfecho conmigo mismo.

Después de comer me tendí a dormir. Cuando desperté se borró

la sonrisa de mi cara, ya que apenas había abierto los ojos cuando fui consciente de la presencia, a unas cien yardas escasas de donde me hallaba, de una manada de casi veinte enormes perros lobo, las bestias a las que Perry insistía en llamar hienodontes; casi simultáneamente descubrí que mientras dormía me habían robado mis revólveres, el rifle, las flechas y el cuchillo.

Y la manada de perros lobo se preparaba para abalanzarse sobre mí.



## Capítulo VII

### De apuro en apuro

**N**unca he sido un buen corredor; odio correr. Pero si alguna vez un velocista hizo añicos todas las marcas del mundo, fue el día en que volé ante aquellas monstruosas bestias en dirección al Sojar Az por el angosto paso del rocoso risco situado entre dos estrechos fiordos. Justo mientras alcanzaba el borde del risco, el primero de los brutos estaba sobre mí. Saltó y cerró las macizas mandíbulas sobre mi hombro.

El impulso de su cuerpo en el aire, añadido al mío, nos lanzó a los dos por encima del risco. Era una caída espantosa. El risco estaba en un ángulo casi perpendicular. A sus pies el mar rompía contra un sólido muro de roca.

Golpeamos el risco en nuestro descenso y luego nos zambullimos en el salado mar. Al impactar con el agua, el hienodonte soltó su presa de mi hombro.

Cuando subí a la superficie escupiendo el agua que había tragado, busqué a mi alrededor algún asidero donde pudiera agarrarme durante un momento para descansar y recuperarme. Pero el risco no ofrecía nada similar, así que nadé hacia la boca del fiordo.

En su extremo más alejado pude ver que la erosión de la parte superior había arrastrado los suficientes cascotes como para formar una estrecha franja de playa. Nadé hacia allí con todas mis fuerzas. Ni una sola vez miré a mis espaldas, ya que cualquier movimiento innecesario al nadar disminuía mi velocidad y mi resistencia. Hasta que no me hube arrastrado sano y salvo por la playa, no volví los ojos hacia el mar en busca del hienodonte. Estaba nadando lenta y,

al parecer, dolorosamente hacia la playa en que me encontraba.

Le observé durante un buen rato, preguntándome por qué un animal tan parecido a un perro no era un mejor nadador. Mientras se acercaba me di cuenta de que se estaba debilitando rápidamente. Había cogido un puñado de piedras para estar preparado para su ataque cuando llegase a tierra, pero al momento las dejé caer de mis manos. Era evidente que el bruto no sabía nadar o que quizás estuviese severamente herido, porque ahora prácticamente ya no hacía ningún progreso. Lo cierto es que apenas conseguía con bastante dificultad su nariz por encima del agua.

No estaría a más de cincuenta yardas de la costa cuando se hundió. Miré al lugar donde había desaparecido, y al momento siguiente vi aparecer su cabeza. La mirada de penoso sufrimiento que había en sus ojos tocó alguna fibra sensible en mi corazón, porque a mí me gustan los perros. Olvidé que era una fiera y un primitivo ser medio lobo, un devorador de hombres, un azote, un horror. Solo vi sus ojos tristes que me miraban como los de Rajá, un collie que se me había muerto en el mundo exterior.

No me paré a sopesar ni a considerar nada. En otras palabras, no me lo pensé dos veces, lo que creo que debe ser la manera en que los hombres hacen las cosas, frente a aquellos que lo piensan mucho y luego no hacen nada. Así que me lancé al agua y nadé hacia la bestia que se hundía. Al principio me enseñó los dientes mientras me acercaba, pero justo antes de alcanzarla, se hundió por segunda vez y me sumergí tras ella.

La agarré de la piel que le cubría la nuca, y aunque pesaba tanto como un *pony* de Shetland, me las arreglé para arrastrarla hacia la costa y tenderla sobre la playa. Descubrí entonces que tenía rota una de las patas delanteras; se la debía de haber roto al chocar contra el risco.

En esta ocasión todo espíritu de lucha se había evaporado, de modo que reuní unas cuantas ramas pequeñas de alguno de los raquíuticos árboles que crecían en las grietas del risco, y al regresar a su lado me dejó que le entablillara la pata rota. Tuve que hacer tiras parte de mi camisa para conseguir un vendaje, pero al final lo conseguí hacer. Luego me senté acariciando la salvaje cabeza y le hablé a aquella bestia como si lo hiciera a un perro, lo que os será bastante familiar si alguna vez habéis tenido y querido un perro.

Pensé que cuando estuviese bien probablemente se volvería contra mí e intentaría devorarme, de modo que, contra esa eventualidad, reuní un montón de rocas y comencé a trabajar en la fabricación de un cuchillo de piedra. Estábamos encerrados en la cabeza del fiordo tan completamente como si estuviésemos tras los barrotes de una prisión. Ante nosotros se extendía el Sojar Az, y por todas partes a nuestro alrededor se elevaban riscos imposibles de escalar.

Afortunadamente un pequeño arroyuelo discurría por la pared del muro de roca, dándonos un amplio suministro de agua fresca, un poco de la cual mantenía constantemente al lado del hienodonte gracias a una tosca concha con forma de cuenco de las que había miles entre los cascotes de la playa.

En cuanto a la comida, subsistíamos a base de marisco y de algún ave ocasional a la que conseguía abatir de una pedrada, ya que la larga práctica de *pitcher* en el equipo de béisbol de la escuela preparatoria y en el de la universidad me habían hecho un excelente lanzador de misiles a una mano.

No pasó mucho tiempo antes de que la pata del hienodonte estuviera lo suficientemente mejorada como para permitirle levantarse y andar cojeando sobre las otras tres. Nunca olvidaré el intenso interés con que observé su primer intento por hacerlo. Cerca de mi mano se encontraba mi montón de piedras. Lentamente la bestia se alzó sobre sus tres patas, se estiró, bajó su cabeza y lamió un poco de agua de la concha que había a su lado; se volvió y me miró, y después se dirigió cojeando hacia los riscos.

Tres veces recorrió toda la extensión de nuestra prisión, buscando, me imagino, un agujero para escapar, pero al no encontrar ninguno, regresó en mi dirección. Lentamente se acercó a mí, olfateó mis botas, mis polainas, mis manos y luego, cojeando, se alejó unos cuantos pasos y se volvió a echar.

Ahora que era capaz de moverse por los alrededores, dudaba un poco de la sabiduría de mi acto impulsivo de piedad.

¿Cómo podía dormir con aquella cosa feroz rondando por los estrechos confines de nuestra prisión? Si cerraba los ojos, podía abrirlos más tarde sintiendo aquellas poderosas mandíbulas en mi garganta. Por decirlo así, estaba incómodo.

Tenía demasiada experiencia con animales como para confiar

demasiado en cualquier sentido de la gratitud que se les pueda atribuir en virtud de un sentimentalismo derivado de la inexperiencia. Creo que algunos animales aman a sus amos, pero dudo mucho de que su afecto sea resultado de la gratitud, una característica que es tan rara de encontrar que incluso solo ocasionalmente se puede rastrear en el aparente altruismo de los actos del mismo hombre.

Pero finalmente me vi obligado a dormir. La cansada naturaleza no podía ser aplazada por más tiempo. Simplemente me quedé dormido mientras estaba sentado mirando al mar. Me había sentido muy incómodo desde mi zambullida en el océano, ya que aunque podía ver la luz del sol en el agua a medio camino de la isla y sobre la misma isla, ninguno de sus rayos caía sobre nosotros. Estábamos muy dentro de la Tierra de la Horrible Sombra. Una perpetua semicalidez pervivía en la atmósfera, pero mis ropas se secaban tan lentamente y eran tan grandes mi falta de sueño y el malestar físico que por fin cedí a las exigencias de la naturaleza y caí en un profundo sopor.

Cuando me desperté, lo hice con un sobresalto, ya que tenía un pesado cuerpo encima de mí. Mi primer pensamiento fue que el hienodonte al fin me había atacado, pero mientras abrí los ojos y pugnaba por levantarme, vi que había un hombre a horcajadas sobre mí y otros tres encorvados a su lado.

Yo no soy un alfeñique, ni nunca lo he sido. Mi experiencia con la dura vida del mundo interior ha convertido mis músculos en acero. Incluso gigantes como Ghak el Velludo han elogiado mi fuerza, pero a ello hay que añadir otra cualidad de la que ellos carecen, la ciencia.

El hombre que estaba sobre mí me sujetaba de una manera torpe, dejándome muchas salidas; de una de ellas fui rápido en tomar ventaja, y así, antes de que el individuo supiera que estaba despierto, ya estaba de pie con mis brazos sobre sus hombros y su cintura, lanzándole fuertemente por encima de mi cabeza contra los cascotes de la playa, donde se quedó inmóvil.

En el instante en que me levanté, vi al hienodonte durmiendo al lado de una roca a unas cuantas yardas de distancia. Tan parecido era su pelaje al color del peñasco que apenas era discernible. Evidentemente los recién llegados no lo habían visto.

No había hecho más que liberarme de mi primer antagonista cuando los otros tres ya estaban sobre mí. Ahora no se aproximaron silenciosamente, sino que cargaron contra mí con salvajes gritos; un error por su parte. El caso es que no arrojaron sus armas sobre mí, lo que me convenció de que deseaban cogerme vivo; pero yo luchaba tan desesperadamente como si la muerte pareciera inmediata y segura.

La batalla fue breve, ya que apenas habían reverberado sus salvajes gritos en el fiordo de roca y se abalanzaban sobre mí, cuando una peluda masa de rabia demoníaca saltó entre nosotros. Era el hienodonte.

En un instante había derribado a uno de los hombres, y de un solo golpe, como si fuera un terrier, le había roto el cuello. Luego saltó sobre otro. En su esfuerzo por contener al perro lobo, los salvajes se olvidaron totalmente de mí, dándome así un instante para coger el cuchillo del primero en caer y dar cuenta de otro de ellos. Casi simultáneamente el hienodonte abatió al enemigo restante, destrozando su cráneo de un solo bocado de sus terribles mandíbulas.

La batalla se había acabado, a menos que la bestia también me considerase una presa. Esperé, preparado para hacerle frente con el cuchillo y un garrote que había cogido de uno de los caídos, pero no me prestó atención, sino que se puso, en cambio, a devorar uno de los cuerpos.

La fiera se había visto un poco perjudicada por su pata entablillada, pero después de comer se tendió y comenzó a mordisquear el vendaje. Yo estaba sentado a poca distancia comiendo marisco, del que, dicho sea de paso, ya estaba un poco cansado.

De repente el hienodonte se levantó y vino hacia mí. No me moví. Se detuvo frente a mí y deliberadamente alzó su pata vendada y tocó mi rodilla. Su acto era tan inteligible como si lo hubiera dicho con palabras, quería que le quitase el vendaje.

Tomé la gran pata en una mano y con la otra aflojé y desenrollé el vendaje, quité el entablillado y toqué el miembro herido. En lo que podía juzgar el hueso estaba completamente soldado. La articulación parecía firme; cuando la doblé, el bruto dio un respingo, pero ni me gruñó ni intentó derribarme. Muy lenta y

suavemente froté la articulación y le apliqué un poco de presión durante un rato.

Luego me senté en el suelo. El hienodonte caminó a mi alrededor unas cuantas veces y después se tendió a mi lado, con su cuerpo tocando el mío. Puse mi mano sobre su cabeza. No se movió. Lentamente le rasqué alrededor de las orejas y el cuello y bajo las fieras mandíbulas. La única respuesta que me dio fue alzar un poco el mentón para que se lo pudiera acariciar mejor.

¡Aquello era suficiente! Desde aquel momento nunca volví a tener recelos de Rajá, como inmediatamente le llamé. De algún modo todo sentimiento de soledad se desvaneció, ¡tenía un perro! Nunca había podido averiguar qué era lo que le faltaba a la vida en Pellucidar, pero ahora sabía que era la total ausencia de animales domésticos.

Los hombres aquí todavía no han alcanzado el punto en el que puedan pasar el tiempo de otra forma que no sea matando o evitando que los maten, para poder hacer amistad con cualquier otro ser del reino animal. No obstante, debo puntualizar un tanto esta afirmación, y decir que esto era verdad en aquellas tribus con las que estaba más familiarizado. Los thurios, por ejemplo, han domesticado al colosal lidi, y atraviesan las inmensas llanuras del Lidi sobre las espaldas de estos grotescos y estupendos monstruos; además, posiblemente, también existan otros pueblos distantes y lejanos en el interior de este gran mundo, que hayan domesticado a otros de los salvajes seres de las junglas, llanuras o montañas.

Los thurios practican la agricultura, aunque de una forma tosca. Mi opinión es que este es uno de los primeros pasos del salvajismo a la civilización. La captura de bestias salvajes y su domesticación es la siguiente.

Perry sostiene que los perros salvajes fueron los primeros en ser domesticados por motivos de caza, pero no estoy de acuerdo con él. Yo creo que si su domesticación no fue simplemente el resultado de un accidente como, por ejemplo, mi doma del hienodonte, debió tener por motivo el deseo por parte de tribus que previamente habían domesticado rebaños y manadas de ganado, de tener alguna bestia fuerte y feroz que guardase su propiedad trashumante. En cualquier caso, yo apoyo con más fuerza la teoría del accidente.

Mientras estaba sentado en la playa del pequeño fiordo

comiendo mi desagradable marisco, comencé a preguntarme cómo habían sido capaces los cuatro salvajes de llegar hasta mí, cuando yo había sido incapaz de escapar de mi prisión natural. Miré a mi alrededor en todas las direcciones en busca de una explicación. Por fin mis ojos se posaron en el arco de una pequeña piragua que sobresalía apenas un pie de detrás de una gran roca situada en el mar, en el extremo de la playa.

Al descubrirla me levanté de un salto tan bruscamente que hice que Rajá, gruñendo y con el pelo erizado, se levantase también al instante. Por un momento lo había olvidado, pero su salvaje inquietud no me causó ninguna intranquilidad. Miró rápidamente en todas direcciones como si buscara la causa de mi excitación. Luego, mientras yo caminaba velozmente hacia la piragua, se deslizó en silencio detrás de mí.

La piragua era en muchos aspectos similar a las que utilizaban los mezops. En ella había cuatro remos. Estaba encantado, porque por fin se me presentaba la posibilidad de escape por la que había estado rogando.

Me metí en el agua en la que flotaba, me introduje en ella y llamé a Rajá para que entrara. Al principio no parecía entender lo que quería de él, pero después de remar unas cuantas yardas se zambulló en la marejada y nadó tras de mí. Cuando llegó a mi altura, lo agarré del pelaje del cuello, y después de un considerable forcejeo, en el que varias veces estuvimos a punto de volcar la canoa, me las arreglé para subirle a bordo, donde se sacudió vigorosamente y se agazapó ante mí.

Después de salir del fiordo, remé a lo largo de la costa, hacia el sur, donde en breve los elevados riscos dieron paso a un terreno más bajo y más nivelado. En algún lugar de aquí debía encontrarme con el poblado principal de los thurios. Cuando, después de un tiempo divisé en la distancia lo que parecían ser chozas en un claro cercano a la costa, me acerqué rápidamente a tierra, ya que aunque portaba las credenciales que me había entregado Kolk, no estaba lo suficientemente familiarizado con las costumbres tribales de aquella gente como para saber si recibiría una bienvenida amistosa o no; y en el caso de que no lo fuera, quería estar seguro de tener la canoa escondida en un lugar a salvo para que bajo cualquier circunstancia pudiera emprender el viaje hacia la isla; a condición, claro está, de

que pudiera escapar de los thurios si estos resultaban ser beligerantes.

El punto de la costa en el que desembarqué era bastante bajo. Una empalizada cubierta de helechos corría casi hasta la playa. Arrastré hacia ella la piragua, escondiéndola entre la vegetación, y con algunas piedras sueltas construí un túmulo para señalar el escondite. Luego volví mis pasos hacia el poblado thurio.

Mientras me acercaba comencé a especular sobre las posibles reacciones de Rajá cuando se encontrase con la presencia de otros hombres distintos a mí. El bruto caminaba sigilosamente a mi lado, con su sensitiva nariz husmeando constantemente y sus fieros ojos moviéndose sin descanso de un lado al otro. ¡Nunca cogería nada a Rajá desprevenido! Cuanto más meditaba la cuestión, mayor era mi preocupación. No quería que Rajá atacase a nadie del pueblo de cuya amistad tanto dependía, ni tampoco quería que ellos lo matasen o hiriesen.

Me pregunté si Rajá soportaría una correa. Al caminar a mi lado, su cabeza llegaba a la altura de mi costado. Tendí mi mano sobre ella acariciándosela. Mientras lo hacía se volvió y me miró a la cara, con las mandíbulas abiertas y su roja lengua colgando, como lo haría vuestro perro ante una cariñosa caricia.

—Has estado toda tu vida esperando ser domesticado y querido, ¿verdad, compañero? —le pregunté—. No eres más que un buen cachorrito, y el hombre que te puso lo de hiena en tu nombre debería ser demandado por libelo.

Rajá descubrió sus potentes colmillos con sus ondulados y enmarañados labios y lamió mi mano.

—¡Estás enseñando los dientes, viejo impostor! —exclamé—. Si no lo hicieras, te comería. Apostaría una rosquilla a que no eres más que el pobre Fido de algún crío, disfrazado de comehombres viviente.

Rajá gimió, y así caminamos juntos hacia Thuria, yo hablando con la bestia que iba a mi lado, y ella pareciendo disfrutar de mi compañía tanto como yo disfrutaba de la suya. Si pensáis que no estaba en mis cabales, probad vosotros mismos a realizar un solitario vagabundeo a través del salvaje y desconocido Pellucidar, porque simplemente con intentarlo no os extrañaréis de que estuviera gozoso por la compañía de aquel primer perro, aquella

réplica viviente del hoy extinto hienodonte de la corteza exterior que en salvajes manadas cazaba al gran alce en las nieves del sur de Francia, en los días en los que el mastodonte vagaba por todo el continente del que las islas británicas formaban parte, y que acaso también dejase sus huellas y sus huesos en las arenas de Atlantis.

De esta forma soñaba mientras nos acercábamos a Thuria, cuando mi sueño fue hecho añicos por un salvaje gruñido de Rajá. Miré hacia él. Se había parado en seco como si se hubiera convertido en piedra. Una delgada tira de su espeso pelaje se había erizado a lo largo de su espina dorsal. Sus ojos verdeamarillentos estaban fijos en la jungla cubierta de maleza a nuestra derecha.

Aferré con mis dedos las crines de su cuello y volví mis ojos hacia la dirección en la que apuntaban los suyos. Al principio no vi nada. Luego un ligero movimiento de los arbustos atrajo mi atención. Pensé que debía ser una bestia salvaje, y agradecí el haber tomado todas las primitivas armas de los cuerpos de los guerreros que me habían atacado.

De repente distinguí dos ojos acechándonos desde la vegetación. Di un paso en su dirección, y al hacerlo un joven se levantó y echó a correr en la dirección a la que nos dirigíamos. Rajá intentó salir tras él, pero lo agarré firmemente del cuello, un acto que no pareció gustarle, ya que se giró hacia mí con los colmillos al aire.

Decidí que ese momento era tan bueno como cualquier otro para descubrir cuan profundo era el afecto de Rajá hacia mí. Uno de los dos debía ser el amo, y lógicamente ese era yo. Me gruñó. Le golpeé severamente en la nariz. Me miró con sorprendido aturdimiento durante un momento y luego me volvió a gruñir. Hice otro amago de golpearle esperando que al hacerlo se tirase a mi garganta, pero en lugar de ello, retrocedió y se acurrucó. ¡Rajá estaba domesticado!

Me detuve y lo acaricié. Después cogí un trozo de cuerda que formaba parte de mi equipo y le hice una correa.

De esta guisa reanudamos nuestro viaje hacia Thuria. El joven que nos había visto era evidentemente un thurio. Que no había perdido un instante en correr hacia su hogar y propagar la noticia de mi llegada se hizo evidente cuando llegamos a la vista del claro y del poblado, por cierto el primer poblado que veía que había sido construido por humanos pellucidaros. Era un tosco rectángulo

vallado con rocas y troncos, en el que había cien o más chozas con el tejado de paja de similar construcción. No había puerta. Unas escalas que por la noche podían ser quitadas servían para traspasar la empalizada.

Ante el poblado se hallaba reunida una gran multitud de guerreros. En el interior pude divisar las cabezas de las mujeres y los niños escudriñando por encima del muro; y también lejos, a sus espaldas, se veían los largos cuellos de los lidi, coronados por sus diminutas cabezas. Lidi, dicho sea de paso, es tanto la forma singular como la plural del nombre que describe a las enormes bestias de carga de los thurios. Son cuadrúpedos gigantescos, de ochenta a cien pies de largo, con cabezas muy pequeñas situadas en lo alto de sus larguísimos y delgados cuellos. Sus cabezas están a unos cuarenta pies del suelo. Su paso es lento y cauto, pero sus zancadas son tan enormes que, en realidad, cubren el terreno muy rápidamente.

Perry me ha contado que son casi idénticos a los restos fósiles de los diplodocus del Periodo Jurásico de la corteza exterior. Yo he tomado su palabra para nombrarlo, y supongo que vosotros también lo haréis, a menos que sepáis de estas cosas más que yo.

Cuando llegamos a la vista de los guerreros, los hombres montaron una gran algarabía. Sus ojos estaban abiertos de asombro, presumo que no solo a causa de mi extraña vestimenta, sino más bien por la circunstancia de que venía en compañía de un jalok, que es el nombre pellucidaro del hienodonte.

Rajá tiró de su correa, gruñendo y mostrando sus largos colmillos blancos. Nada le habría gustado más que lanzarse a las gargantas de toda la congregación; pero lo sujeté con la correa, aunque requirió de toda mi fuerza el hacerlo. Alcé la mano libre por encima de mi cabeza, con la palma vuelta hacia fuera, en señal de lo pacífico de mi misión.

En primer término divisé al joven que nos había descubierto, y por la forma en que se conducía puedo decir que estaba bastante creído de su propia importancia. Los guerreros que estaban a su alrededor eran todos individuos bien parecidos, aunque más pequeños y rechonchos que los saris o los amozs. Su color, además, era un poco más claro, sin duda debido al hecho de que pasaban la mayoría de su vida a la sombra del mundo que pendía eternamente

sobre su país.

Un poco más delante de los demás, había un sujeto barbado adornado de muchos ornamentos. No necesité preguntar para saber que era su caudillo, Goork, el padre de Kolk. Así que me dirigí a él.

—Soy David —dije—, emperador de los Reinos Federados de Pellucidar. ¿Has oído hablar de mí?

Movió su cabeza afirmativamente.

—Vengo de Sari —continué— donde encontré a Kolk, hijo de Goork. Traigo un símbolo de Kolk a su padre que probará que vengo como amigo.

De nuevo asintió el guerrero.

—Yo soy Goork —dijo—. ¿Dónde está el símbolo?

—Aquí —contesté buscando en el zurrón en el que lo había puesto.

Goork y su gente esperaban en silencio, mientras mi mano rebuscaba en el interior de la bolsa.

¡Estaba vacía! El símbolo me había sido robado junto con mis armas.





*«Con una mano sobre su rodilla y la otra acariciándose el mentón, me miró intensamente...»  
(Ilustración de Frank Frazetta)*

## Capítulo VIII

### Cautivo

**C**uando Goork y su pueblo vieron que no tenía ningún símbolo comenzaron a insultarme.

—¡No te ha enviado Kolk, sino el Astuto! —gritaban—. ¡Has venido de la isla a espiarnos! ¡Márchate o acabaremos contigo!

Les expliqué que todas mis pertenencias me habían sido robadas, y que el ladrón también debía haber cogido el símbolo; pero no me creyeron. Como prueba de que pertenecía a la gente de Hooja, apuntaron a mis armas, diciendo que estaban adornadas de igual modo que las del clan de la isla. Además, añadieron que ningún hombre de paz vendría en compañía de un jalok, y que de acuerdo con esta línea de razonamiento, estaba claro que era un malvado.

Me di cuenta de que no eran una tribu guerrera, ya que preferían dejarme marchar en paz antes que verse forzados a atacarme, mientras que los saris habrían matado a un extranjero sospechoso primero y preguntado sobre sus propósitos después.

Creo que Rajá sentía su antagonismo, ya que tiraba de su correa y gruñía ominosamente. Ellos le tenían un poco de temor y se mantenían a una distancia segura. Era evidente que no podían comprender la razón por la que el salvaje bruto no se volvía contra mí y me hacía pedazos.

Perdí mucho tiempo intentando persuadir a Goork de que me aceptase por mi propia valía, pero era demasiado prudente. Lo máximo que haría era darnos comida, lo que hizo, y decirme cuál era la parte más segura de la isla hacia la que quería dirigirme, aunque como me dijo, estaba seguro de que mi petición de información no era sino un pretexto para engañarle sobre mi

verdadero conocimiento de la fortaleza insular.

Por fin me alejé de ellos, bastante descorazonado, puesto que había esperado ser capaz de alistar una fuerza considerable con la que intentar atacar a la horda de Hooja y rescatar a Dian. Volví a la playa dirigiéndome hacia la escondida canoa en la que hacíamos nuestro viaje.

Cuando llegué al t́mulo estaba cansadísim0. Arrojándome sobre la arena, pronto me quedé dormido, y con Rajá tendido a mi lado, sentí una seguridad de la que no había disfrutado en mucho tiempo.

Me desperté muy descansado para encontrarme los ojos de Rajá pegados a mí. En el momento en que abrí los míos, se levantó, se estiró, y sin una mirada hacia atrás, se zambulló en la jungla. Durante varios minutos le oí moverse por la maleza y después todo quedó en silencio.

Me pregunté si me había abandonado para regresar a su fiera morada. Me invadió una sensación de soledad. Con un suspiro volví a la tarea de arrastrar la canoa hasta el mar. Al entrar en la jungla en la que se encontraba la piragua, una liebre salió lanzada de debajo del costado del bote, y un disparo bien dirigido de mi lanza me la consiguió. Estaba hambriento, de lo que no me había dado cuenta antes, de modo que me senté en el extremo de la canoa y devoré mi alimento. Acabados los últimos restos, volví a ocuparme de mis preparativos para la expedición a la isla.

No sabía seguro que Dian estuviera allí, pero lo suponía como cierto. Tampoco podía saber a qué obstáculos debía enfrentarme en mi esfuerzo por rescatarla. Durante un rato, después de haber colocado la canoa en la orilla del mar, me entretuve esperando a ver si regresaba Rajá, pero no lo hizo, de modo que empujé la tosca nave hacia el agua y salté a ella.

Todavía estaba un poco abatido por la deserción de mi recién encontrado amigo, aunque intentaba convencerme a mí mismo de que no era sino lo que en el fondo siempre había esperado.

El salvaje bruto me había servido bien en el corto tiempo en que habíamos estado juntos, y había pagado con creces su deuda de gratitud hacia mí, ya que había salvado mi vida, o cuanto menos mi libertad, no menos de lo que yo había salvado la suya cuando él estaba herido y ahogándose.

El viaje por mar hasta la isla transcurrió sin acontecimientos

notables. Me alegré enormemente de encontrarme de nuevo con la luz del sol al salir de la sombra del Mundo Muerto, aproximadamente a mitad de camino entre la isla y tierra firme.

Los calientes rayos del sol de mediodía contribuyeron a elevar mi ánimo y a dispersar la apatía mental que me había invadido prácticamente desde que había entrado en la Tierra de la Horrible Sombra. Para mí no hay nada más descorazonador que la ausencia de la luz del sol.

Remé hacia un punto en el sudoeste que Goork me había indicado que creía que era la parte menos frecuentada de la isla, puesto que nunca había visto salir botes de allí.

Encontré un arrecife poco profundo que se introducía muy lejos hacia el mar y riscos bastante escarpados que desembocaban casi en la rompiente. Era un lugar bastante temerario para tomar tierra, y comprendí por qué no era utilizado por los nativos; pero al fin me las arreglé, después de un buen remojón, para desembarcar mi canoa en la playa y escalar los riscos.

El terreno al otro lado aparecía más abierto y similar a una campiña de lo que había imaginado, ya que desde tierra firme toda la costa que era visible parecía densamente cubierta por una jungla tropical. Esta jungla, en lo que podía divisar desde el aventajado punto que suponía la cima del risco, formaba una franja relativamente estrecha entre el mar y la pradera y el bosque más abierto del interior, lejos y a mi espalda, había una cordillera de bajas pero aparentemente muy pedregosas colinas, y aquí y allá en todo lo que era visible, masas de pequeñas montañas rocosas, achatadas en su cima, que de hecho me recordaban las fotos que había visto de los paisajes de Nuevo México. En conjunto, el terreno era muy quebrado y muy hermoso. Desde donde me encontraba conté no menos de una docena de torrentes que serpenteaban entre las mesas y desembocaban en un precioso río que fluía en dirección nordeste hacia el extremo opuesto de la isla.

Mientras mis ojos vagaban por el paisaje, de repente fui consciente de unas figuras moviéndose en la lisa cima de una distante meseta. Si eran bestias o seres humanos no lo pude determinar; pero al menos estaban vivos, así que decidí proseguir mi búsqueda de la fortaleza de Hooja en aquella dirección.

Descender del valle no me requirió gran esfuerzo. Mientras me

mecía a lo largo de la abundante hierba y las fragantes flores, con mi garrote balanceándose en mi mano y mi lanza con sus tiras de piel de uro trotando entre mis hombros, me sentía listo para afrontar cualquier emergencia, preparado para cualquier peligro.

Apenas había cubierto una escasa distancia, y estaba pasando a través de una franja de bosque situada al pie de una de las mesetas, cuando fui consciente de la sensación de ser observado. Mi vida en Pellucidar había avivado bastante mis sentidos de la vista, el oído, el olfato y, también, cierta intuición primitiva o ciertas cualidades instintivas que parecen embotadas en el hombre civilizado. Pero aunque estaba seguro de que unos ojos invisibles me vigilaban, no podía ver rastro alguno de ningún ser vivo en el bosque, salvo la multitud de pájaros de vivos plumajes y los pequeños monos que llenaban los árboles con vida, color y movimiento.

Puede parecer que mi convicción era el resultado de una imaginación sobreexcitada, o de la evidente realidad de los curiosos ojos de los monos y de los pájaros; pero hay una diferencia que no puedo explicar entre la sensación de una observación casual y un espionaje estudiado. Una oveja te observa y tu subconsciente no te transmite ninguna advertencia, porque una oveja no te pone en peligro. Pero deja que un tigre al acecho te observe fijamente, y a menos que tus instintos primarios estén completamente anquilosados, enseguida comenzarás a mirar furtivamente a tu alrededor y a notar un terror vago e irracional.

De esta forma me sentía en aquel momento. Agarré mi garrote con más firmeza y descolgué mi lanza, llevándola en la mano izquierda. Miré intensamente a derecha e izquierda, pero no vi nada. Entonces, de forma repentina, varias cuerdas de flexibles fibras cayeron sobre mis hombros y cuello y alrededor de mis brazos y cuerpo.

En un santiamén fui tan limpiamente lazado que no me lo podía creer. Uno de los lazos cayó sobre mis tobillos y fui arrastrado con una rapidez que dio con mi cara en el suelo. Entonces algo pesado y peludo saltó sobre mi espalda, luché por desenvainar mi cuchillo, pero unas peludas manos agarraron mis muñecas y llevándolas a mi espalda, las ataron de modo seguro.

A continuación fueron atados mis pies. Luego me dieron la vuelta sobre mi espalda y pude mirar los rostros de mis captores.

¡Y qué rostros! Imagina si puedes un cruce entre una oveja y un gorila y tendrás una idea de la fisionomía de la criatura que se hallaba inclinada sobre mí y de la media docena que se apelotonaban a su alrededor. Tenían la longitud facial y los grandes ojos de la oveja, y el cuello de toro y los horribles colmillos de un gorila. El cuerpo y los miembros eran tanto de hombre como de gorila.

Mientras se inclinaban sobre mí conversaron en una lengua monosilábica que me era completamente ininteligible. Era una especie de lenguaje simplificado que solo necesitaba de nombres y verbos y que incluía algunas palabras iguales a las que utilizaban los seres humanos de Pellucidar. Se completaba con muchos gestos que se mezclaban con las palabras que utilizaban.

Les pregunté qué es lo que iban a hacer conmigo, pero de forma similar a nuestros indios norteamericanos cuando les pregunta un hombre blanco, simularon no entenderme. Uno de ellos me echó al hombro tan alegremente como si yo fuera un cochinito. Era una criatura enorme, al igual que sus compañeros, alzándose unos siete pies sobre sus cortas piernas y pesando considerablemente más de un cuarto de tonelada.

Dos iban delante de mi portador y tres detrás. En este orden nos dirigimos hacia la derecha, a través del bosque, hasta el pie de las colinas cuyos escarpados riscos parecían impedir nuestro avance en aquella dirección. Pero mi escolta no se detuvo. Como hormigas en un muro, escalaron la aparentemente inescalable barrera, el cielo sabe cómo, por su cara más perpendicular y desigual. Durante la mayor parte del corto recorrido hasta la cumbre debo admitir que se me pusieron todos los pelos de punta. A pesar de todo, en breve llegamos a la cima y permanecemos de pie sobre la llana meseta que la coronaba.

Inmediatamente a nuestro alrededor, de sus rocosos y ásperos cubiles salió un auténtico torrente de bestias similares a mis captores. Se apelotonaron sobre nosotros, hablando apresuradamente en su jerigonza con mis guardias e intentando poner sus manos en mí; si era por curiosidad o por hacerme verdadero daño no lo supe, puesto que mi escolta con sus colmillos al descubierto y con pesados golpes los mantuvieron alejados de mí.

Fuimos a lo largo de la mesa, para detenernos por fin ante un

gran montón de rocas en el que había una abertura. Aquí mis guardias me pusieron en pie y pronunciaron una palabra que sonó algo así como «¡Gr-gr-gr!», y que más tarde descubrí que era el nombre de su rey.

En breve emergió de las cavernosas profundidades de la madriguera una criatura monstruosa, con cicatrices de un centenar de batallas, casi sin pelo y con un agujero vacío donde una vez había existido un ojo. El otro ojo, similar al de una oveja en su apacibilidad, daba a la bestia una apariencia de lo más sorprendente, ya que a pesar de aquel único y tímido orbe era la cosa más espantosa que uno podía imaginar.

Ya me había encontrado con los hombres mono negros, sin pelo y de largas colas del continente, las criaturas de las que Perry pensaba que podían constituir el vínculo entre los monos más evolucionados y el hombre, pero estos hombres bestia de Gr-gr-gr parecían echar por tierra esa teoría, ya que había menos similitudes entre los hombres mono negros y estas criaturas que las que había entre estos últimos y el hombre, aunque ambas tenían muchos atributos humanos, algunos de los cuales estaban más desarrollados en una especie que en la otra.

Los monos negros no tenían pelo y construían chozas cubiertas de paja en sus retiros arbóreos; habían domesticado perros y rumiantes, aspecto en el que estaban más avanzados que los seres humanos de Pellucidar; pero aparentaban tener un lenguaje muy deficiente y portaban largas colas.

De otro lado, el pueblo de Gr-gr-gr, en su mayoría, eran bastante peludos, sin cola y tenían un lenguaje similar al de la raza humana de Pellucidar; tampoco eran arbóreos. Su piel, en lo que mostraban, era blanca.

De los anteriores hechos y de otros que he notado durante mi larga vida en Pellucidar, que ahora está pasando por una era análoga a otras eras preglaciares de la corteza exterior, estoy imbuido de la creencia de que la evolución no es tanto una transición gradual de una forma a otra como de un accidente de gestación, tal vez cruzado con los azares del nacimiento. En otras palabras, mi creencia es que el primer hombre fue un capricho de la naturaleza; ningún incrédulo necesitaría de mucho convencimiento para persuadirse de que Gr-gr-gr y su tribu no eran sino también

caprichos de la naturaleza.

El enorme hombre bestia se sentó en una roca plana, su trono supuse, situada ante la entrada de su cubil. Con una mano sobre su rodilla y la otra acariciándose el mentón, me miró intensamente con su único ojo de oveja mientras uno de mis captores relataba como me habían apresado.

Cuando terminó su relato, Gr-gr-gr me interrogó. No voy a intentar repetir lo que decía aquella gente en su lengua abreviada, porque tendríais tantas dificultades para interpretarles como las tuve yo. En su lugar, pondré en sus bocas las palabras que os expresarán las ideas que ellos intentaban comunicar.

—Eres un enemigo —fue la declaración inicial de Gr-gr-gr—. Perteneces a la tribu de Hooja.

¡Ah! De modo que conocían a Hooja y era su enemigo. Aquello iba bien.

—Soy enemigo de Hooja —contesté—. Me ha robado mi esposa y he venido hasta aquí para liberarla y castigar a Hooja.

—¿Cómo ibas a hacerlo tú solo?

—No lo sé —respondí—, pero lo habría intentado si no me hubierais capturado. ¿Qué pensáis hacer conmigo?

—Trabajarás para nosotros.

—¿No vais a matarme? —pregunté.

—Nosotros no matamos salvo en defensa propia —contestó—; en defensa propia y como castigo. Matamos a aquellos que nos matarían y a aquellos que nos hacen algún mal. Si supiéramos que eras de la tribu de Hooja te mataríamos, porque todos los que pertenecen a la tribu de Hooja son mala gente; pero dices ser enemigo de Hooja. Puedes no estar diciendo la verdad, pero hasta que averigüemos si nos has mentido, no te mataremos. Trabajarás.

—Si odiáis a Hooja —sugerí—, ¿por qué no me dejáis, ya que yo también le odio, ir a darle su merecido?

Durante un rato Gr-gr-gr lo meditó. Luego alzó su cabeza y se dirigió a mi guardia.

—Llevalle a su trabajo —ordenó.

Su tono era definitivo. Como si lo enfatizase se volvió y entró en su cubil. Mi guardia me condujo a la parte más elevada de la meseta, donde enseguida llegamos a una pequeña depresión similar a un valle, en cuyo extremo brotaba un cálido manantial.

La escena que se abrió ante mí era de lo más sorprendente que jamás había visto. En aquel barranco, que debía cubrir varios cientos de acres, había numerosos campos cultivados, y trabajando a su alrededor con toscas herramientas, o con ninguna que no fueran sus manos desnudas, había varios hombres bestia atareados en el primer modelo de agricultura que veía en Pellucidar.

Me pusieron a trabajar en un huerto de melones. Nunca he sido un granjero ni me ha gustado particularmente ese tipo de trabajo, y debo confesar que jamás he trabajado tan duramente como lo hice durante la hora o el año que pasé allí. Cuanto tiempo transcurrió realmente, por supuesto que no lo sé; pero fue mucho.

Las criaturas que trabajaban junto a mí eran bastante sencillas y amistosas. Una de ellas resultó ser un hijo de Gr-gr-gr. Había quebrantado algunas leyes tribales de menor importancia, y había sido castigado a trabajar en los campos. Me contó que su tribu siempre había vivido en la cima de aquella meseta, y que otras tribus semejantes a ellos habitaban en las cimas de otras mesetas. No tenían guerras y siempre habían vivido en paz y armonía, amenazados únicamente por los grandes carnívoros de la isla, hasta que había llegado mi especie bajo la forma de la criatura llamada Hooja, que les atacaba y mataba cuando optaban por descender de sus fortalezas naturales para visitar a sus compañeros de otras mesetas.

Ahora tenían miedo; pero algún día se unirían en un solo ejército y caerían sobre Hooja y su pueblo, matándolos a todos. Le expliqué que yo era un enemigo de Hooja, y le pedí que cuando estuvieran preparados para hacerlo me permitieran ir con ellos, o mejor aún, que me dejaran adelantarme y averiguar todo lo que fuera posible sobre el poblado en el que habitaba Hooja para que pudieran atacarlo con mayores posibilidades de éxito.

El hijo de Gr-gr-gr pareció interesarse mucho por mi sugerencia. Dijo que cuando saliese de los campos hablaría con su padre sobre la cuestión.

Algún tiempo después de esto Gr-gr-gr vino al huerto en el que nos encontrábamos y su hijo le habló del asunto, pero el viejo caballero evidentemente no estaba de ningún buen humor, porque le soltó un golpe al joven, y volviéndose hacia mí, me informó de que estaba convencido de que mentía y que pertenecía al Pueblo de

Hooja.

—Por tanto —concluyó—, te mataremos cuando los melones estén cultivados. Así que date prisa.

Y me di prisa. Me di prisa en cultivar los hierbajos que crecían entre los melonares. Donde antes había un hierbajo enfermizo, yo hacía que crecieran dos saludables. Cuando encontraba una variedad de hierbajo especialmente prometedor que crecía en cualquier sitio que no fuera entre mis melones, la extraía y la trasplantaba entre los que estaban a mi cargo.

Mis amos no parecían darse cuenta de mi perfidia. Siempre me veían trabajar diligentemente en el melonar, y dado que el tiempo no entra en la estimación de los pellucidaros —ni en la de los seres humanos y mucho menos en la de las bestias y en la de las semibestias— podría haber vivido indefinidamente mediante este subterfugio si no hubiera ocurrido lo que para el bien de todos me sacó del melonar.



## Capítulo IX

### Aparecen los asesinos de Hooja

**M**e había construido un pequeño refugio de piedras y maleza en el que podía tenderme a dormir a cubierto de la perpetua luz y calor del sol de mediodía. Cuando estaba cansado o hambriento me retiraba a mi modesta choza.

Mis captores nunca pusieron la más mínima objeción. En realidad eran muy buenos conmigo, y mientras estuve entre ellos nunca vi nada que indicase otra cosa que gentes sencillas y amables. Su imponente tamaño, su terrorífica fuerza, sus poderosos colmillos y su monstruosa apariencia no eran sino atributos necesarios para afrontar el éxito en su constante lucha por la supervivencia, y sabían utilizarlos bien cuando surgía la necesidad. La única carne que comían era la de los animales herbívoros y la de las aves. Cuando salían a cazar al poderoso thag, el prehistórico bos de la corteza exterior, un solo macho con su flexible cuerda cazaba y mataba al más grande de los toros.

Bien, como iba diciendo, tenía este pequeño refugio en el extremo de mi melonar. Allí me encontraba en cierta ocasión descansando de mis tareas, cuando oí un gran griterío en la aldea, que estaría situada a un cuarto de milla de distancia aproximadamente.

De repente llegó un macho corriendo a los campos, gritando excitadamente. Mientras se aproximaba salí de mi refugio para averiguar qué era toda aquella conmoción, ya que la monotonía de mi existencia en el melonar había avivado aquel rasgo de curiosidad que siempre ha sido mi secreta vanidad, y del que estoy particularmente orgulloso.

Los demás trabajadores también corrieron al encuentro del mensajero, que tan pronto como soltó su información, se dio la vuelta y corrió precipitadamente en dirección a la aldea. Cuando estos hombres bestia corren, a menudo lo hacen sobre sus cuatro patas. De esta forma saltan por encima de los obstáculos que retrasarían a un ser humano, y en el llano alcanzan una velocidad que avergonzaría a un purasangre. La conclusión de todo esto es que antes de que hubiera podido asimilar el mensaje que habían traído a los campos, estaba solo, viendo a mis excompañeros de trabajo corriendo a toda velocidad hacia la aldea.

¡Estaba solo! Era la primera vez desde mi captura que no tenía a la vista a ningún hombre bestia. ¡Estaba solo! Todos mis captores estaban en la aldea, en el extremo opuesto de la mesa, repeliendo un ataque de la horda de Hooja.

Por el relato del mensajero, al parecer dos de los grandes machos de Gr-gr-gr habían sido atacados por media docena de los asesinos de Hooja mientras los primeros regresaban pacíficamente de la caza del thag. Los dos habían regresado a la aldea sin un rasguño, mientras que solo uno de los hombres de Hooja había conseguido escapar para comunicar a su líder el resultado de la batalla. Ahora Hooja se aproximaba para castigar al pueblo de Gr-gr-gr. Con su gran ejército, armado con los arcos y las flechas que gracias a mí Hooja había aprendido a fabricar, con sus largas lanzas y sus afilados cuchillos, temí que incluso la enorme fuerza de los hombres bestia apenas les sirviese para algo.

¡Por fin tenía la oportunidad que había esperado! Era libre para alejarme hasta el otro extremo de la meseta, seguir mi camino hasta el valle de abajo y, mientras las dos fuerzas se enfrentaban en combate, continuar mi búsqueda de la aldea de Hooja, que por lo que había averiguado de los hombres bestia, se encontraba bajando el río que había estado siguiendo cuando me hicieron prisionero.

Mientras me volvía hacia el borde de la meseta, los sonidos de la batalla llegaron claramente a mis oídos; los roncós gritos de los hombres mezclados con los semibestiales rugidos y gruñidos de los hombres bestia.

¿Aprovechaba mi oportunidad o no? No lo hice. En lugar de hacerlo, atraído por el estrépito de la contienda y por el deseo de dar un golpe, por pequeño que fuera, en contra del odiado Hooja,

me giré y corrí directamente hacia la aldea.

Cuando alcancé el extremo de la altiplanicie mis asombrados ojos se encontraron con una escena como jamás habían presenciado, ya que los singulares métodos de combate de los hombres bestia eran de lo más extraordinario de lo que había sido testigo. A lo largo de la cima del risco se hallaba una fina hilera de poderosos machos. Los mejores lanzadores de lazo de la tribu. Unos cuantos pies más atrás estaba el resto de los machos, a excepción de unos veinte que formaban una segunda línea. Todavía más allá, a su espalda, las hembras y los más jóvenes se reunían en un solo grupo bajo la protección de los veinte machos restantes y de los machos viejos.

Pero era la táctica de las dos primeras líneas la que llamó mi atención. La fuerza de Hooja, una gran horda de salvajes sagoths y primitivos hombres de las cavernas, realizaba su ascensión por la escarpada cara del risco con agilidad pero menos despreocupadamente que mis captores, que la habían escalado con una velocidad inusitada a pesar de ir cargados con mi peso.

Mientras los atacantes se aproximaban, se detenían ocasionalmente en cualquier sitio que les ofreciera un asidero suficiente para ponerse en pie y arrojar lanzas y flechas a los defensores que estaban situados por encima de ellos. Durante la batalla ambos bandos se lanzaban provocaciones e insultos; naturalmente, los seres humanos superaban a los brutos en la vileza y vulgaridad de su difamación e inventiva.

La «línea de fuego» de los hombres bestia no llevaba más armas que sus largos y elásticos lazos. Cuando un enemigo se ponía a su alcance, un lazo caía infaliblemente a su alrededor y era arrastrado, gritando y retorciéndose, hasta la cima del risco, a menos, como ocasionalmente ocurría, que fuera lo bastante rápido como para desenvainar su cuchillo y cortar la cuerda, en cuyo caso normalmente caía a una muerte no menos cierta que la que le esperaba arriba.

A los que eran alzados hasta el alcance de las poderosas garras de los defensores, se les quitaban los lazos y se les catapultaba desde la primera línea a la segunda, donde eran atrapados y muertos por el simple procedimiento de un único y poderoso cerrarse de los potentes colmillos sobre sus nuca.

Pero las flechas de los invasores se cobraban un tributo mucho más cuantioso que los lazos de los defensores y se veía que era solo cuestión de tiempo el que las fuerzas de Hooja los derrotasen, a menos que los hombres bestia cambiasen su táctica, o que los cavernícolas se cansasen de la batalla.

Gr-gr-gr se encontraba en el centro de la primera línea. A su alrededor todo eran peñascos y grandes fragmentos de roca partida. Me acerqué a él y sin una palabra me subí a un gran montón de rocas situadas en el borde del risco. Empujé la mayor de ellas sobre la cabeza de un arquero causándole la muerte instantánea al aplastarlo e impulsar su cuerpo al fondo del declive, arrastrando a continuación a tres más de los atacantes a su paso.

Gr-gr-gr se volvió sorprendido hacia mí. Por un instante pareció dudar de la sinceridad de mis motivos. Pensé que tal vez hubiera llegado mi hora cuando extendió una de sus gigantescas zarpas hacia mí; pero lo evité y moviéndome unos cuantos pasos hacia la derecha arrojé otro misil. Este también hizo blanco. Luego cogí otros fragmentos más pequeños y con toda la precisión y seguridad que tan justamente me habían hecho ganar una merecida fama en mis días de colegio hice caer una lluvia de muerte sobre los que se encontraban debajo de mí.

Gr-gr-gr volvió a acercárseme y yo le señalé el montón de cascotes que había en la cima del risco.

—¡Lánzalos sobre el enemigo! —le grité—. ¡Dile a tus guerreros que los arrojen sobre ellos!

Al oír mis palabras todos los que estaban en la primera línea, y que habían observado con gran interés mis tácticas, agarraron enormes peñascos o pedazos de roca, lo que primero llegase a sus manos, y, sin esperar una orden de Gr-gr-gr, inundaron a los aterrorizados cavernícolas con una auténtica avalancha de piedras. En menos tiempo del que se necesita para contarlos, la cara del risco estaba limpia de enemigos y la aldea de Gr-gr-gr salvada.

Gr-gr-gr estaba a mi lado cuando el último de los cavernícolas desaparecía en su veloz huida hacia el valle. Me miraba intensamente.

—Aquellos eran tu gente —dijo—. ¿Por qué los mataste?

—No eran mi gente —repuse—. Te lo dije antes, pero no quisiste creerme. ¿Me crearás ahora cuando te digo que odio a Hooja y a su

tribu tanto como vosotros? ¿Me creerás cuando te digo que deseo ser amigo de Gr-gr-gr?

Durante un rato permaneció ante mí rascándose la cabeza. Evidentemente le era más difícil que a los seres humanos el reajustar sus conclusiones preconcebidas; pero al fin la idea se introdujo en su cabeza, lo que nunca hubiera ocurrido si hubiese sido un hombre, o puntualizando lo dicho, lo que nunca hubiera ocurrido en algunos hombres. Finalmente habló.

—Gilak —dijo—, has hecho que Gr-gr-gr se avergüence. Él te habría matado. ¿Cómo puede recompensarte?

—Déjame libre —contesté rápidamente.

—Eres libre —dijo—. Puedes ir donde desees o puedes permanecer con nosotros. Si te vas, puedes regresar cuando quieras. Somos tus amigos.

Naturalmente preferí irme. De nuevo le expliqué a Gr-gr-gr la naturaleza de mi misión. Me escuchó atentamente; después de hacerlo, se ofreció a enviar conmigo a algunos de los suyos para que me guiasen a la aldea de Hooja. No me hice repetir la oferta.

Ante todo, primero debíamos comer. Los cazadores sobre los que habían caído los hombres de Hooja habían traído consigo la carne de un gran thag. Hubo un gran festín para conmemorar la victoria; un festín y también una danza.

Nunca había sido testigo de una ceremonia tribal de los hombres bestia, aunque a menudo había oído extraños sonidos que venían de la aldea, a la que no me habían permitido ir desde mi captura. Ahora tomaba parte en una de sus orgías.

Aquello vivirá siempre en mi memoria. La combinación de bestialidad y humanidad era a veces tierna y a veces grotesca y horrible. Bajo el deslumbrante sol de mediodía, en el abrasador calor de la cima de la meseta, las inmensas y peludas criaturas saltaban alrededor de un gran círculo. Enrollaban y arrojaban sus elásticas cuerdas; lanzaban insultos y provocaciones a un imaginario enemigo; cayeron sobre el cuerpo del thag y literalmente lo despedazaron; solo cesaron cuando, hartos, no pudieron moverse más.

Tuve que esperar hasta que el proceso de digestión liberó a mi escolta de su sopor. Algunos habían comido hasta que sus abdómenes estaban tan distendidos que creí que iban a explotar, ya

que junto al thag había un centenar de antílopes de diversos tamaños y en varios grados de descomposición que habían desenterrado de escondrijos bajo el suelo de sus madrigueras para adornar la mesa del banquete.

Pero al fin partimos; seis grandes machos y yo mismo. Gr-gr-gr me había devuelto mis armas, y de nuevo estaba en mi a menudo interrumpido camino hacia mi objetivo. Si encontraría o no a Dian al final de mi viaje, no lo podía sino suponer; pero estaba impaciente por saberlo, porque aunque solo me aguardase lo peor, incluso eso lo deseaba averiguar enseguida.

Apenas podía creer que mi orgullosa compañera estuviera viva en poder de Hooja; pero el tiempo en Pellucidar era una cosa tan extraña que incluso era posible que para él o para ella tan solo hubiesen transcurrido unos cuantos minutos desde la sucia treta con la que había sido capaz de llevársela de Phutra. Incluso también era posible que ella hubiera encontrado los medios para repeler sus insinuaciones o para escaparse.

Mientras descendíamos el risco interrumpimos a una gran manada de grandes bestias similares a hienas, hiena spelaeus como Perry las llamaba, que estaban muy ocupadas con los cuerpos de los cavernícolas caídos en la batalla. Las feas criaturas distaban mucho de las cosas cobardes con que se reputa a las hienas de nuestro mundo; estas permanecían en su sitio enseñando los colmillos cuando nos aproximábamos a ellas. Pero como más tarde averigüé, tan formidables son los hombres bestia que hay pocos de los grandes carnívoros que no se aparten de su camino cuando ellos están cerca. Así las hienas se apartaron un poco de nuestra línea de avance, volviendo de nuevo a su festín cuando hubimos pasado.

Proseguimos nuestro camino hacia la orilla del hermoso río que fluía a lo largo de la isla, llegando por fin a uno de los bosques más densos que me encontré en aquella zona. Ya dentro del bosque mi escolta se detuvo.

—¡Allí! —dijeron, señalando al frente—. No iremos más allá.

De este modo, habiéndome guiado hasta mi destino, me dejaron. Frente a mí, a través de los árboles, podía ver lo que parecía ser el pie de una escarpada colina. Hacia ella dirigí mi camino. El bosque corría hasta la misma base de la colina, en cuya cara se veían las bocas de muchas cavernas. Parecían deshabitadas, pero decidí

observar un rato antes de aventurarme más lejos. Un gran árbol, de denso follaje, ofrecía un espléndido punto de observación desde el que espiar la colina, de modo que subí hasta sus ramas, donde seguramente escondido, podía vigilar lo que acontecía en las cuevas.

Apenas me había colocado en una posición cómoda cuando una partida de cavernícolas emergió de una de las aberturas más pequeñas de la cara del risco, a unos cincuenta pies de la base. Descendieron al bosque y desaparecieron. Al poco rato salieron varios más de la misma cueva y, tras ellos, después de un corto intervalo, un grupo de mujeres y niños, que entraron en el bosque a recoger fruta. Había varios guerreros con ellos; una guardia, presumí.

Tras esta vinieron otras partidas, y dos o tres grupos que salieron del bosque y ascendieron por la cara del risco para entrar en la misma caverna. No podía entender aquello. Todos los que habían salido venían de la misma cueva. Todos los que regresaban volvían a entrar en ella. Ninguna otra caverna daba señales de estar habitada, y ninguna cueva, salvo una de extraordinario tamaño, podría acomodar a toda la gente que había visto entrar y salir de su boca.

Durante mucho tiempo estuve allí sentado observando las idas y venidas de un gran número de cavernícolas. Ni una sola vez nadie dejó el risco por otra abertura que no fuera aquella por la que había visto salir a la primera partida, ni volvió a entrar en el risco a través de otra entrada.

¡Qué cueva debía ser aquella que albergaba a una tribu entera! Desconfiando de la verdad de mi suposición, subí más arriba entre las ramas del árbol para obtener una mejor visión de otras porciones del risco. Ya a mucha altura del suelo alcancé un punto desde el que podía divisar la cumbre de la colina. Evidentemente era un monte de cima lisa similar al que habitaba la tribu de Gr-gr-gr.

Mientras estaba observando, una figura apareció en el mismo borde. Era una muchacha joven cuyo cabello tenía una vistosa flor cogida de alguna de las plantas del bosque. La había visto entrar por debajo de mí apenas un rato antes y entrar a la pequeña cueva que había absorbido a todos los miembros de la tribu que

regresaban.

El misterio estaba resuelto. La caverna no era sino la boca de un pasadizo que llevaba desde el risco a la cumbre de la colina. Simplemente la utilizaban como una avenida desde su elevada ciudadela hasta el valle inferior.

Tan pronto como la verdad relampagueó en mi mente, comprendí que debía buscar algún otro medio de llegar hasta la aldea, ya que pasar sin ser visto por aquella vía continuamente transitada, sería imposible. En aquel momento no había nadie a la vista debajo de mí, así que me deslicé rápidamente desde mi arbórea torre de observación hasta el suelo y me moví con premura hacia la derecha, con la intención de rodear la colina si fuera necesario hasta encontrar un lugar discreto desde el que tuviera alguna ligera posibilidad de escalar las alturas y llegar a la cima sin ser visto.

Me mantuve pegado al margen del bosque, en cuyo mismo centro parecía elevarse la colina. Aunque examiné cuidadosamente el risco mientras rodeaba su base, no vi ninguna señal de otra entrada distinta a aquella a la que me habían conducido mis guías.

Al poco tiempo, el rugido del mar resonó en mis oídos. En breve llegué hasta el inmenso océano cuyas olas rompían al mismo pie de la colina en la que Hooja había encontrado un refugio seguro para él y sus villanos.

Estaba a punto de escalar las dentadas rocas que yacían en la base del risco más próxima al mar, en busca de algún camino hacia la cumbre, cuando tuve la suerte de ver una canoa rodeando el extremo de la isla. Me arrojé detrás de un enorme peñasco desde el que pude observar la piragua y sus ocupantes sin que me vieran.

Durante un instante remaron en la dirección en que me hallaba y entonces, a unas cien yardas de mí, giraron directamente hacia la base de los ceñudos riscos. Desde donde me hallaba parecía que se arrojaban a una muerte segura, ya que el rugido de las rompientes batiendo sobre la cara perpendicular del risco solo podía acarrear la muerte a cualquiera que se aventurase en sus implacables garras.

Una masa de rocas pronto los escondió de mi vista. Pero tanta era la excitación del momento que no pude contenerme y me acerqué hasta un punto en el que pudiera observar como la pequeña nave se hacía pedazos contra las afiladas rocas que yacían ante ella,

aunque me arriesgase a ser descubierto desde arriba por conseguir mi propósito.

Cuando alcancé el punto desde el que podía volver a ver la piragua, llegué a tiempo de verla deslizarse sin daño alguno entre dos puntiagudos centinelas de granito y flotar tranquilamente en el calmado seno de una diminuta cala.

De nuevo me agaché detrás de una roca para observar lo que ocurría a continuación; no tuve que esperar mucho. La piragua, que transportaba a dos hombres, era conducida hasta la pared rocosa. Una cuerda fibrosa, uno de cuyos extremos estaba atado al bote, fue rápidamente asegurada a uno de los salientes de la faz del risco.

Luego los dos hombres comenzaron a ascender por la pared casi perpendicular hacia la cumbre situada a varios cientos de pies por encima de ellos. Miraba aquello con asombro, porque por fantásticos escaladores que fueran, y los hombres de Pellucidar lo son, nunca antes había visto llevar a cabo una proeza tan extraordinaria. Se movieron hacia arriba sin detenerse, hasta que por fin desaparecieron tras la cumbre.

Cuando estuve razonablemente seguro de que por fin se habían ido salí de mi escondite, y con riesgo de romperme el cuello, salté y trepé hasta el lugar donde habían amarrado la canoa.

Si ellos habían escalado el risco, yo podía hacerlo o moriría en el intento.

Pero cuando me puse a la tarea, encontré que iba a ser más fácil de lo que me había imaginado, porque inmediatamente descubrí que habían tallado en la rocosa cara del risco unos asideros para las manos y los pies que formaban una tosca escalera desde la base hasta la cumbre.

Por fin alcancé la cima, y lo cierto es que estuve contento de hacerlo. Alcé cuidadosamente la cabeza hasta que mis ojos estuvieron sobre la cresta del risco. Ante mí se extendía una meseta áspera, literalmente sembrada de grandes peñascos. No había ninguna aldea a la vista ni tampoco ninguna criatura viviente.

Me alcé hasta el suelo y me puse en pie. Unos cuantos árboles crecían entre los peñascos. Avancé con mucho cuidado de árbol en árbol y de peñasco en peñasco hacia el interior de la meseta. A menudo me detenía para escuchar y mirar a mi alrededor en todas direcciones.

¡Cómo deseaba tener conmigo mis revólveres y mi rifle! No tendría que arrastrarme como un gato asustado hasta la aldea de Hooja, con lo poco que me apetecía hacerlo; pero la vida de Dian podía depender del éxito de mi aventura, de modo que decidí no correr riesgos. Haberme encontrado de repente y ser descubierto por más de una veintena de guerreros armados hubiera sido muy grande y heroico, pero pondría un fin inmediato a mis actividades terrenales y no habría conseguido nada que le fuese de algún valor a Dian.

Debía haber recorrido casi una milla a través de la meseta sin ver ninguna señal de nadie, cuando, de repente, mientras me arrastraba al borde de una gran roca, me di de bruces con otro hombre, que al igual que yo caminaba a gatas y venía en mi dirección.



## Capítulo X

### El asalto a la cueva prisión

**E**n el momento en que lo vi tenía la cabeza vuelta por encima de su hombro, mirando hacia la aldea que se encontraba a su espalda. Al saltar hacia él, sus ojos se posaron en mí. Nunca he visto una mayor sorpresa que la que vi en aquel pobre cavernícola. Antes de que pudiera lanzar un solo grito de alarma tenía mis dedos sobre su garganta y lo había arrastrado detrás de la roca, donde procedí a sentarme encima de él, mientras resolvía que era lo mejor que podía hacer con él.

Al principio forcejeó un poco, pero finalmente se quedó quieto, así que relajé la presión de mis dedos sobre su garganta, de lo que me imaginé estaría bastante agradecido; yo lo habría estado.

Odiaba tener que matarlo a sangre fría; pero no veía qué otra cosa podía hacer con él, porque si lo dejaba suelto sencillamente tendría en pie a toda la aldea cayendo sobre mí en un momento. El individuo me miraba con la sorpresa todavía dibujada en su rostro. Por fin, una mirada de reconocimiento brilló en sus ojos.

—Te he visto antes —dijo—. Te vi en la ciudad de Phutra, en la arena de los mahars, cuando los thipdars alejaron al tarag de ti y de tu compañera. Nunca entendí el por qué. Luego me arrojaron a la arena con dos guerreros de Gombul.

Sonrió al recordarlo.

—Me hubiera dado igual si me hubieran enfrentado con diez guerreros de Gombul. Los maté y gané mi libertad. ¡Mira!

Giró a medias su hombro izquierdo hacia mí, exhibiendo la cicatriz recientemente curada de la marca a fuego de los mahars.

—Después —continuó—, al regresar con mi gente me encontré

con algunos de ellos que huían. Me dijeron que un tal Hooja el Astuto había llegado y tomado nuestra aldea, esclavizando a nuestro pueblo. Me dirigí hasta aquí para ver si era verdad y, efectivamente, me encontré a Hooja y sus malvados viviendo en mi aldea y al pueblo de mi padre viviendo como esclavos. Me descubrieron y capturaron, pero Hooja no me mató. Soy el hijo de un jefe, y gracias a mí espera conseguir que los guerreros de mi padre regresen a la aldea para ayudarle en la gran guerra que dice que pronto empezará. Entre sus prisioneros está Dian la Hermosa, cuyo hermano, Dacor el Fuerte, jefe de Amoz, salvó una vez mi vida cuando fue a Thuria a robar una compañera. Yo le ayudé a capturarla y somos desde entonces buenos amigos, de modo que cuando descubrí que Dian la Hermosa era prisionera de Hooja, le dije que no le ayudaría si le hacía algún daño.

—Recientemente —prosiguió—, uno de los guerreros de Hooja me oyó hablando con otro prisionero. Estábamos planeando reunir a todos los prisioneros, coger las armas y cuando la mayoría de los guerreros de Hooja estuvieran fuera, matar al resto y volver a conquistar nuestra colina. Si lo hubiéramos conseguido la hubiéramos podido mantener, porque solo hay dos entradas: el túnel estrecho en un extremo y el paso del acantilado que sube al risco en el otro. Pero cuando Hooja se enteró de lo que habíamos planeado se puso muy furioso y ordenó mi muerte. Me ataron de pies y manos y me metieron en una cueva hasta que volviesen todos los guerreros para ser testigos de mi muerte; pero mientras estaba fuera oí que alguien me llamaba con una voz apagada que parecía venir de la pared de la cueva. Cuando contesté, la voz, que era de mujer, me dijo que había llegado a oír todo lo que había ocurrido entre los que me habían llevado allí y yo, y que era la hermana de Dacor y que encontraría la manera de ayudarme. Al poco rato un pequeño agujero apareció en la pared, en el punto del que venía la voz. Enseguida vi la mano de una mujer escarbando con un trozo de piedra. La hermana de Dacor había hecho un agujero en la pared, entre la cueva en la que me encontraba atado y la que ella estaba confinada; tan pronto como llegó a mi lado, cortó mis ataduras. Entonces hablamos y le ofrecí el intentar llevarla de vuelta a Sari, donde me dijo que sería capaz de descubrir el paradero de su compañero. En este momento iba al otro extremo de la isla para ver

si allí podía encontrar un bote, y si el camino estaba despejado, realizar la fuga. Ahora la mayoría de los botes están siempre fuera, porque la gran mayoría de los hombres de Hooja y casi todos los esclavos están en la Isla de los Árboles, donde Hooja está construyendo muchas canoas con las que llevar a sus guerreros por el agua hasta la boca de un gran río que descubrió cuando volvía de Phutra; un vasto río que desembocaba en el mar que hay allí.

El hombre me señaló un punto en el noroeste.

—Es ancho y tranquilo y discurre lentamente casi hasta la tierra de Sari —añadió.

—¿Y dónde está Dian la Hermosa ahora? —pregunté.

Había liberado a mi prisionero tan pronto como había descubierto que era enemigo de Hooja, y ahora ambos estábamos agazapados detrás de la roca mientras me contaba su historia.

—Regresó a la cueva en la que estaba apresada —contestó— y me está esperando allí.

—¿No hay peligro de que vuelva Hooja mientras estás fuera?

—Hooja está en la Isla de los Árboles —contestó.

—¿Puedes indicarme cuál es la cueva de forma que la pueda encontrar yo solo? —pregunté.

Me dijo que sí, y en la extraña aunque explícita manera de los pellucidaros, me explicó minuciosamente como podía llegar hasta la cueva en la que había estado apresado, y a través de cuyo agujero en su pared podía encontrar a Dian.

Pensé que sería mejor que solo fuese uno de los dos, ya que dos podían lograr poco más que uno solo y sería el doble el riesgo de ser descubiertos. Mientras tanto él continuaría hacia el mar y custodiaría el bote del que le dije que se encontraba al pie del risco.

Le dije que nos esperase en la cima del risco, y que si Dian regresaba sola hiciera lo posible por marcharse con ella y llevarla hasta Sari, ya que creía que era bastante posible el que, en caso de ser descubiertos y perseguidos, tuviera que contener a la gente de Hooja mientras Dian continuaba sola hasta donde mi nuevo aliado la estaba esperando. Le insistí en el hecho de que tal vez tuviera que recurrir a algún engaño para obligar a Dian a que me dejara; también le hice prometer que sacrificaría todo, incluso su vida, en el intento de rescatar a la hermana de Dacor.

Luego partimos, él a tomar una posición desde la que pudiera

vigilar el bote y esperar a Dian, yo a acercarme cautelosamente a las cuevas. No tuve ninguna dificultad en seguir las indicaciones que me había dado Juag, como me dijo el amigo de Dacor que se llamaba. Había un árbol inclinado, el primer punto que me dijo que buscara tras rodear la roca en la que nos habíamos encontrado. Después tenía que seguir hasta una roca en equilibrio, un enorme peñasco que descansaba sobre una base diminuta, no más grande que la palma de una mano.

Desde aquí tendría mi primera perspectiva del conjunto de cuevas. Un farallón bajo corría diagonalmente a lo largo de un extremo de la meseta, y en el frente de ese farallón se encontraban muchas cuevas. Varios senderos en zigzag llevaban hasta ellas, y estrechas repisas excavadas en la roca blanda conectaban a aquellas que estaban al mismo nivel.

La cueva en la que Juag había estado confinado estaba en el extremo del risco más cercano a mí. Aprovechándome del farallón, podía aproximarme a unos cuantos pies de la abertura sin que me vieran desde otra cueva. En ese momento había varias personas alrededor, la mayoría estaban congregados al pie del extremo más alejado del farallón envueltos en una excitada conversación, de modo que sentí poco temor de ser detectado. A pesar de todo, puse el mayor cuidado posible al aproximarme al risco. Estuve observando durante un rato hasta que aproveché el instante en que todas las miradas estaban apartadas de mí para salir disparado como un conejo hacia la cueva.

Como muchas de las cavernas construidas por los hombres de Pellucidar, esta constaba de tres cámaras, una tras otra, y sin ninguna luz salvo en aquella en que la luz del sol se filtraba a través de la abertura externa. El resultado era que la oscuridad se incrementaba gradualmente a medida que uno pasaba a la cámara siguiente.

En la última de las tres, solo podía distinguir algunos objetos, y eso era todo. Estaba tentando las paredes en busca del agujero que comunicaba con la cueva en la que estaba apresada Dian, cuando oí una voz de hombre muy cerca de mí.

El que hablaba evidentemente acababa de entrar, ya que en un tono muy alto, demandaba el paradero de aquella a la que había venido a buscar.

—¿Dónde estás, mujer? —gritaba—. Hooja ha mandado a buscarte.

Al instante una voz de mujer le respondió.

—¿Y para qué me quiere Hooja?

La voz era la de Dian. Tanteé en dirección a los sonidos, en busca del agujero.

—Desea llevarte a la Isla de los Árboles —contestó el hombre—. Está preparado para tomarte como su compañera.

—No iré —dijo Dian—. Antes moriré.

—Me ha enviado a llevarte y te llevaré.

Pude oírle cruzar la cueva dirigiéndose hacia ella. Frenéticamente arañé la pared de la caverna en la que me encontraba en un esfuerzo por hallar la elusiva abertura que me llevaría al lado de Dian.

Oí ruido de lucha en la caverna próxima. Entonces mis dedos se hundieron en una piedra suelta cubierta de tierra en el costado de la cueva. En un instante comprendí porque había sido incapaz de encontrar la abertura al palpar suavemente la superficie de las paredes. Dian había bloqueado el agujero que había hecho para no levantar sospechas y evitar así un descubrimiento prematuro de la huida de Juag.

Arrojando mi peso contra la blanda sustancia, aterricé violentamente en la caverna adyacente. Con esta entrada, yo, David, emperador de Pellucidar, dudo que ningún otro dignatario en la historia del mundo haya hecho una llegada más indigna. Caí a cuatro patas y de cabeza, pero me puse en pie rápidamente, antes de que el hombre supiera lo que había ocurrido en aquella oscuridad.

Creo que me vio al levantarme, y sintiendo que ningún amigo vendría de una forma tan precipitada, se volvió a mi encuentro mientras yo cargaba contra él. Tenía en mi mano el cuchillo de piedra, y él tenía el suyo. En la oscuridad de la cueva hubo poca oportunidad para un despliegue de habilidad, pero a pesar de ello puedo aventurarme a decir que llevamos a cabo un duelo impresionante.

Antes de llegar a Pellucidar no recuerdo haber visto nunca un cuchillo de piedra, y estoy seguro de no haber luchado tampoco con ninguna clase de cuchillo, pero ahora no necesito ningún consejo de

nadie sobre como manejar esta primitiva aunque mortífera arma.

Podía vislumbrar a Dian en la oscuridad, pero sabía que ella no podía distinguir mis rasgos o reconocirme; disfrutaba anticipadamente, incluso mientras luchaba por su vida y por la mía, de su preciada alegría cuando descubriese que era yo quien venía a liberarla.

Mi oponente era grande, pero ágil y buen luchador a cuchillo. Me tocó una vez ligeramente en el hombro; todavía tengo la cicatriz y la llevaré conmigo hasta la tumba. Pero entonces hizo algo estúpido, porque mientras que yo saltaba hacia atrás para ganar un segundo en el que calmar el dolor de mi herida, se abalanzó sobre mí para intentar rematarme. En su deseo por ponerme las manos encima se desentendió por un momento de su cuchillo. Al ver su guardia abierta, lancé mi puño izquierdo con todas mis fuerzas contra su mandíbula.

Cayó al suelo. Antes de que pudiera volver a levantarse estaba sobre él y había enterrado mi cuchillo en su corazón. Entonces me puse en pie, y allí estaba Dian, encarándome y escudriñándome a través de la densa penumbra.

—¡No eres Juag! —exclamó—. ¿Quién eres?

Di un paso hacia ella, con mis brazos extendidos.

—Soy yo Dian —dije—. Soy David.

Al sonido de mi voz soltó un pequeño grito en el que se mezclaban las lágrimas; un tierno lamento que me dijo sin más palabras lo desesperada que se había encontrado. Y entonces corrió a arrojarle en mis brazos; cubrí de besos sus perfectos labios y su hermoso rostro, acaricié su espeso cabello negro, y le dije una y otra vez lo que ella ya sabía, lo que ha sabido durante años: que la amo más que a cualquier otra cosa que dos mundos puedan ofrecerme. Sin embargo, no podíamos dedicar mucho tiempo a la felicidad de aquel encuentro; estábamos en medio de enemigos que podían descubrirnos en cualquier momento.

La llevé hasta la cueva adyacente. Desde allí seguimos hasta la boca de la caverna que me había dado entrada al risco. Durante un momento inspeccioné los alrededores y al ver el paso libre, avancé velozmente con Dian a mi lado. Al rodear el borde del risco nos detuvimos un instante escuchando atentamente. Ningún sonido llegó hasta nuestros oídos que indicase que nos habían visto, así que

nos movimos cautelosamente por el camino por el que había venido.

Mientras nos alejábamos, Dian me dijo que sus captores le habían informado de lo cerca que había estado de encontrarla, incluso en la Tierra de la Horrible Sombra, y como uno de los hombres de Hooja me había descubierto durmiendo y me había robado todas mis pertenencias. Luego Hooja había enviado a otros cuatro para que me encontrasen y me cogieran prisionero. Pero aquellos hombres no regresaron, o al menos ella no tenía noticia de su regreso.

—No lo harán nunca, porque han ido a un sitio del que nadie vuelve jamás —le respondí, relatándole a continuación mi encuentro con aquellos cuatro.

Casi habíamos llegado hasta el borde del risco en el que Juag nos estaba esperando, cuando vimos a dos hombres que caminaban rápidamente hacia el lugar al que nos dirigíamos. No nos vieron, ni tampoco a Juag, al que en ese momento descubrimos escondido tras un arbusto bajo cercano al borde del precipicio que en ese punto caía al mar. Tan rápidamente como nos era posible, sin exponernos demasiado ante el enemigo, nos apresuramos para llegar al lado de Juag antes que ellos.

Pero ellos lo localizaron antes y cargaron de inmediato contra él. Uno de ellos había sido su guardián, y ambos había sido enviados en su busca; su huida había sido descubierta en el intervalo transcurrido entre que él había abandonado la cueva y yo había llegado hasta ella. Evidentemente habían perdido algunos momentos preciosos buscándolo en otras partes de la meseta.

Cuando vi que los dos se abalanzaban sobre él, grité para llamar su atención hacia el hecho de que ahora tenían más de un contrincante del que ocuparse. Al oír mi voz se detuvieron y miraron a su alrededor.

Cuando nos descubrieron a Dian y a mí intercambiaron unas palabras, y uno de ellos continuó hacia Juag mientras que el otro se volvía hacia nosotros. Al acercarse vi que llevaba en su mano uno de mis revólveres, pero lo agarraba por el cañón, evidentemente tomándolo por algún tipo de maza o de tomahawk.

Apenas pude contener una sonrisa burlona al pensar en las posibilidades desperdiciadas por aquel mortífero revólver en las

manos de un ignorante guerrero de la edad de piedra. Con solo ponerlo al revés y apretar el gatillo, todavía estaría vivo; quizás después de todo todavía lo esté, ya que no lo maté. Cuando estaba a unos veinte pies de mí arrojé mi lanza con un rápido movimiento que me había enseñado Ghak. Se agachó para evitarla, y en lugar de recibirla en su corazón, que era donde la dirigía, le dio a un lado de la cabeza.

Cayó al suelo hecho un revoltijo. Luego miré hacia donde se encontraba Juag. También se encontraba ocupado. El individuo al que se enfrentaba era un verdadero gigante; estaba lanzando tajos y cuchilladas al pobre esclavo fugado con un cuchillo de apariencia malévola que bien pudiera haber sido diseñado para trincar mastodontes. Paso a paso, estaba obligando a Juag a retroceder hacia el borde del risco con una astucia diabólica, ya que no permitía a su adversario ninguna opción de evitar las terribles consecuencias de en seguir aquella dirección. Rápidamente comprendí que de un momento a otro Juag debía lanzarse deliberadamente a la muerte, bien sobre el precipicio, bien sobre su enemigo.

Y mientras veía el trance en que se hallaba Juag, también advertí en el mismo instante una forma de socorrerlo. Saltando con rapidez al lado del individuo que acababa de abatir, agarré el caído revólver. Era correr un riesgo desesperado, y me di cuenta de ello en el instante en que levanté el arma y apreté el gatillo. No tenía tiempo para apuntar. Juag se encontraba al mismo borde del precipicio. Su implacable enemigo le estaba empujando inexorablemente, golpeándole furiosamente con el pesado cuchillo.

Y entonces, alto y fuerte, habló el revólver. El gigante alzó sus manos por encima de la cabeza, giró sobre sí mismo como una enorme peonza, y se abalanzó sobre el precipicio.

¿Y Juag? Lanzó una mirada asustada hacia donde me encontraba, lo que era lógico puesto que jamás había oído la detonación de un arma de fuego, y con un aullido de espanto, también dio una vuelta sobre sí mismo y se precipitó de cabeza desapareciendo de nuestra vista. Horrorizado, me apresuré hasta el borde del abismo justo a tiempo para ver dos salpicaduras de agua brotando de la superficie de la pequeña cala que se encontraba bajo nosotros.

Durante un instante Dian y yo permanecimos allí expectantes. Entonces, para mi total asombro, vi a Juag salir a la superficie y nadar vigorosamente hacia la canoa. ¡El tipo había saltado una distancia increíble y había salido indemne!

Le llamé para que nos esperase abajo, asegurándole que no tenía que tener miedo de mi arma, ya que solo dañaba a mis enemigos. Denegó con la cabeza y murmuró algo que no pude oír a tan gran distancia; pero cuando le apremié prometió esperarnos. En el mismo instante Dian me tocó en el brazo y señaló hacia la aldea. Mi disparo había llamado la atención de una multitud de nativos que ahora venían a la carrera hacia nosotros.

El individuo al que había golpeado con mi lanza había recuperado la consciencia y se había puesto en pie. Ahora corría tan rápido como podía en dirección a su gente. Aquello no pintaba nada bien para Dian y para mí, con aquella espantosa pendiente entre nosotros y el inicio de la libertad, y con una horda de salvajes enemigos avanzando en veloz carrera.

Tan solo había una esperanza: que Dian descendiese hasta el fondo del abismo sin demora. La tomé entre mis brazos durante un instante; sentía que tal vez fuese por última vez. Por mi vida que no veía como podíamos escapar.

Le pregunté si sería capaz de realizar el descenso ella sola, si no tendría miedo. Me sonrió bravamente y encogió sus hombros. ¡Miedo ella! Era tan hermosa que siempre tenía dificultades para recordar que era una muchacha primitiva y semisalvaje de la edad de piedra, y a menudo me encontraba a mí mismo limitando mentalmente sus capacidades a las de las decadentes y muy civilizadas bellezas de la corteza exterior.

—¿Y tú? —me preguntó mientras se volvía hacia el borde del risco.

—Te seguiré después de quitar de en medio a alguno de nuestros amigos —contesté—. Quiero hacerles probar esta nueva medicina que va a curar a Pellucidar de todos sus males. Esto les retendrá lo bastante como para reunirme contigo. Ahora date prisa, y dile a Juag que esté listo para zarpar en el momento en que llegue a la canoa, o en el instante en que quede claro que no voy a poder llegar hasta ella. Debes volver a Sari si algo me ocurre, Dian, para que junto a Perry puedas dedicar tu vida a llevar a cabo las esperanzas y

los planes que hemos soñado para Pellucidar. Prométemelo, querida.

Odiaba tener que prometer que me iba a abandonar, y no lo hizo; solo volvió la cabeza y sin perder más tiempo comenzó a descender. Desde abajo Juag nos llamaba a gritos. Era evidente que por mi comportamiento se daba cuenta de que estaba intentando persuadir a Dian para que descendiese, y de que un peligro mortal nos amenazaba arriba.

—¡Salta! —gritó—. ¡Salta!

Miré a Dian y luego al abismo que se extendía a nuestros pies. La cala no parecía más grande que un plato. No entendía como Juag había salido bien parado.

—¡Salta! —gritó Juag—. Es la única manera. No hay tiempo para descender.



## Capítulo XI

### Huida

**D**ian miró hacia abajo y se estremeció. Su tribu era un pueblo montaños, no estaban acostumbrados a nadar más que en ríos tranquilos y plácidas lagunas. No era el precipicio lo que la atenazaba. Era el océano, vasto, misterioso, terrible.

Saltar a él desde aquella gran altura estaba fuera de su alcance. No podía reprochárselo. Tener que hacerlo yo mismo me parecía descabellado incluso el pensarlo. Solo una cosa me induciría a saltar de cabeza desde aquella altura vertiginosa: el suicidio; o al menos eso era lo que pensaba en aquel momento.

—¡Rápido! —le urgí a Dian—. No puedes saltar; pero puedo contenerlos hasta que estés a salvo.

—¿Y tú? —volvió a preguntar—. ¿Saltarás cuando ya estén cerca? De otra forma no podrás escapar si aguantas aquí hasta que yo llegue al suelo.

Vi que no me abandonaría a menos que creyese que yo realizaría aquel aterrador salto que habíamos visto hacer a Juag. De nuevo miré hacia abajo; entonces, con un mudo asentimiento, le aseguré que saltaría en el momento en que ella alcanzase el bote. Satisfecha, comenzó a descender cuidadosa aunque apresuradamente. La observé durante un momento, con el corazón encogido ante el temor de algún paso en falso o que al fallarle algún asidero se arrojase a una muerte horrible contra las rocas del fondo.

Entonces me volví hacia los cada vez más cercanos hombres de Hooja, los «hoojitas», como los apodaba Perry, que incluso fue más lejos al bautizar a la isla gobernada por Hooja como Indiana; así estaba marcada ahora en nuestros mapas. Se estaban aproximando a

gran velocidad. Alcé mi revólver, apunté deliberadamente al primero de los guerreros y apreté el gatillo. Al ladrido del arma, el individuo cayó hacia delante. Su cabeza se inclinó siguiendo al cuerpo. Rodó y rodó dos o tres veces antes de que se detuviera, para yacer muy quieto en la tupida hierba que crecía entre las radiantes flores salvajes.

Los que iban tras él se pararon. Uno de ellos me lanzó su venablo, pero se quedó corto, puesto que estaba fuera de su alcance. Había dos armados con arcos y flechas; hacia ellos se dirigió mi atención. Todos parecían estar asustados y atemorizados por el sonido y el efecto del arma de fuego. Permanecían mirándome a mí y al cuerpo de su camarada, y hablaban rápidamente entre ellos.

Aproveché el momentáneo cese de hostilidades para echar una rápida mirada por encima del borde del abismo hacia Dian. Estaba a medio camino del risco y avanzaba sin dificultad. De nuevo me volví hacia mis enemigos. Uno de los arqueros estaba preparando una flecha de su arco. Alcé mi mano.

—¡Alto! —grité—. ¡A cualquiera que me dispare o se acerque a mí lo mataré igual que he hecho con él!

Yo señalaba al hombre muerto. El individuo bajó su arco y de nuevo entraron en una animada discusión. Observé que los que no estaban armados con arcos urgían a algo a los que sí lo estaban.

Por fin pareció prevalecer la mayoría, ya que simultáneamente los dos arqueros alzaron sus armas. En aquel mismo instante disparé a uno de ellos que cayó de espaldas. El otro, no obstante, lanzó su proyectil, pero el estampido de mi revolver le dio tal sobresalto que la flecha pasó por encima de mi cabeza. Un segundo más tarde, también caía despatarrado sobre el césped con un redondo agujero entre los ojos. Fue un disparo bastante bueno.

De nuevo miré por encima del precipicio. Dian casi había llegado al fondo. Juag estaba justo bajo ella con sus manos alzadas para recibirla.

Un hosco rugido de los guerreros volvió a llamar mi atención sobre ellos. Agitaban sus puños hacia mí y me gritaban insultos. Vi como un solitario guerrero que venía de la aldea llegaba para unirse a ellos. Era un individuo enorme, que a grandes zancadas se situó entre ellos; por la corrección y el respeto con que se dirigían hacia él supuse que era un jefe. Escuchó todo lo que le contaban de los

acontecimientos de los últimos minutos; luego, con una orden que pareció un rugido, avanzó hacia mí con toda la jauría a sus espaldas. Había llegado lo único que necesitaban, un bravo líder.

Todavía me quedaban dos balas en la recámara del arma. Destiné una de ellas al gigantesco guerrero, pensando que su muerte detendría a los demás. Pero me imagino que en esta ocasión estaban poseídos por tal frenesí de rabia que nada los hubiera detenido. En cualquier caso, gritaron lo más alto que pudieron e incrementaron su velocidad hacia mí. Abatí a otro con mi última bala.

Pero ya estaban casi encima de mí. Pensé en mi promesa a Dian; el espantoso abismo estaba a mi espalda; un gigantesco demonio con un enorme garrote enfrente. Agarré mi revólver por el cañón y le golpeé en la cara con todas mis fuerzas.

Entonces, sin esperar a saber el efecto de mi golpe, me giré, corrí unos cuantos pasos hasta el borde del abismo y salté tan lejos como pude sobre el aterrador abismo. Entendía algo de saltos, y puse todo lo que sabía en este que estaba seguro que iba a ser el último.

Durante unos doscientos pies caí en posición horizontal. La velocidad que iba alcanzando era terrorífica. Casi podía sentir el aire como una cosa sólida por la velocidad con que lo atravesaba. Luego mi posición cambió gradualmente a la vertical, y con las manos extendidas me deslicé por el aire hendiéndolo como si fuera una flecha. Justo antes de golpear el agua, una auténtica rociada de lanzas cayó a mi alrededor. Mis enemigos se habían abalanzado hasta el extremo del risco y me lanzaban sus armas. No me alcanzaron de milagro.

En el último instante vi que había evitado las rocas y que iba a golpear limpiamente el agua. Entonces caí a plomo en las profundidades de la cala. Supongo que en realidad no me hundí demasiado, pero en aquel momento creí que nunca me detendría. Cuando por fin me atreví a curvar mis manos hacia arriba y desviar mi avance hacia la superficie, pensé que iba a explotar por la falta de aire antes de que volviera a ver el sol a través de los remolinos del agua. Pero al fin mi cabeza surgió de entre las olas, y llené mis pulmones de aire.

Ante mí se encontraba la canoa, de la que Juag y Dian se estaban bajando. No podía entender por qué la abandonaban ahora

que estábamos a punto de alejarnos en ella a tierra firme; pero cuando llegué a su costado, lo comprendí. Dos pesadas lanzas, que por un pelo no habían alcanzado a Dian y Juag, se habían clavado hasta la madera en el fondo de la piragua, partiéndola prácticamente en dos trozos, de proa a popa. Estaba inutilizada.

Juag estaba sobre una roca, extendiendo su mano hacia mí para ayudarme a subir a su lado; no perdí el tiempo en aceptar su ofrecimiento. Alguna lanza ocasional todavía caía peligrosamente a nuestro alrededor, de modo que nos apresuramos a acercarnos lo más posible a la pared del risco, donde estábamos relativamente a salvo de los proyectiles.

Allí sostuvimos una breve conferencia en la que se decidió que nuestra única esperanza ahora radicaba en alcanzar el extremo opuesto de la isla tan rápido como pudiéramos hacerlo, y utilizar el bote que había dejado allí escondido para continuar nuestro viaje hasta tierra firme.

Recogiendo tres de las lanzas menos dañadas que habían caído a nuestro alrededor, iniciamos nuestro camino, dirigiéndonos hacia el lado sur de la isla, ya que Juag había apuntado que era menos frecuentado por los hombres de Hooja que la parte central por la que discurría el río. Creo que este ardid debió alejar a nuestros perseguidores de nuestro rastro, ya que ni vimos ni oímos señal alguna de persecución durante la mayor parte de nuestra marcha a lo largo de la isla.

Pero la ruta que Juag había elegido era quebrada y daba muchos rodeos, de modo que nos llevó una o dos marchas más el cubrir aquella distancia que las que hubiéramos hecho de seguir el río. Eso fue nuestra perdición.

Los que nos buscaban debían de haber enviado una partida río arriba inmediatamente después de nuestra fuga, porque cuando por fin llegamos a la vista del río no muy lejos de nuestro destino, no hubo ninguna duda de que ya éramos observados por los hombres de Hooja situados en el río delante de nosotros, y antes de que apenas pudiéramos devolver un golpe en nuestra defensa, nos habían desarmado y atado.

Después de esto parecía que nos habían arrebatado toda esperanza. No veía ningún rayo de luz en nuestro futuro; tan solo una muerte inmediata para Juag y para mí, lo que no me importaba

mucho a la vista de lo que le aguardaba a Dian.

¡Pobre niña! ¡Qué vida más terrible había tenido! Desde el momento en que la había visto por primera vez en la caravana de esclavos de los mahars, hasta hoy, prisionera de una criatura no menos cruel, apenas podía recordar unos breves intervalos de paz y tranquilidad en su tempestuosa existencia. Antes de conocerla yo, Jubal el Feo la había perseguido a través de un mundo salvaje para hacerla su compañera. Ella le había eludido y finalmente yo lo había matado; pero el terror, las privaciones y la exposición a las fieras feroces le habían seguido el rastro durante su solitaria huida. Y cuando regresé al mundo exterior las pasadas desgracias habían vuelto a comenzar con Hooja en el papel de Jubal. Casi deseaba que la muerte le concediese la paz que el destino parecía denegarle en esta vida.

Le comenté el tema, sugiriéndole que muriésemos juntos.

—No temas, David —contestó—. Acabaré con mi vida antes de que Hooja pueda causarme daño alguno, pero antes veré morir a Hooja.

Al decir esto sacó de su pecho una pequeña tira de cuero, a cuyo extremo estaba atado un pequeño saquito.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté.

—¿Recuerdas la vez que pisaste la cosa a la que en tu mundo llamáis víbora? —me preguntó.

Asentí con la cabeza.

—Aquel accidente te dio la idea de envenenar las flechas con las que atacamos a los guerreros del Imperio —continuó—, y a mí también me dio una idea. Durante mucho tiempo he llevado un colmillo de víbora en mi seno. Me ha dado la fuerza para afrontar muchos peligros, porque siempre me ha garantizado la inmunidad frente al insulto final. Pero todavía no estoy preparada para morir. Antes dejaré que Hooja pruebe el colmillo de la víbora.

Así que no morimos juntos, y hoy soy feliz por no haberlo hecho. Siempre me ha parecido algo estúpido contemplar el suicidio; porque no importa lo oscuro que hoy aparezca el futuro pues el mañana puede depararnos aquello que alterará toda nuestra vida en un instante, revelándonos la luminosidad del día y la felicidad. Así, en lo que a mí respecta, siempre aguardaré el mañana.

En Pellucidar, donde siempre es hoy, la espera puede no ser muy larga, y así resultó para nosotros. Mientras estábamos atravesando una elevada colina de aplanada cumbre, en un bosque de apariencia similar a una campiña, una auténtica red de flexibles cuerdas cayó repentinamente sobre nuestros guardias, atrapándolos. Al momento, una horda de mis aliados, los peludos hombres gorila de tiernos ojos y alargados rostros de oveja, saltó entre ellos.

Fue una batalla muy interesante. Lamenté que mis ataduras me impidieran tomar parte en ella, pero alenté con mi voz a los hombres bestia y al viejo y osado Gr-gr-gr, su jefe, cada vez que sus poderosas mandíbulas acababan con la vida de uno de los hombres de Hooja. Cuando acabó la lucha, solo habían conseguido escapar algunos de nuestros captores; la mayoría yacían muertos a nuestro alrededor. Los hombres gorila no les prestaron mayor atención. Gr-gr-gr se volvió hacia mí.

—Gr-gr-gr y su pueblo son tus aliados —dijo—. Uno de los nuestros vio a los guerreros del Astuto y los siguió. Vio como te capturaban y regresó tan rápido como pudo hasta la aldea para contarme lo que había visto. El resto ya lo sabes. Tú hiciste mucho por Gr-gr-gr y el pueblo de Gr-gr-gr. Nosotros siempre haremos mucho por ti.

Se lo agradecí, y cuando le informé de nuestra huida y de nuestro destino, insistió en acompañarnos hasta el mar con un gran número de sus feroces machos. Al final no fuimos reacios a aceptar su escolta. Encontramos la canoa donde la había escondido, y despidiéndonos de Gr-gr-gr y de sus guerreros, los tres nos embarcamos hacia el continente.

Pregunté a Juag sobre la posibilidad de intentar cruzar hasta la boca del gran río que según me había contado se podía remontar casi hasta Sari; pero me aconsejó no intentarlo, ya que solo teníamos un remo y además no teníamos ni agua ni comida. Tuve que reconocer la sabiduría de su consejo, pero el deseo de explorar aquella gran masa de agua estaba fuertemente implantado en mí, y acabó despertando la determinación de realizar el intento una vez que hubiésemos ganado la costa y subsanado nuestras deficiencias.

Desembarcamos varias millas al norte de Thuria en una pequeña cala que parecía ofrecernos protección del fuerte oleaje que a veces corre, incluso en los de ordinario pacíficos océanos de Pellucidar.

Allí desvelé a Dian y a Juag los planes que tenía en mente. Íbamos a equipar a la canoa de una pequeña vela, cuyo propósito les tuve que explicar a ambos, ya que ninguno de ellos había oído o visto antes de semejante ingenio. Después cazaríamos algo de comida que llevaríamos con nosotros y prepararíamos un recipiente para el agua.

Los dos últimos puntos entraban más en la línea de Juag, pero estuvo murmurando entre dientes algo sobre la vela y el viento durante largo rato. Podía ver que no estaba ni siquiera medio convencido de que una idea tan ridícula pudiera hacer que la canoa se moviese por el agua.

Durante algún tiempo intentamos cazar cerca de la costa pero no fuimos recompensados con ningún éxito relevante. Finalmente decidimos esconder la canoa, y adentrarnos en tierra firme en busca de caza. A sugerencia de Juag excavamos un hoyo en la arena en el extremo superior de la playa y enterramos la nave, alisando la superficie y echando a un lado la arena sobrante que habíamos excavado. Después nos alejamos del mar. Viajar hacia Thuria es menos arduo que hacerlo bajo el sol de mediodía que eternamente se derrama sobre el resto de la superficie de Pellucidar; pero también tiene sus desventajas, una de las cuales es la depresiva influencia emitida por la sempiterna cortina de la Tierra de la Horrible Sombra.

Cuanto más nos adentrábamos, más oscuro se volvía, hasta que por fin nos movimos en un eterno crepúsculo. La vegetación estaba ahora más esparcida y era de una extraña naturaleza descolorida, aunque crecía en una forma y tamaño asombrosos. A menudo divisamos enormes lidi, las bestias de carga, moviéndose a grandes pasos por el tenue bosque, retozando en la grotesca vegetación, o bebiendo de los calmados y sombríos ríos que discurrían desde las llanuras del Lidi para desembocar en el mar en Thuria.

Lo que buscábamos era un thag, una especie de bisonte gigantesco, o alguna de las mayores especies de antílope, cualquiera de sus carnes secaría bien al sol. La vejiga del thag nos daría un excelente odre para el agua, y su piel, me figuraba, sería una buena vela. Viajamos a una considerable distancia tierra adentro, cruzamos totalmente la Tierra de la Horrible Sombra y por fin salimos a la parte de las Llanuras del Lidi que se encuentran a la

placentera luz del sol. Por encima nuestro el mundo colgante giraba sobre su eje, llenándome especialmente a mí y a Dian en un estado casi similar, de una maravilla y de una curiosidad insaciable acerca de las extrañas formas de vida que existirían entre sus valles y colinas y a lo largo de sus mares y ríos, que ahora podíamos divisar claramente.

Ante nosotros se extendían las inmensidades sin horizonte del vasto Pellucidar, las Llanuras del Lidi nos circundaban, mientras que por encima de nosotros hacia el noroeste podía distinguir las numerosas torres que señalaban las entradas a la lejana ciudad mahar, cuyos habitantes oprimían a los thurios.

Juag sugirió que viajásemos hacia el nordeste, donde dijo que en el margen de la llanura encontraríamos un país arbóreo en el que la caza sería abundante. Actuando de acuerdo con su consejo, llegamos por fin a una jungla boscosa, atravesada por incontables senderos de caza. En las profundidades de este formidable bosque encontramos el rastro reciente de un thag.

Poco después, acechando sigilosamente, tuvimos al alcance de nuestras lanzas a un pequeño rebaño. Eligiendo un gran toro, Juag y yo lanzamos nuestras armas simultáneamente. Dian reservó la suya para un caso de emergencia. La bestia trastabilló sobre sus pies, rugiendo. En un instante el resto del rebaño se levantó y salió a la carrera quedándose solo el toro herido, con la cabeza agachada y los ojos errantes buscando a su enemigo. Entonces Juag, como parte de la táctica de la cacería, se expuso a la vista del toro, mientras yo me situaba a un lado detrás de un arbusto. En el momento en que la salvaje bestia vio a Juag cargó contra él. Juag salió corriendo, atrayendo al toro hacia mi escondite. Hacia él vino; toneladas de poderosa y rabiosa fuerza bestial.

Dian se había deslizado a mi espalda. Ella también, si las circunstancias lo requerían, podía luchar contra un thag. ¡Ah, qué muchacha! ¡Una verdadera emperatriz de la edad de piedra por cualquier patrón de los dos mundos por el que la quisierais medir!

Arrollándolo todo a su paso, el thag vino hacia nosotros, rugiendo y bufando, con la potencia de cien toros del mundo exterior. Cuando estuvo enfrente de mí salté hacia la pesada crin que cubría su enorme cuello. Enredar mis dedos en ella apenas me llevó un instante. Luego eché a correr justo al costado de la bestia.

La teoría en que se funda la costumbre de esta cacería se basa en lo que alguien descubrió hace mucho tiempo a base de experiencia, y es que un thag no varía su embestida una vez que ha cargado contra el objeto de su ira, al menos mientras que todavía pueda ver aquello contra lo que embiste. Evidentemente cree que el hombre que trepa a su crin intenta retenerlo para que no dé alcance a su presa, y por ello no presta atención a su enemigo, quien, naturalmente, no retrasa su carga en lo más mínimo.

Una vez que me mantuve al paso de la traqueteante bestia, fue relativamente fácil saltar sobre su espalda al estilo en que los soldados de caballería montan sus caballos a la carrera. Juag todavía corría delante del toro. Su velocidad era unas tres veces menor que la del monstruo que le perseguía. Los pellucidaros son casi tan veloces como un ciervo; debido a que yo no lo soy, esa es la razón por la que siempre me eligen para la tarea de acercamiento en la caza del thag. No puedo mantenerme delante de un thag a la carga el tiempo suficiente para que el matador haga su trabajo. Lo aprendí la primera y única vez que lo intenté.

A horcajadas sobre el cuello del toro, desenvainé mi largo cuchillo de piedra, y situando cuidadosamente la punta en la espina dorsal del bruto, lo clavé con ambas manos. En el mismo instante salté del vacilante animal. Ningún vertebrado puede avanzar con un cuchillo atravesando su espina dorsal, y el thag no es la excepción a esa regla.

La bestia cayó al suelo instantáneamente. Mientras se revolcaba por el suelo, volvió Juag; los dos saltamos sobre ella cuando una abertura nos dio la oportunidad de recuperar nuestras lanzas de su costado. Después danzamos a su alrededor, como si fuéramos dos salvajes, hasta que encontramos el hueco que estábamos buscando, y simultáneamente nuestras lanzas atravesaron su fiero corazón, dejándola inmóvil para siempre.

El thag había cubierto una distancia considerable desde el lugar en que yo había saltado sobre él. Cuando después de despacharlo, miré hacia donde estaba Dian, no pude verla. La llamé en voz alta, pero no recibí ninguna contestación, y me dirigí rápidamente adonde la había dejado. No tuve ninguna dificultad en encontrar el mismo arbusto detrás del que habíamos estado escondidos, pero Dian no estaba allí. La llamé una y otra vez para ser recompensado

solo por el silencio. ¿Dónde podía estar? ¿Qué le podría haber ocurrido en el breve intervalo transcurrido desde que la había visto detrás de mí?



## Capítulo XII

### ¡Raptada!

**B**usqué cuidadosamente alrededor del lugar. Al fin fui recompensado por el hallazgo de su lanza a unas cuantas yardas del arbusto que nos había ocultado ante la carga del thag; su lanza y señales de un forcejeo reveladas por la pisoteada vegetación en la que se destacaban las huellas de un hombre y una mujer. Lleno de desánimo y consternación seguí aquel rastro hasta que repentinamente desapareció a unas cuantas yardas del lugar en que el forcejeo había tenido lugar. Allí encontré las enormes pisadas de un lidi.

La historia de la tragedia estaba muy clara. Un thurio había estado siguiéndonos, o tal vez accidentalmente había visto a Dian y se había encaprichado de ella. Mientras Juag y yo estábamos atareados con el thag, la había secuestrado. A toda prisa retrocedí hasta donde Juag estaba descuartizando la pieza. Al aproximarme a él observé que algo no iba bien; el isleño estaba de pie ante el cuerpo del thag, a punto de arrojar la lanza.

Cuando estuve más cerca, descubrí la causa de su actitud beligerante. Enfrente de él había dos enormes jaloks, los perros lobo, observándolo intensamente; un macho y una hembra. Su comportamiento era bastante extraño, puesto que no parecían dispuestos a cargar contra él. Más bien, estaban contemplándolo en una actitud interrogante.

Juag me oyó llegar y se volvió hacia mí con una mueca. Estos individuos aman el riesgo. Por su expresión advertí que estaba disfrutando anticipadamente de la batalla que parecía inminente. Pero nunca llegó a arrojar su lanza. Un grito mío de aviso lo detuvo,

porque había visto los restos de una cuerda colgando del cuello del jalok macho.

Juag se volvió hacia mí, pero esta vez sorprendido. En un momento llegué a su lado, y sobrepasándolo caminé directamente hacia las dos bestias. Al hacerlo la hembra retrocedió enseñando los colmillos. El macho, no obstante, avanzó a mi encuentro no en actitud agresiva sino con toda la expresión de gozo y delicia que el pobre animal podía exhibir.

Era Rajá, el jalok cuya vida había salvado, ¡y al que había domesticado! No había duda de que se alegraba de verme. Ahora comenzaba a pensar que su aparente deserción no era sino el deseo de buscar a su feroz compañera y traerla también a vivir conmigo.

Cuando Juag me vio acariciar a la gran bestia, se llenó de consternación; pero no tenía tiempo para dedicar a Rajá; mi mente estaba abrumada por el pesar de mi reciente pérdida. Estaba contento de ver al bruto, y no perdí un instante en acercarlo a Juag y hacerle entender que Juag también era su amigo. Con la hembra la cuestión fue más complicada, pero Rajá nos ayudó gruñéndole ferozmente cada vez que ella volvía sus colmillos contra nosotros.

Le expliqué a Juag la desaparición de Dian y mis sospechas sobre la explicación de la catástrofe. Quiso partir enseguida en su busca, pero le sugerí que con Rajá para ayudarme, sería mejor que permaneciera allí, le quitase la piel al thag, sacase su vejiga, y después regresaríamos al punto de la playa donde habíamos escondido la canoa. Acordamos que lo haría así y me esperaría allí durante un tiempo razonable. Le señalé un gran lago que había en la superficie del mundo colgante, diciéndole que si después de que ese lago hubiera aparecido cuatro veces yo no había regresado, acudiese por tierra o por mar a Sari y trajese a Ghak con su ejército. Luego, llamando a Rajá partí tras Dian y su secuestrador. Primero llevé al perro lobo al lugar en que el hombre había luchado con Dian. A unos cuantos pasos detrás de nosotros venía la feroz compañera de Rajá. Le indiqué el sitio en que las evidencias del forcejeo eran más claras y donde el olor debía ser más fuerte para sus fosas nasales.

Luego cogí el pedazo de correa que colgaba de su cuello y lo incité a que siguiera las huellas. Pareció entenderme. Con la nariz husmeando el suelo comenzó a seguir el rastro. Arrastrándome tras

él, trotó directamente hacia las Llanuras del Lidi, dirigiendo sus pasos hacia la aldea thuria ¡Debía haberlo supuesto!

A nuestra espalda venía la hembra. Después de un rato se acercó más a nosotros, hasta que por fin se aproximó a mí y se pegó al lado de Rajá. No pasó mucho tiempo antes de que pareciera tan cómoda en mi compañía como en la de su amo y señor.

Debimos cubrir una distancia considerable a un paso muy vivo, ya que apenas volvimos a entrar bajo la gran sombra, vimos a un enorme lidi delante de nosotros, moviéndose sin prisa por la llanura. A su espalda iban dos figuras humanas. Si hubiera estado seguro de que los jaloks no harían ningún daño a Dian lo hubiera soltado sobre el lidi y su amo; pero no lo estaba y no me atreví a correr ningún riesgo.

Sin embargo, el asunto se me fue de las manos en el instante en que Rajá alzó la cabeza y echó el ojo a su presa. Con un tirón que casi me lleva al suelo, arrancó la correa de mi mano y salió como una flecha tras el gigantesco lidi y sus jinetes. A su lado corría su salvaje compañera solo un poco más pequeña que él y no menos feroz.

No comenzaron a ladrar hasta que el lidi los descubrió y rompió en un pesado, desgarrado, pero no por ello menos rápido galope. Entonces las dos bestias cazadoras comenzaron a aullar en un tono bajo y quejumbroso que se elevó, extraña y espantosamente, para terminar en una serie de gruñidos cortos y agudos. Temí que aquello fuese la llamada de caza de la manada, y si eso era, Dian y su secuestrador, e incluso yo mismo, íbamos a tener muy pocas opciones de modo que redoblé mis esfuerzos para mantener el paso de la jauría; pero igual podía haber intentado distanciar a un pájaro. Como a menudo os he recordado, no soy un buen corredor. Sin embargo en aquella ocasión fue mejor para mí el no serlo, porque la lentitud de mis pies jugó a mi favor; si hubiera sido más veloz tal vez hubiera perdido a Dian para siempre.

El lidi, con los sabuesos corriendo uno a cada lado, casi había desaparecido en la oscuridad que envolvía el terreno circundante, cuando noté que lo estaban llevando hacia la derecha. Me di cuenta porque aprecié que Rajá corría sobre su costado izquierdo, a diferencia de su compañera, que se mantenía a la altura del hombro de la bestia. El hombre que iba a la espalda del lidi intentaba

atravesar al hienodonte con su larga lanza, pero Rajá se movía con rapidez y la esquivaba.

El efecto de todo esto era que el lidi se giraba hacia la derecha, y cuanto más observaba el procedimiento, más me convencí de que Rajá y su compañera lo hacían así con algún fin, ya que la hembra simplemente corría de forma invariable a la derecha del lidi, casi enfrente de su grupa.

Anteriormente ya había visto a los jaloks cazando en manadas, y entonces recordé algo en lo que hasta entonces no había caído, normalmente los jaloks hacían que varios de ellos corrieran delante de la presa y la hacían girar hacia donde estaba el grupo principal. Eso era precisamente lo que estaban haciendo Rajá y su compañera, estaban haciendo que el lidi volviera hacia mí, o al menos lo hacía Rajá. El porqué la hembra se mantenía al margen no lo entendía a menos que tuviera muy claro en su mente lo que pretendía su compañero.

En cualquier caso estaba lo suficientemente seguro como para detenerme donde me encontraba y esperar los acontecimientos, ya que fácilmente me daba cuenta de dos cosas. Una era que nunca podría alcanzarlos antes de que el daño estuviera hecho si conseguían abatir al lidi. La otra era que si no lo abatían, en pocos minutos habrían completado un círculo y regresado cerca de donde yo estaba situado.

Y eso es justo lo que ocurrió. Durante un momento todos fueron prácticamente engullidos por la penumbra. Entonces volvieron a reaparecer, pero esta vez más a la derecha y girando en mi dirección. Esperé hasta que pude tener una idea más clara del lugar exacto en el que tenía que ponerme para interceptar al lidi; pero mientras esperaba vi que la bestia intentaba girar todavía más a la derecha, un movimiento que la llevaría muy a mi izquierda en un círculo mucho más amplio que el que el hienodonte había planeado en un principio. Entonces vi como la hembra se adelantó y lo frenó, y cuando se iba demasiado a la izquierda, Rajá saltó hacia su hombro y lo volvió a reconducir.

¡Las dos bestias salvajes estaban reconduciendo su presa directamente hacia mí! Aquello era maravilloso.

También era algo más, como comprendí mientras la monstruosa bestia se acercaba a mí. Era como permanecer en medio de la vía

encarando a un tren expreso que se aproximaba. Pero no podía vacilar; demasiado dependía de mi encuentro con aquella vertiginosa masa de aterrorizada carne y de una lanza bien arrojada, de modo que permanecí allí, esperando ser arrollado y aplastado por aquellas patas gigantescas, pero decidido a hundir mi arma en su amplio pecho a punto de caer.

El lidi estaba a unas cien yardas de mí cuando Rajá dio unos ladridos en un tono que difería materialmente de su aullido de caza. Al instante tanto él como su compañera saltaron al largo cuello del rumiante.

Ninguno falló. Balanceándose en el aire, se colgaron tenazmente, arrastrando con su peso la cabeza de la criatura hacia el suelo y aminorando su velocidad, de forma que antes de que hubiera llegado hasta mí casi se había detenido y dedicaba todas sus energías a intentar quitarse de encima a sus atacantes con sus patas delanteras.

Dian me había visto y me había reconocido, y estaba intentando desembarazarse de la garra de su captor, quien, estorbado por su ágil y fuerte prisionera, era incapaz de dirigir con efectividad su lanza contra los dos jaloks. Al mismo tiempo yo corría velozmente hacia ellos.

Cuando el hombre me descubrió soltó a Dian y saltó al suelo, con su lanza preparada para encontrarse con la mía. Mi venablo no era rival para su mayor arma, que era más apta para empuñar y herir que para ser arrojada. Si no le acertaba en el primer lanzamiento, lo que era bastante posible ya que él estaba sobre aviso, tendría que enfrentarme a su formidable lanza con tan solo un cuchillo de piedra. La perspectiva no era muy halagüeña. Evidentemente pronto iba a estar completamente a su merced.

Al ver mi apuro, corrió hacia mí para así poder librarse de un antagonista antes de tener que tratar con los otros dos. Naturalmente, no podía saber que los dos jaloks venían conmigo; pero sin duda pensaba que después de que hubiesen acabado con el lidi irían tras la presa humana. Aquellas bestias eran notorias asesinas, que a menudo mataban por matar.

Pero cuando el thurio se acercó Rajá soltó su presa del lidi y se lanzó a por él, con la hembra a sus talones. Cuando el hombre los vio me gritó que le ayudase, aduciendo que nos matarían a ambos si

no luchábamos juntos. Pero únicamente sonreí y corrí hacia Dian.

Las dos bestias cayeron sobre el thurio simultáneamente. Debíó morir antes de que su cuerpo tocara el suelo. Entonces la hembra se giró hacia Dian. Yo ya estaba a su lado cuando la bestia se disponía a cargar contra ella, con mi lanza lista para recibirla.

Pero una vez más Rajá fue más rápido que yo. Me imagino que creyó que me iba a atacar a mí, porque no podía saber nada de mis sentimientos hacia Dian. En cualquier caso saltó sobre su espalda y la tiró al suelo. Allí sobrevino una batalla tan terrible como cualquiera hubiera deseado ver, si las batallas se midieran por el volumen de rugidos y violentos forcejeos. Pensé que ambas bestias iban a hacerse pedazos.

Cuando finalmente la hembra dejó de revolverse y rodó sobre su espalda, con las patas delanteras encogidas, estaba seguro de que había muerto. Rajá estaba encima de ella, gruñendo, con sus fauces cerca de su garganta. Entonces vi que ninguno de los dos tenía un rasguño. El macho simplemente había administrado un severo castigo a su compañera. Era su forma de enseñarle que mi persona era sagrada.

Después de un momento se separó y dejó que ella se levantara y se dedicase a alisar su arrugado pelaje; luego se acercó a Dian y a mí. Yo tenía un brazo sobre Dian. Cuando llegó hasta nosotros lo cogí del cuello y lo arrimé a mí, luego lo acaricié y le hablé, invitando a Dian a que hiciera lo mismo, hasta que creí que ya había comprendido que si yo era su amigo, también lo era Dian.

Durante algún tiempo pareció inclinado a sentirse arisco hacia su compañera, enseñando sus dientes a menudo cuando se aproximaba; lo cierto es que pasó mucho tiempo antes de que la hembra hiciera amistad con nosotros. Pero gracias a los atentos cariños, a no comer nunca sin compartir nuestra comida con ellos, y a darles de comer de nuestras propias manos, finalmente ganamos la confianza de los dos animales. A pesar de todo, pasó mucho tiempo antes de que lo consiguiéramos.

Con las dos bestias trotando detrás de nosotros, volvimos a donde habíamos dejado a Juag. Allí me pasé todo el tiempo intentando apartar a la hembra de la garganta de Juag. De todas las bestias dañinas, malvadas, de cruel corazón, que he conocido en dos mundos, creo que la hembra hienodonte se lleva la palma.

Pero finalmente conseguimos que tolerase a Juag como lo hacía con Dian y conmigo, y los cinco partimos hacia la costa, ya que Juag acababa de finalizar su tarea con el thag cuando llegamos. Comimos algo de su carne antes de emprender la marcha, y dimos también un poco a los sabuesos. Todo lo que pudimos nos lo cargamos a la espalda.

No nos encontramos con ningún contratiempo en nuestro camino hacia la canoa. Dian me dijo que el individuo que la había cogido se había acercado hasta ella por detrás mientras los rugidos del thag silenciaban todos los demás ruidos, y que la primera noticia que tuvo de su presencia fue cuando la desarmó y la arrastró a la grupa de su lidi, que se hallaba tendido en un lugar cercano, esperándole. Al tiempo de cesar los bramidos del thag, el individuo ya había ganado una buena distancia en su ligera montura. Al mantener su boca tapada con una de sus manos, evitó que ella pidiese ayuda.

—Pensé —concluyó—, que finalmente tendría que usar el colmillo de víbora.

Por fin alcanzamos la playa y desenterramos la canoa. Luego nos dedicamos a poner el mástil y a confeccionar una pequeña vela. Esto lo hicimos Juag y yo, ya que Dian se dedicó a cortar la carne del thag en largas tiras para que se secasen cuando volviésemos a encontrarnos a plena luz del sol.

Al fin todo estuvo terminado. Estábamos preparados para embarcar. No tuve ninguna dificultad en meter a Rajá dentro de la piragua; pero Raní —como la habíamos llamado después de explicarle a Dian lo que quería decir Rajá, y cuál era su equivalente femenino— durante un rato rehusó por completo seguir a su compañero a bordo. De hecho, tuvimos que zarpar sin ella. Pero, tras un momento de vacilación, se lanzó al agua y nadó detrás de nosotros.

Dejé que se pusiera a nuestro costado, y luego Juag y yo la subimos a bordo, mientras nos gruñía y amagaba al hacerlo; pero por extraño que parezca, no hizo ademán de atacarnos una vez que la acomodamos a salvo en el fondo del bote junto a Rajá.

La canoa navegaba con la vela mucho mejor de lo que había esperado —desde luego, infinitamente mejor de lo que lo había hecho el navío de guerra *Sari*— e hicimos una magnífica travesía

hacia poniente a través del golfo, en cuyo lado opuesto esperaba encontrar la desembocadura del río del que me había hablado Juag.

El isleño estaba muy interesado e impresionado por la vela y sus resultados. No había sido capaz de comprender con exactitud lo que yo esperaba conseguir de ella mientras la acoplábamos al bote; pero cuando vio a la tosca piragua moverse por el agua sin necesidad de utilizar los remos, se puso tan contento como un niño. Fue una travesía espléndida, y por fin llegamos a la vista de tierra firme.

Juag se había quedado verdaderamente aterrorizado cuando descubrió que yo me proponía cruzar el océano, y cuando perdimos de vista la costa su miedo fue bastante palpable. Comentó que jamás había oído hablar de algo semejante en toda su vida, y que siempre que alguien se aventuraba tan lejos de tierra nunca volvía a regresar; ¿cómo iban a poder regresar si no podían divisar ninguna costa a la que dirigirse?

Le intenté explicar como funcionaba una brújula, y aunque nunca entendió la explicación científica de aquella, aprendió sin embargo a manejarse bastante bien con ella. Cruzamos ante numerosas islas durante aquel viaje, islas que por lo que me comentó Juag, eran totalmente desconocidas para su pueblo. Lo cierto, es que, en verdad, parecía que eran nuestros ojos los primeros en posarse en ellas. Me hubiera gustado detenerme y explorarlas, pero la cuestión del Imperio no admitía ninguna demora innecesaria.

Le pregunté a Juag cómo esperaba Hooja llegar a la desembocadura del río que estábamos buscando si no pensaba cruzar el golfo, y el isleño me explicó que sin duda Hooja seguiría el contorno de la costa hasta alcanzarlo. Durante algún tiempo navegamos a lo largo de la costa en busca de aquel río, hasta que finalmente lo encontramos. Era tan grande que al principio lo tomé por un enorme golfo, pero la cantidad de madera a la deriva que llegó hasta nosotros con la bajada de la marea me convenció de que aquello era la boca de un río. Los troncos de los árboles se amontonaban en los márgenes de sus orillas. Había una profusión enorme de gigantescas enredaderas, flores, plantas, y, de cuando en cuando, algún pájaro u otro animal.

Estaba verdaderamente ansioso por comenzar a remontar el río, cuando, de repente, ocurrió algo de lo que hasta entonces jamás

había sido testigo en Pellucidar: una tormenta realmente terrorífica. Elevó el río sobre nosotros con una ferocidad y de una manera tan inesperada que nos quitó la respiración. Cuando quisimos acercarnos hacia la costa ya era demasiado tarde. Lo único que pudimos hacer fue mantener la embarcación a favor de viento y volar envueltos en una nube de espuma blanca. Juag se encontraba aterrado. Si Dian lo estaba, no lo demostró; era la hija de un gran jefe, la hermana de un rey y, acaso, la mujer de un emperador.

Rajá y Raní estaban también aterrorizados. El primero se acercó hasta mí y enterró su hocico en mi regazo. Finalmente incluso la feroz Raní se acercó a buscar la simpatía de un ser humano. Se escabulló hasta Dian, se arrimó a ella y empezó a gemir. Dian le acarició su peludo cuello y le habló como yo lo hacía con Rajá.

No podíamos hacer nada salvo intentar mantener la canoa bocaarriba y a favor de viento. Durante lo que me pareció una eternidad la tempestad ni amainó ni se incrementó. Juzgué que el viento nos estaba adentrando cientos de millas en aquel mar desconocido.

De manera tan repentina como se había levantado también se fue; cuando amainó lo hizo para volverse sobre sí misma y convertirse en una suave brisa. Le pregunté a Juag cuál era ahora nuestro rumbo, ya que él era el último que había tenido la brújula en su poder. La llevaba sujeta con una tira de cuero alrededor de su cuello. Cuando la fue a tocar, la expresión de sus ojos me dijo todo lo necesario sin necesidad de más palabras: ¡la brújula se había perdido! ¡La brújula se había perdido!

¡No había ningún rastro de tierra ni ningún cuerpo celeste que nos guiase! ¡Ni siquiera el mundo colgante era visible desde nuestra posición!

Nuestro trance parecía desesperado, pero no dejé que Dian y Juag descubriesen lo abatido que me encontraba, aunque como pronto descubrí, no me sirvió de nada intentar ocultar a Juag nuestra desgracia: él era consciente de ella tanto como yo. Por las leyendas de su pueblo ya conocía los peligros que albergaba el navegar en mar abierto, sin ninguna porción de tierra a la vista. La brújula, una vez que gracias a mí había aprendido a usarla, era lo único que mantenía a flote su esperanza de una eventual salvación de aquel abismo líquido. Había visto como me había guiado a

través del agua hasta la misma costa que quería alcanzar, y por eso, implícitamente, había confiado en ella. Ahora que se había perdido, su confianza también se había perdido con ella.

Lo único que se podía hacer era navegar a favor de viento —ya que así iríamos más rápido que si nos dejábamos arrastrar por la corriente— hasta que avistásemos tierra. Si por azar fuera el continente, mejor que mejor; si fuera una isla... bueno, tendríamos que quedarnos a vivir en ella. Lo que era evidente es que no podríamos mantenernos mucho tiempo en aquel pequeño bote, con solo unas cuantas tiras de carne seca de thag y unos pocos litros de agua.

De repente se me ocurrió una idea. Me sorprendió que no se me hubiera ocurrido antes como solución a nuestro problema. Así que me volví hacia Juag.

—Los pellucidaros estáis dotados de un instinto maravilloso —le recordé—, un instinto que os indica el camino a casa, sin importar en qué territorio extraño os encontréis. Lo único que tenemos que hacer es dejar que Dian nos guíe hasta Amoz, y en poco tiempo llegaremos a la misma costa de la que nos vimos alejados.

Al hablar les miraba con una sonrisa de renovada esperanza; pero no hubo ninguna expresión de alegría en sus ojos. Fue Dian quien me lo aclaró.

—Solo somos capaces de hacerlo en tierra firme —dijo—. En el mar no poseemos esa facultad. No sé por qué, pero siempre he oído que es así. Lo único que puede hacer un pellucidaro en el agua es perderse. Creo que ese es el motivo de que todos temamos al gran océano, incluso los que surcan su superficie en sus canoas. Juag nos dijo que ellos nunca perdían de vista la costa.

Habíamos arriado la vela mientras discutíamos el mejor rumbo a seguir. Nuestra pequeña nave se dejaba arrastrar perezosamente por la corriente, alzándose e inclinándose con las grandes olas, que ahora parecían disminuir. Unas veces estábamos en su cresta, otras en su fondo. Cuando Dian cesó de hablar dejó que su mirada vagase por la ilimitada extensión del ondulado mar. Subimos hasta una gran altura con la cresta de una poderosa ola. Cuando nos encontrábamos en su cima Dian lanzó una exclamación y señaló a popa.

—¡Canoas! —gritó—. ¡Canoas! ¡Muchas canoas!

Juag y yo nos levantamos de un salto, pero nuestra pequeña nave se hallaba ahora en el seno de la ola y no vimos nada salvo el muro de agua que nos rodeaba. Esperamos a que la siguiente ola nos elevase, y cuando lo hizo fijamos nuestros ojos en la dirección que Dian había indicado. En efecto, apenas a media milla de distancia había varias embarcaciones, y dispersos a nuestra espalda, por todas partes en lo que podíamos divisar, había muchas más. No las habíamos descubierto en la distancia, ni tampoco en el breve intervalo en que las podíamos alcanzar a ver antes de que nos volviésemos a zambullir en la siguiente ola. Pero eran canoas, y en ellas debía de haber seres humanos como nosotros.





*«... las dos bestias cayeron sobre el thurio simultáneamente...» (Ilustración de Frank Frazetta)*

## Capítulo XIII

### Carrera por la vida

**P**or fin se calmó el mar y pudimos tener una mejor visión de la flota de pequeñas naves que venían a nuestra estela. Habría unas doscientas. Juag comentó que jamás en toda su vida había visto tantas embarcaciones juntas. ¿De dónde venían? Juag fue el primero en aventurar una respuesta.

—Hooja estaba construyendo muchas canoas para llevar a sus guerreros por el gran río hasta Sari —dijo—. Las estaba construyendo en la Isla de los Arboles, empleando a todos sus guerreros y a muchos esclavos. Nadie en la historia de Pellucidar había construido tantas canoas como se comentaba que lo estaba haciendo Hooja. Esas deben de ser sus canoas.

—Y al igual que nosotros han debido ser arrojados mar adentro por la gran tormenta —sugirió Dian.

—No puede haber otra explicación mejor —convine.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Juag.

—Estamos dando por seguro que realmente son las fuerzas de Hooja —señaló Dian—. Puede que no lo sean, y si nos alejamos de ellos antes de que averigüemos definitivamente quiénes son, estaremos alejándonos de nuestra mejor oportunidad de encontrar el continente y salvarnos. Es posible que se trate de un pueblo del que nunca hemos oído hablar, y si es así, podemos pedirles ayuda; si es que conocen el camino hacia el continente.

—No lo sabrán —interpuso Juag.

—Está bien —dije—; no podemos empeorar nuestra situación por esperar hasta que descubramos quiénes son. Además, ya se están dirigiendo hacia nosotros. Evidentemente han divisado

nuestra vela, y suponen que no pertenecemos a su flota.

—Seguramente también quieren preguntarnos por el camino hacia el continente —dijo Juag, que era un verdadero pesimista.

—Si quieren cogernos, solo lo conseguirán si son capaces de remar más rápido de lo que es capaz de impulsarnos nuestra vela —dije—. Si les dejamos que se acerquen lo bastante como para que averigüemos su identidad, ya que a favor de viento somos más rápidos que ellos, podríamos dejarles atrás en cualquier momento; así que creo que deberíamos esperar.

Y lo que finalmente hicimos fue esperar. El mar se calmó en breve, así que cuando la primera canoa llegó hasta unas quinientas yardas de nosotros les pudimos distinguir con claridad. Todos nos estaban mirando. Las piraguas, que eran de una longitud inusual, eran manejadas por veinte remeros, diez a cada costado de la canoa. Además de los remeros, Había más de veinticinco guerreros en cada embarcación.

Cuando la nave que iba al frente estuvo a unas cien yardas de nosotros, Dian llamó nuestra atención al hecho de que en su tripulación había sagoths. Aquello era definitivo: la flota era, en efecto, la de Hooja. Le indiqué a Juag que les saludase y les sacase la información que pudiera, mientras que yo permanecía en el fondo de la canoa, tan apartado de su vista como me fuera posible. Dian también se había tendido en el fondo de la canoa, pues no quería que la vieran y la pudieran reconocer si, como suponíamos, era la gente de Hooja.

—¿Quiénes sois? —gritó Juag, poniéndose de pie en la embarcación y haciendo voz con ambas manos.

Una figura apareció en la proa de la primera canoa; una figura que reconocí antes incluso de que hablase.

—¡Soy Hooja! —gritó el hombre respondiendo a Juag.

Por alguna razón no reconoció a su antiguo prisionero y esclavo; posiblemente porque tenía demasiados como para reconocerlos a todos.

—Vengo de la Isla de los Arboles —continuó—. Cien de mis canoas se perdieron en la gran tormenta y sus tripulaciones deben de haberse ahogado. ¿Dónde se encuentra la tierra firme? ¿Quién eres tú, y qué cosa extraña es esa que se agita en el pequeño árbol que has puesto al frente de tu canoa?

Evidentemente se refería a nuestra vela, que se sacudía perezosamente al viento.

—También nos hemos perdido —repuso Juag—. No sabemos dónde se encuentra el continente. Ahora lo estábamos buscando.

Mientras decía esto, comenzó a poner la proa de nuestra canoa a favor del viento; al mismo tiempo, yo aseguraba las primitivas escotas que aseguraban nuestra tosca vela. Parecía que era el momento oportuno para marcharnos.

En aquel momento no había mucho viento, y la pesada y tosca piragua comenzó a avanzar lentamente. Creí que nunca iba a alcanzar el impulso suficiente. Y todo esto mientras la embarcación de Hooja se aproximaba velozmente, impulsada por los fornidos brazos de sus veinte remeros. Naturalmente su piragua era mucho mayor que la nuestra, y por consiguiente, infinitamente más pesada y más difícil de manejar; sin embargo, se acercaba con rapidez y la nuestra apenas había comenzado a moverse. Dian y yo nos manteníamos tan apartados de su vista como nos era posible, ya que las dos naves se hallaban ahora a tiro la una de la otra, y yo era consciente de que Hooja disponía de arqueros.

Hooja indicó a Juag que se detuviera cuando advirtió que nuestra canoa empezaba a moverse. Estaba muy interesado en la vela, y también un poco receloso, como pude apreciar por las preguntas y observaciones que nos hacía a voz en grito. Al alzar la cabeza pude verle con toda claridad. Hubiera sido un blanco excelente para cualquiera de mis revólveres, y nunca he sentido más no tener uno a mi alcance.

Ahora estábamos ganando un poco más de velocidad y ya no nos ganaban terreno tan rápidamente como al principio. En consecuencia, sus requerimientos de que nos detuviéramos de repente se convirtieron en ordenes cuando se dio cuenta de que estábamos intentando escapar.

—¡Regresad! —gritó—. ¡Regresad o hacemos fuego!

He usado la palabra «fuego» porque es la que más claramente traduce a nuestro idioma la palabra «trag», que en Pellucidar abarca el lanzamiento de cualquier tipo de proyectil.

Pero Juag se aferró a su remo con más vehemencia, el remo que hacía las veces de timón, y comenzó a ayudar al viento con vigorosos golpes de remo. Entonces Hooja dio la orden a algunos de

sus arqueros de disparar contra nosotros. No podía permanecer escondido en el fondo de la canoa dejando solo a Juag expuesto a los mortíferos dardos, así que me levanté, cogí otro remo y me puse a ayudarlo. Dian hizo lo mismo, aunque intenté disuadirla para que permaneciera oculta; pero al ser una mujer hizo lo que mejor le pareció.

En el instante en que Hooja nos vio nos reconoció. El aullido de triunfo que lanzó, indicaba lo seguro que se sentía de que estábamos a punto de caer en sus manos. Una lluvia de flechas cayó a nuestro alrededor. Entonces Hooja ordenó a sus hombres que dejaran de disparar. Nos quería coger vivos. Ninguno de los proyectiles nos alcanzó, ya que los arqueros de Hooja no eran ni de lejos los tiradores que eran los saris y los amozs.

Ahora habíamos ganado la suficiente ventaja como para mantener la distancia con los remeros de Hooja. No parecíamos ganar terreno, pero ellos tampoco. Cuánto duró aquella exasperante experiencia no lo puedo responder, aunque estuvimos bastante cerca de agotar nuestro escaso suministro de provisiones, cuando por fin el viento se levantó un poco y comenzamos a distanciarnos.

Ni una sola vez habíamos alcanzado a divisar tierra, lo que no podía entender, ya que la mayoría de los mares que antes había visto estaban profusamente plagados de islas. Nuestro trance era cualquier cosa menos agradable, aunque pienso que en el que se encontraban Hooja y sus fuerzas era todavía peor que el nuestro, pues no tenían ni agua ni comida.

Lejos, a nuestras espaldas, en una línea que se curvaba hacia lo alto en la distancia hasta perderse en la bruma, se recortaban las doscientas canoas de Hooja. Pero una sola bastaba para capturarnos si conseguía ponerse a nuestro costado. Nos habíamos alejado unas cincuenta yardas por delante de Hooja —había habido ocasiones en que apenas habíamos estado a diez yardas— y nos empezábamos a sentir relativamente a salvo del riesgo de la captura. Los hombres de Hooja, turnándose en relevos, comenzaban a mostrar los efectos del esfuerzo de verse obligados a remar sin agua ni comida, y creo que su debilidad nos ayudaba tanto como el ligero alivio del viento.

Hooja debía estar comenzando a darse cuenta de que nos iba a acabar perdiendo, ya que de nuevo dio ordenes de disparar sobre nosotros. Andanada tras andanada, una lluvia de flechas cayó a

nuestro alrededor. Sin embargo esta vez la distancia era tan grande, que la mayoría de ellas se quedaban cortas, y aquellas que llegaban hasta nosotros habían perdido la suficiente fuerza como para permitirnos desviarlas con nuestros remos. A pesar de todo, constituyó una difícil ordalía.

Hooja se hallaba en la proa de su canoa, unas veces urgiendo a sus hombres a que ganasen más velocidad, y otras dedicándome diversos epítetos. Pero continuábamos alejándonos de él. Finalmente se elevó un fortísimo viento, y sencillamente nos alejamos de tal forma de nuestros perseguidores, que pareció como si se hubieran quedado parados. Juag estaba tan risueño que hasta olvidó su hambre y su sed. Creo que nunca había estado completamente convencido de aquel invento pagano al que yo llamaba vela, y, en el fondo de su corazón, siempre había pensado que los remeros enemigos acabarían por alcanzarnos. Pero ahora no era capaz de alabarlo lo suficiente.

Durante un rato considerable tuvimos un viento tan fuerte, que eventualmente nos alejamos tanto de la flota de Hooja que ya no los distinguíamos a nuestra popa. Y entonces —¡ah, nunca podré olvidar aquel momento!—. Dian se levantó de un salto y gritó:

—¡Tierra!

Efectivamente, enfrente de nosotros, una costa larga y baja se extendía ante nuestra proa. Todavía se hallaba muy lejos, y no podíamos saber si se trataba de una isla o del continente; pero al menos era tierra. Si alguna vez unos náufragos dieron gracias, fuimos nosotros en aquel momento. Rajá y Raní estaban comenzando a sufrir por la falta de alimento, y podía jurar que la segunda a menudo lanzaba hambrientas miradas sobre nosotros, aunque estoy igualmente seguro que tales monstruosos pensamientos jamás pasaron por la cabeza de su compañero. No obstante, les vigilábamos a ambos estrechamente. Así, una vez mientras acariciaba a Raní, me las arreglé para deslizar una cuerda alrededor de su cuello y atarla a un costado de la embarcación. Entonces me sentí un poco más seguro por Dian. Había muy poco espacio en la pequeña piragua para tres seres humanos y dos perros salvajes devoradores de hombres, pero nos las arreglamos lo mejor que pudimos, ya que no quise hacer caso de la sugerencia de Juag de que matásemos a Rajá y Raní y nos los comiésemos.

Tuvimos un tiempo favorable hasta apenas unas millas de la costa; entonces el viento murió de forma repentina. Estábamos tan convencidos de que ya habíamos conseguido escapar que aquel golpe fue doblemente duro de soportar, pues además éramos incapaces de saber por dónde volvería a levantarse el viento; a pesar de todo, Juag y yo nos pusimos a remar la distancia que restaba.

Casi de inmediato volvió a soplar el viento, pero en esta ocasión desde la dirección opuesta en la que antes lo había hecho, así que se hizo mucho más duro avanzar en su contra. A continuación giró de nuevo, por lo que tuvimos que virar y avanzar en paralelo a la costa para no zozobrar.

Y mientras sufríamos todos estos contratiempos la flota de Hooja apareció en la distancia.

Evidentemente se habían desviado a la izquierda de nuestro rumbo, ya que ahora se encontraban prácticamente detrás de nosotros mientras navegábamos en paralelo a la costa; pero con el viento que se había levantado no teníamos mucho temor de ser alcanzados. El vendaval parecía incrementarse, pero lo hacía de manera caprichosa, abatiéndose sobre nosotros en fuertes rachas y luego calmándose por un instante. Fue tras uno de estos momentáneos instantes de calma cuando sucedió la catástrofe. Nuestra vela oscilaba suavemente y nuestro impulso decrecía, cuando nos cogió una repentina y particularmente malintencionada borrasca. Antes de que pudiera cortar las escotas, el mástil se quebró por la parte en la que estaba fijado al suelo de la canoa.

Había sucedido lo peor. Juag y yo nos aferramos a los remos y mantuvimos la canoa a favor de viento; pero aquella borrasca era el último suspiro del vendaval, que murió casi inmediatamente después, dejándonos el camino libre hacia la costa, así que no perdimos tiempo y comenzamos a remar en dirección a ella. Pero Hooja se había acercado mucho y parecía que incluso podía aventajarnos más antes de que lográsemos llegar a tierra. A pesar de todo, hicimos un último esfuerzo por distanciarle. Dian también cogió un remo y se puso a remar con nosotros.

Estábamos en vías de conseguirlo cuando, fluyendo de entre los árboles que había en la playa, apareció una horda de aullantes salvajes pintarrajeados blandiendo todo tipo de armas primitivas y

de apariencia diabólica. Tan amenazadora resultaba su actitud que enseguida comprendimos la locura que suponía intentar desembarcar entre ellos.

Hooja se hallaba cada vez más cerca. No había viento. No podíamos esperar conseguir distanciarle remando. Carecíamos de vela y de viento que nos ayudara, aunque, como si se burlase de nuestro apuro, una brisa fuerte y fresca comenzaba a alzarse. Pero no teníamos ninguna intención de sentarnos tranquilamente a esperar nuestro destino, así que nos inclinamos sobre nuestros remos y, manteniéndonos en paralelo a la costa, pusimos todo nuestro esfuerzo en intentar alejarnos de nuestros perseguidores.

Fue una experiencia agotadora. Nos hallábamos muy débiles por la falta de alimento. Sufríamos el tormento de la sed. El apresamiento y la muerte se alzaban ante nuestros ojos. Sin embargo dimos lo mejor de nosotros mismos en nuestro último esfuerzo por escapar. Aunque nuestra embarcación era mucho más pequeña y más ligera que cualquiera de las de Hooja, los tres nos obligamos a avanzar casi a la misma velocidad que la que sus mayores naves podían alcanzar con sus veinte remeros.

Mientras recorríamos todo el largo de la costa, en uno de aquellos interminables periodos de tiempo que pueden convertir las horas en eternidades, en los que la tarea a realizar te endurece el espíritu y donde no hay manera de medir el tiempo, vi lo que tomé por la entrada a una bahía o la desembocadura de un gran río a escasa distancia de donde nos encontrábamos. Deseé haber podido dirigirnos a ella, pero con la amenaza de Hooja a nuestras espaldas y los aullantes nativos que corrían por la playa en paralelo a nosotros, no me atreví a intentarlo.

No nos hallábamos lejos de la costa en aquella enloquecida huida de la muerte. Incluso mientras remaba, ocasionalmente encontraba la oportunidad para mirar de reojo a los nativos. Eran blancos, pero estaban espantosamente pintados. Por sus armas y gestos debían ser una raza muy feroz. Di gracias por no haber conseguido desembarcar entre ellos.

La flota de Hooja navegaba ahora en una formación más compacta que cuando la habíamos visto por primera vez tras la tempestad. Ahora se movían rápidamente en nuestra persecución, con todas las canoas dispuestas en el radio de una milla. Cinco de

ellas avanzaban en cabeza, y a apenas doscientas yardas de nosotros. Al mirar por encima del hombro observé que los arqueros ya habían emplazado sus flechas en los arcos y estaban preparados para disparar contra nosotros en el momento en que nos hallásemos a tiro.

La esperanza se evaporaba de mi corazón. No veía la más mínima oportunidad de escapar, puesto que al ser capaces de relevar a sus remeros nos estaban dando alcance, mientras que nosotros estábamos cada vez más agotados por el esfuerzo al que nos veíamos sometidos.

En ese momento Juag llamó mi atención hacia el accidente de la línea costera que había tomado por una bahía o una desembocadura de un río enorme. Lo que allí vi deslizándose lentamente hacia el mar llenó mi alma de asombro.



## Capítulo XIV

### Sangre y sueños

**¡E**ra una falucha de dos mástiles con velas triangulares! La nave era baja y alargada. En ella había más de cincuenta hombres, veinte o treinta de los cuales estaban a los remos con los que la nave se impulsaba para salir de la bahía.

Me quedé sin habla. ¿Cómo era posible que aquellos salvajes nativos pintarrajeados que había visto en la playa, hubieran perfeccionado de tal manera el arte de la navegación que fueran los artífices de un diseño y un aparejo como los que aquel navío proclamaba? ¡Era imposible! Y mientras la contemplaba, vi como otra nave del mismo tipo surgía ante mi vista y seguía a su hermana a través del estrecho paraje hasta el océano.

No eran las únicas. Una tras otra, siguiendo la estela de la primera, aparecieron cincuenta de aquellas hermosas y elegantes naves. Se estaban situando entre la flota de Hooja y nuestra pequeña canoa.

Cuando se aproximaron un poco más, los ojos casi se me salieron de las órbitas al divisar a un hombre de pie en la primera falucha enfocando unos gemelos hacia nosotros. ¿Quiénes eran? ¿Existía una civilización en Pellucidar que pudiera poseer adelantos tan maravillosos como aquellos? ¿Existían tierras distantes de las que nadie del Imperio hubiera oído hablar, en las que alguna raza había distanciado de una manera tan amplia a todas las demás del mundo interior?

El hombre de los gemelos los había bajado y gritaba algo hacia nosotros. No pude oír sus palabras, pero al instante vi que señalaba hacia arriba. Al mirar donde me indicaba, distinguí una bandera

ondeando en lo alto de la verga mayor: una bandera roja, blanca y azul, con una única y gran estrella en la banda azul.

Entonces lo entendí todo. Mis ojos se abrieron incluso más de lo que lo habían hecho antes. ¡Era la armada! Era la armada del Imperio de Pellucidar; la armada que había aconsejado a Perry que construyera en mi ausencia. ¡Era mi armada!

Arrojé mi remo y me puse en pie, gritando y agitando mi mano. Dian y Juag me miraban como si me hubiera vuelto loco de repente. Cuando pude parar de gritar les conté lo que ocurría, y se unieron a mi alegría gritando conmigo.

Pero Hooja seguía acercándose. La primera de las faluchas no iba a conseguir alcanzarle antes de que se situara a nuestro costado, o cuanto menos a tiro de flecha.

Hooja debía de haberse quedado tan intrigado como yo sobre la identidad de aquella extraña flota; pero al verme saludarles, evidentemente supuso que eran aliados nuestros, por lo que ordenó a sus hombres que redoblasen sus esfuerzos por alcanzarnos antes de que la falucha les cortase el paso.

Ordenó a gritos al resto de la flota —transmitiéndose la orden unos a otros hasta que llegó a la última de las canoas— que retrocedieran, y se situaran al costado de los extraños para abordarlos, pues con sus doscientas naves y sus ocho o diez mil guerreros, evidentemente, se sentía capaz de vencer a los cincuenta navíos del enemigo, que no aparentaban transportar a más de tres mil hombres como máximo.

De ese modo dirigía primero sus propias fuerzas contra Dian y contra mí, dejando el resto de la tarea a las demás canoas. Pensé que había pocas dudas en que lo iba a conseguir, al menos en lo que a nosotros concernía, y temí por las represalias que podía tomar contra nosotros si la batalla iba en su contra, lo que estaba seguro que iba a suceder, pues Perry y los mezops debían de traer con ellos las armas y municiones que contenía el *Excavador*. Pero en absoluto estaba preparado para lo que vino a continuación.

Cuando la canoa de Hooja llegó hasta unas veinte yardas de nosotros, una bocanada de humo surgió de la proa de la falucha que avanzaba al frente, seguida inmediatamente a continuación de una terrorífica explosión, y un pesado proyectil rugió por encima de las cabezas de los hombres de Hooja que se encontraban en la nave,

levantando una gran salpicadura de agua al caer un poco más allá de donde estaban situados.

¡Perry había perfeccionado su pólvora y había construido un cañón! ¡Era increíble! Dian y Juag, tan sorprendidos como Hooja, giraron sus asombradas miradas hacia mí. El cañón volvió a rugir. Supongo que comparándolo con las poderosas armas de los modernos buques del mundo exterior, era una cosa extremadamente pequeña e inadecuada, pero en Pellucidar era el primero de su especie, e inspiraba un terror inimaginable.

Cuando el estallido de una bala de cañón de unas cinco pulgadas de diámetro alcanzó la piragua de Hooja, justo encima de su línea de flotación, hizo astillas su costado, volcándola y arrojando a sus ocupantes al mar.

Las cuatro piraguas que se encontraban al lado de la de Hooja, habían virado para interceptar la falucha que avanzaba en primer lugar. Incluso ahora, ante la visión de lo que para ellos debía ser una catástrofe demoledora, seguían avanzando valientemente en dirección a aquella terrible y extraña nave.

En ellas habría unos doscientos hombres, mientras que apenas cincuenta se alineaban en la borda de la falucha para repeler su ataque. El capitán de la falucha, que resultó ser Ja, les dejó que se acercaran y luego lanzó sobre ellos una andanada de fuego con las armas de mano.

Los cavernícolas y los sagoths que ocupaban las canoas parecieron marchitarse ante aquella ráfaga de muerte, como la hierba seca lo hubiera hecho ante el incendio de la pradera. Aquellos que no fueron alcanzados arrojaron sus lanzas y sus arcos, y, agarrando los remos, intentaron escapar. Pero la falucha les persiguió implacablemente con su tripulación haciendo fuego a discreción.

Finalmente oí a Ja dirigirse a gritos a los supervivientes —que se encontraban bastante cerca de nosotros— que perdonaría sus vidas si se rendían. Perry se hallaba al lado de Ja, y supe que aquella generosa acción había sido sugerida, sino ordenada, por el anciano; a ningún pellucidaro se le habría ocurrido jamás mostrar clemencia con un enemigo derrotado.

Al no haber ninguna otra alternativa salvo la muerte, los supervivientes se rindieron, y un momento después fueron

conducidos a bordo del Amoz, nombre que ahora podía distinguir impreso en grandes letras sobre la proa, y que nadie en aquel mundo podía leer excepto Perry y yo.

Cuando los prisioneros estuvieron a bordo, Ja llevó la falucha al lado de nuestra piragua. Muchas fueron las voluntariosas manos que se ofrecieron para izarlos a su cubierta. Los bronceos rostros de los mezops estaban plagados de sonrisas, y Perry estaba claramente fuera de sí de la alegría.

Dian subió a bordo en primer lugar y después lo hizo Juag. Yo preferí ayudar a Rajá y a Raní a subir a bordo, pues era consciente que harían pedazos a cualquier mezop que los tocara. Finalmente, cuando les subimos a bordo, causaron una gran conmoción entre la tripulación, que nunca había visto a un hombre manejar de esa forma a dos bestias salvajes.

Perry, Dian y yo, teníamos tantas preguntas que hacernos que casi no podíamos contenernos, pero tuvimos que dejarlas para más adelante ya que la batalla con el resto de la flota de Hooja apenas había comenzado. Desde las pequeñas cubiertas de las faluchas el tosco cañón de Perry vomitaba humo, llamas, truenos y muerte. El aire retumbaba con sus rugidos. La horda de Hooja, como los salvajes e intrépidos guerreros que eran, se acercaban para lanzarse en un último combate a muerte con los mezops que tripulaban nuestros navíos.

El manejo de nuestra flota por los rojos guerreros isleños del clan de Ja estaba mucho de ser perfecto. Era evidente que Perry, tras completar la construcción de las naves, no había perdido tiempo en emprender la travesía.

Lo poco que capitanes y tripulación sabían de cómo manejar las faluchas, lo debían haber aprendido durante su embarco en aquel viaje, y aunque la experiencia es una excelente maestra y había hecho mucho por ellos, todavía les quedaba bastante por aprender. Al maniobrar para cambiar de posición, continuamente se estorbaban unas con otras, y en dos ocasiones disparos de nuestras propias baterías estuvieron cerca de hundir nuestros barcos.

No obstante, tan pronto como me hallé a bordo de la nave capitana, intenté corregir este problema. Haciendo circular la orden boca a boca de una nave a otra, me las arreglé para disponer las cincuenta faluchas en una especie de fila con la nave capitana al

frente. Así formados, lentamente comenzamos a rodear la posición del enemigo. Las piraguas se acercaban a nuestro costado derecho intentando aborarnos, pero al mantenernos en movimiento en una única dirección y en círculo, nos las arreglamos para eludirlas manteniéndonos mutuamente alejados entre nosotros, y permitiéndonos disparar nuestro cañón y nuestras pequeñas armas de fuego con menos peligro para nuestros propios camaradas.

Cuando tuve un momento para mirar a mi alrededor, eché un vistazo a la falucha en la que me hallaba. Tengo que confesar que me maravillé con su excelente construcción y las firmes aunque veloces líneas de la pequeña nave. Que Perry hubiera optado por aquel tipo de navío me parecía bastante singular, ya que aun cuando le había prevenido contra los navíos de guerra de grandes torretas, acorazados y con parecidos alardes inútiles, al ver su armada esperaba encontrarme con una clara tendencia hacia una magnificencia terrible y siniestra, toda vez que la idea de Perry siempre había sido la de intimidar a los ignorantes cavernícolas cuando hubiéramos de enfrentarnos a ellos en combate. Sin embargo, yo había descubierto que aunque se les podía asombrar fácilmente con algún nuevo ingenio bélico, era prácticamente imposible aterrorizarles hasta el extremo de rendirse.

Más tarde averigüé que Ja había estudiado detenidamente junto a Perry los planos de varios tipos de naves. El anciano le había explicado detalladamente todo lo que los textos decían de ellas. Los dos habían trazado sus dimensiones en el suelo para que Ja pudiera comprobar los tamaños de los diferentes navíos. Perry había construido maquetas, y Ja le había hecho leerle y explicarle cuidadosamente todo lo que pudo encontrar sobre el manejo de barcos de vela. El resultado de todo aquello fue que Ja eligió la falucha. No obstante, Perry también había realizado una excelente contribución, pues se había obstinado en construir una enorme fragata de la época del almirante Nelson. Me lo dijo él mismo.

Uno de los motivos que habían hecho decidirse a Ja por la falucha, era el hecho de que en su equipación incluía remos. Era perfectamente consciente de las limitaciones de su gente en el manejo de la vela, y aunque nunca habían usado remos como los que allí se describían, eran tan similares a los que ellos utilizaban que estuvo seguro de que rápidamente dominarían aquel arte. Y lo

consiguieron. Tan pronto como el primer casco estuvo terminado Ja lo mantuvo constantemente en el agua, primero con una tripulación y luego con otra distinta; así hasta que un total de dos mil guerreros aprendieron a bogar. Después plantaron los mástiles y se designó una tripulación para la primera nave.

A medida que construían las siguientes, también aprendían a manejarlas. De esta forma, cuando una nave estaba acabada, era lanzada al agua y ocupada por su tripulación que aprendía a gobernarla bajo la guía de los que se habían graduado en el primer navío, y así sucesivamente hasta que todas las naves tuvieron su propia tripulación.

Pero regresemos a la batalla. Los hombres de Hooja seguían acercándose, pero cuanto más rápido se acercaban más rápido les abatíamos. Aquello era una carnicería. Una y otra vez les gritaba que se rindiesen, prometiéndoles sus vidas si así lo hacían. Al final apenas quedaron diez embarcaciones que se dieron la vuelta y emprendieron la huida. Pensaban que remando se podían alejar de nosotros. ¡Pobres ilusos! Hice pasar de una nave a otra la orden de cesar el fuego; no se mataría a ningún hombre de Hooja a menos que disparase sobre nosotros. A continuación partimos tras ellos. Soplabla una pequeña brisa y nos deslizamos sobre nuestra presa tan graciosa y suavemente como lo hubieran hecho unos cisnes en la laguna de un parque. Al aproximarnos a ellos pude apreciar no solo la maravilla, sino la admiración en sus ojos. Entonces me dirigí a la canoa más cercana.

—¡Arrojad vuestras armas y subid a bordo! —grité—. ¡No se os hará ningún daño! ¡Se os dará comida y se os devolverá a tierra firme! ¡Luego seréis libres bajo la promesa de no volver a alzar vuestras armas contra el emperador de Pellucidar!

Creo que lo que más les interesó fue la promesa de comida. Apenas podían creer que no les íbamos a matar. Pero cuando les mostré los prisioneros que ya habíamos tomado, y comprobaron que estaban vivos y sin daño alguno, un enorme sagoth que se hallaba en una de las canoas me preguntó qué garantías les daba de que mantendría mi palabra.

—Ninguna otra más que mi palabra —contesté.

Los pellucidaros son bastante escrupulosos con estas cuestiones, así que el sagoth podía entender que posiblemente estuviera

diciendo la verdad. Pero lo que era incapaz de comprender era por qué no les matábamos, a no ser que pretendiéramos esclavizarles, por lo que tuve que negar aquello tanto como ya les había prometido que les liberaría. Ja no veía con claridad la sabiduría de mi plan. Pensaba que debíamos haber perseguido a las diez canoas supervivientes para después hundirlas; pero insistí en que debíamos liberar a tantos de nuestros enemigos en el continente como nos fuera posible.

—Estos hombres —le expliqué—, regresarán a la isla de Hooja, a las ciudades mahar de las que proceden, o a los países de los que fueron capturados por los mahars. Son hombres de dos razas y de varios países. Divulgarán a lo largo y a lo ancho de Pellucidar el relato de nuestra victoria, y mientras permanezcan con nosotros les dejaremos que vean y oigan muchas cosas maravillosas que luego puedan contar a sus jefes y a sus amigos.

—Es la mejor forma de tener una buena publicidad gratis, Perry —añadí mirando al anciano—, que la que tú o yo hubiéramos logrado jamás.

Perry estuvo de acuerdo conmigo. De hecho, hubiera estado de acuerdo con cualquier cosa que hubiera impedido la muerte de aquellos pobres diablos que habían caído en nuestras manos. Sentía un gran entusiasmo por fabricar pólvora, cañones y armas de fuego, pero cuando se trataba de utilizar aquellas invenciones para matar gente, era tan tierno de corazón como un pollo.

El sagoth con quien había parlamentado se dirigió a los demás sagoths que había en la embarcación. Evidentemente discutían la sabiduría de rendirse o no.

—¿Qué será de vosotros si no os rendís? —les pregunté—. Aunque no abriésemos fuego contra vosotros y no os matásemos, sencillamente navegaríais a la deriva hasta que murieseis de hambre y de sed. No podéis dirigiros a las islas, porque como bien habéis visto los nativos son numerosos y hostiles. Os matarán en el momento en que desembarquéis.

El resultado final de todo aquello fue que la canoa en la que estaba al mando el portavoz sagoth se rindió. Los sagoths arrojaron sus armas y les subimos a bordo de la siguiente nave que se hallaba en la fila tras el Amoz. Antes, Ja tuvo que recalcar al capitán y a la tripulación de la nave que los prisioneros no fuesen maltratados o

asesinados. Después de esto las restantes canoas abandonaron los remos y se rindieron. Distribuimos los prisioneros entre el resto de la flota, ya que hubieran sido demasiados para un solo navío. De esta forma concluyó el primer combate real del que los mares pellucidaros habían sido testigos, aunque Perry todavía insiste en que la refriega en que tomó parte el *Sari* fue una batalla de primera magnitud.

Concluida la batalla y con los prisioneros dispuestos y alimentados —y no penséis que Dian, Juag y yo, así como igualmente los dos sabuesos, no comimos también— volví mi atención hacia la flota. Dispusimos las faluchas alrededor de la nave capitana, y con toda la ceremonia de la que habría hecho gala un señor feudal, Dian y yo, el emperador y la emperatriz de Pellucidar, recibimos a los capitanes de las cuarenta y nueve faluchas que seguían a la nave capitana.

Fue un gran evento. Los salvajes guerreros de bronce entraron por completo en el espíritu de la ceremonia, ya que, como más tarde averigüé, el viejo Perry no había dejado pasar un momento sin recordarles que David era el emperador de Pellucidar, y que todo lo que habían logrado hasta el momento, y todo lo que lograrían en el futuro, se debía al poder, y era consecuencia de la gloria de David. El anciano se lo debió de inculcar a fondo, porque aquellos feroces guerreros casi llegaron a las manos en sus esfuerzos por ser los primeros en arrodillarse ante mí y besar mi mano. No obstante, cuando tuvieron que besar la de Dian creo que les gustó mucho más. Lo cierto es que a mí también me hubiera ocurrido así.

Una feliz idea se me ocurrió entonces, mientras me encontraba en la pequeña cubierta del Amoz con el primero de los primitivos cañones de Perry a mi espalda. Cuando Ja, el primero en rendirme homenaje, se arrodilló a mis pies, desenfundé de la vaina a su costado la espada de hierro forjado que Perry le había enseñado a trabajar. Tocándole con ella suavemente en su hombro le hice rey de Anoroc. A cada capitán de las cuarenta y nueve faluchas restantes le nombré duque. Después dejé que Perry les informase del valor y los honores que les había conferido.

Durante aquella ceremonia Rajá y Raní permanecieron junto a Dian y a mí. Sus estómagos habían sido bien atendidos, pero todavía tenían dificultades para no alterarse con tanta humanidad

comestible pasando a su lado. Para ellos fue una buena educación, y tras esto no volvieron a tener problemas para asociarse con la raza humana sin que se despertase su apetito.

Después de que acabaran todas las formalidades tuvimos la oportunidad de hablar con Perry y Ja. El primero me contó que Ghak, rey de Sari, le había enviado mi carta y mi mapa por medio de un mensajero, y que Ja y él decidieron al instante comenzar la construcción de una flota para determinar la certeza de mi teoría acerca de que el Lural Az, en el que se encontraba el archipiélago de Anoroc, era en realidad el mismo océano en el que se bañaban las costas de Thuria bajo la denominación de Sojar Az, o Gran Mar.

Su destino era la isla refugio de Hooja; así enviaron un mensaje a Ghak informándole de sus planes e indicándole la conveniencia de trabajar conjuntamente. La tempestad que nos alejó de la costa también les había desviado a ellos hacia el sur. Poco antes de encontrarnos habían llegado hasta un gran grupo de islas; navegaban entre las dos islas mayores cuando descubrieron la flota de Hooja persiguiendo nuestra canoa.

Le pregunté a Perry si tenía alguna idea de dónde nos encontrábamos, o en qué dirección se hallaba la isla de Hooja o el continente. Me contestó mostrándome su mapa, en el que había señalado cuidadosamente las islas recién descubiertas, que aparecían descritas como las Islas Hostiles, y que marcaba la isla de Hooja al noroeste de donde nos hallábamos, a unos dos grados dirección oeste.

Luego me explicó que con la brújula, el cronómetro, el cuaderno de bitácora y el carrete, habían mantenido un registro razonablemente preciso de su rumbo desde el momento en que habían zarpado. Cuatro de las faluchas iban equipadas con tales instrumentos, y todos los capitanes habían sido instruidos en su manejo.

Me quedé sorprendido de la facilidad con la que aquellos salvajes habían dominado los intrincados detalles de aquellas técnicas tan extrañas para ellos, pero Perry me aseguró que eran una raza extremadamente inteligente y que eran muy rápidos en comprender todo lo que él intentaba enseñarles.

Otra cosa que me sorprendió fue todo lo que habían hecho en tan poco tiempo; no podía creer que desde que me había marchado

de Anoroc hubiera transcurrido el tiempo suficiente como para permitir la construcción de una flota de cincuenta faluchas y la explotación de un yacimiento de hierro para los cañones y las balas, por no decir nada de la fabricación de estas armas y los toscos fusiles con que iban armados los mezops, o la pólvora y las municiones, de las que parecían disponer en amplias cantidades.

—¡Tiempo! —exclamó Perry—. Bien, ¿para ti cuánto ha transcurrido desde que te marchaste de Anoroc hasta que te recogimos en el Sojar Az?

Era imposible calcularlo, y así tuve que admitirlo. No sabía cuánto tiempo había transcurrido ni Perry tampoco, porque el tiempo no existe en Pellucidar.

—Como puedes ver, David —continuó—, he tenido unos medios increíbles a mi disposición. Los mezops que habitan en las islas de Anoroc, que, por cierto, se extienden hacia el mar más allá de las tres islas principales con las que estás familiarizado, se cuentan por millones, y la mayor parte de ellos son aliados de Ja. Hombres, mujeres y niños se turnaron en la tarea desde el momento en que Ja les explicó la naturaleza de nuestra empresa. No solo están dispuestos a hacer todo lo posible para que llegue el día en que los mahars sean derrocados, sino —y esto es lo más importante— que sencillamente tienen hambre de conocimientos y de mejores formas de hacer las cosas. El contenido del *Excavador* excitó sobremanera su imaginación, de forma que ansiaron para sí el conocimiento que ha hecho posible a otros hombres el crear y construir todo lo que trajiste contigo del mundo exterior.

—Por eso —continuó el anciano—, el elemento del tiempo, o mejor dicho, el de la ausencia de tiempo operó a mi favor. Al no existir la noche no dejaron de trabajar; lo hicieron de forma incesante, deteniéndose solo lo necesario para comer, y, en raras ocasiones, para dormir. Una vez que hallamos hierro, en un increíblemente corto espacio de tiempo, extrajimos la cantidad necesaria como para construir mil cañones. Solo tuve que enseñarles una vez como se podía hacer algo semejante y se pusieron a trabajar para construir miles. Tan pronto como terminamos el primer fusil y lo vieron funcionar, al menos tres mil mezops empezaron a construir tales armas de fuego. Naturalmente, al principio hubo una gran confusión y se perdió un poco del

espíritu inicial, pero finalmente Ja pudo controlar la situación eligiendo a varios grupos para que, bajo el mando de líderes capaces, realizasen satisfactoriamente la tarea. Ahora poseemos a cien hombres expertos en la fabricación de pólvora. En una pequeña isla aislada del resto tenemos una gran factoría. En el continente, cerca de la mina de hierro, hemos instalado una gran fundición, y en la costa este de Anoroc un astillero bien equipado. Todas estas industrias están protegidas por fuertes en los que hay montados varios cañones y siempre hay guerreros custodiándolos. Ahora te sorprendería el aspecto de Anoroc, David. Yo mismo estoy sorprendido; si lo comparo con el que tenía el primer día que bajé de la cubierta del *Sari*, me da la impresión de que solo un milagro ha podido operar el cambio que ha tenido lugar.

—Es un milagro —convine—; es una especie de milagro el poder transplantar todas las enormes posibilidades del siglo veinte a la edad de piedra. Es un milagro el pensar que solo quinientas millas de tierra separan dos épocas que en realidad distan eras y eras. ¡Es maravilloso, Perry! Pero todavía es más maravilloso pensar en el poder que tú y yo tenemos en este mundo inmenso. Esta gente nos ve poco menos que como superhombres. Ahora debemos demostrar que lo somos. Tenemos que darles lo mejor de nosotros mismos, Perry.

—Sí —convino—; tenemos que dárselo. Ultimamente he estado pensando mucho en un nuevo tipo de granada o de bomba que sería una magnífica innovación para su arsenal. También he visto en unas revistas unos rifles de repetición que quiero apresurarme a estudiar para aprender a reproducirlos tan pronto como estemos preparados; y también...

—¡Tranquilo, Perry! —exclamé—. No me refiero a ese tipo de cosas. Estoy diciendo que debemos darles lo mejor que tenemos. Lo que hasta ahora les hemos dado es lo peor. Les hemos dado guerra y recursos para la guerra. En un solo día hemos hecho sus guerras infinitamente más terribles y sangrientas de lo que lo habían sido durante eras con sus primitivas y toscas armas. En un periodo que apenas habrá excedido de dos horas de la tierra exterior, nuestra armada prácticamente ha aniquilado a la mayor flota de canoas nativas que los pellucidaros jamás habían visto reunidas. Hemos masacrado casi a ocho mil guerreros con los «regalos» que trajimos

del siglo veinte. ¡Con sus armas no habrían matado a tantísimos guerreros ni en una docena de guerras! No, Perry; tenemos que darles algo más que métodos científicos de matarse unos a otros.

El anciano me miró con asombro. En sus ojos había reproche.

—¡Pero, David! —dijo con tristeza—. Pensé que estarías contento con lo que había logrado. Lo planeamos todo juntos, y estoy convencido de tú lo sugeriste así. Solo he hecho lo que creí que tú deseabas que hiciera, y lo he hecho lo mejor que he sabido hacerlo.

Entonces puse mi mano sobre el hombro del anciano.

—¡Bendito sea tu corazón, viejo amigo! —dije—. Has conseguido milagros. Has hecho exactamente lo mismo que yo hubiera hecho, solo que tú lo has hecho mejor. No estoy buscando culpas, pero no quiero cegarme a mí mismo, ni dejar que tú lo hagas ante la gran tarea que tenemos por delante tras esta preliminar y necesaria carnicería. Primero tenemos que establecer el Imperio sobre una base sólida, y eso solo lo conseguiremos introduciendo el miedo en el corazón de nuestros enemigos; pero después... ¡Ah, Perry! ¡Ese es el día que deseo que llegue! Cuando tú y yo podamos construir máquinas de coser en vez de navíos de guerra, segadoras para las cosechas en lugar de segadoras de hombres; ¡rejas de arado, teléfonos, colegios, escuelas, papel, imprentas! ¡Cuando nuestra marina mercante pueda surcar los enormes mares de Pellucidar, y los cargamentos de libros, sedas y máquinas de escribir puedan atravesar los caminos donde los espantosos saurios han mantenido su poder desde el principio de los tiempos!

—¡Amén! —dijo Perry.

Y Dian, que se encontraba a mi lado, apretó mi mano.



## Capítulo XV

### Conquista y paz

**L**a flota navegó directamente hacia la isla de Hooja, anclando en su extremo noreste ante la colina en la que se encontraba la fortaleza. Envié a tierra a uno de los prisioneros exigiendo una rendición inmediata; pero como él mismo me contaría más tarde, no creyeron nada de lo que les contó, y se congregaron en la cima del risco disparando sus flechas hacia nosotros.

Como respuesta hice que cinco de las faluchas les cañoneasen. Ante el estruendo de las aterradoras explosiones, la visión del humo y los proyectiles de hierro, huyeron precipitadamente. Entonces hice desembarcar a doscientos guerreros rojos, y les conduje al extremo opuesto de la colina, hacia el túnel que conducía a su cumbre. Allí encontramos alguna resistencia, pero una descarga de nuestros fusiles hizo retroceder a los que nos disputaban el paso, y, en breve, alcanzamos la mesa. Una vez allí, de nuevo encontramos resistencia, pero finalmente el resto de la horda de Hooja acabó por rendirse.

Juag estuvo a mi lado en todo momento, y no perdí tiempo en devolverle a él y a su tribu la colina que durante eras había sido el hogar de sus antepasados hasta que Hooja se la arrebató. Fundé un reino en la isla y nombré rey a Juag. Antes de partir fui en busca de Gr-Gr-Gr, el caudillo de los hombres bestia, llevando conmigo a Juag. Entre los tres pactamos un código de leyes que permitiera a los hombres bestia y a los seres humanos vivir en paz y armonía. Gr-Gr-Gr envió a su hijo conmigo a Sari, la capital de mi Imperio, para que pudiera aprender las costumbres de los seres humanos. Tenía esperanzas de hacer de aquella raza los mejores agricultores

de Pellucidar.

Cuando regresé a bordo me enteré de que uno de los isleños de la tribu de Juag, que se encontraba ausente cuando llegamos, acababa de volver del continente con noticias de que un gran ejercito se hallaba acampado en la Tierra de la Horrible Sombra y estaba amenazando Thuria. A toda prisa levamos anclas y partimos hacia el continente, al que llegamos tras un corto y sencillo viaje.

Desde la cubierta del Amoz examiné la costa gracias a los gemelos que Perry había traído consigo. Cuando estuvimos lo bastante cerca como para que los gemelos pudieran ser de utilidad, divisé lo que en verdad era un inmenso contingente de guerreros rodeando completamente la vallada ciudad de Goork, el jefe de los thurios. Al aproximarnos los objetos más pequeños se hicieron finalmente discernibles. Fue entonces cuando descubrí numerosas banderas y estandartes ondeando por encima de los sitiadores.

Llamé a Perry y le pasé los gemelos.

—Ghak de Sari —dije.

Perry miró a través de las lentes durante un momento, y luego se volvió hacia mí con una sonrisa.

—El rojo, blanco y azul del Imperio —contestó—. En efecto, es el ejercito de su majestad.

Enseguida se hizo evidente que habíamos sido avistados por los que se hallaban en la costa, ya que una gran multitud de guerreros se congregó a lo largo de la playa observándonos. Anclamos lo más cerca que pudimos, lo que hablando de nuestras ligeras faluchas quiere decir muy cerca de la costa. Ghak también se encontraba allí, con los ojos tremendamente abiertos, ya que, como nos diría más tarde, aunque suponía que debía de ser la flota de Perry, le maravilló tanto que no podía dar crédito a sus ojos mientras la veía aproximarse.

Para dar el efecto adecuado a nuestro encuentro, ordené que cada falucha hiciese veintiún disparos como saludo a su majestad Ghak, rey de Sari. Algunos de los artilleros, llevados por su entusiasmo, dispararon con fuego real; pero afortunadamente tuvieron el buen juicio como para apuntar a mar abierto y no dañar a nadie. Tras esto desembarcamos; una ardua tarea, por cierto, ya que cada falucha tan solo contaba con una piragua.

Averigüé por Ghak que Goork, el caudillo thurio, parecía

inclinado a la arrogancia, y le había indicado a Ghak el Velludo que no sabía nada de mí, y ni mucho menos le preocupaba. Pero me imagino que la visión de la flota y el ruido de nuestros cañones le devolvió a sus cabales, ya que no pasó mucho tiempo antes de que enviase una delegación invitándome a visitarle a su poblado. Una vez allí se disculpó por el tratamiento que me había dispensado, juró de buena gana lealtad al Imperio, y a cambio recibió el título de rey.

Permanecimos en Thuria solo el tiempo necesario para arreglar el tratado con Goork, que entre otros detalles incluía la promesa de proporcionar al ejército imperial mil lidi, las bestias de carga thurias, y sus respectivos conductores, que acompañarían al ejército de Ghak en su regreso por tierra a Sari, mientras la flota navegaba hasta la desembocadura del gran río del que Dian, Juag y yo habíamos sido alejados.

El viaje transcurrió sin incidentes. Encontramos el río con facilidad, y lo navegamos durante muchas millas a través de unas llanuras tan ricas y fértiles como jamás las había visto antes. Desembarcamos cuando ya no fue posible continuar la navegación, dejando la guardia necesaria para la protección de las faluchas, y recorrimos a pie el resto de la distancia hasta Sari.

El ejército de Ghak, que estaba compuesto por guerreros de todas las tribus que originalmente habían compuesto la Federación, demostrando así lo fructíferos que habían sido sus esfuerzos para rehabilitar el Imperio, llegó a Sari poco después de que lo hiciéramos nosotros. Con él llegaron los mil lidi thurios.

En el consejo de los reyes se decidió que teníamos que comenzar de inmediato la guerra contra los mahars, puesto que aquellos arrogantes reptiles constituían el mayor obstáculo para el avance del hombre en Pellucidar. Presenté un plan de campaña que contó con el caluroso respaldo de los reyes. De acuerdo con él, lo primero fue despachar cincuenta lidi hasta la flota con ordenes de transportar cincuenta cañones a Sari. También se ordenaba a la flota que partiese inmediatamente hacia Anoroc, donde cargarían a bordo todos los fusiles y las municiones que se hubieran construido desde su partida, y, luego, con todas las tripulaciones al completo, navegarían a lo largo de la costa e intentarían encontrar un paso al mar interior, próximo a la ciudad enterrada de Phutra.

Ja estaba convencido de que un río ancho y navegable comunicaba el mar de Phutra con el Lural Az, y que salvando aquel obstáculo la flota estaría ante las torres de Phutra al mismo tiempo que las fuerzas de tierra.

Por fin el gran ejercito se puso en camino. Había guerreros de todos los reinos de la Federación. Todos iban armados con arcos, flechas y fusiles, ya que prácticamente todo el contingente mezop había sido alistado para aquella campaña, salvo aquellos que eran imprescindibles para tripular las faluchas. Distribuí nuestras fuerzas en divisiones, regimientos batallones, compañías, e incluso en pelotones y secciones, nombrando un destacamento de oficiales y suboficiales. Durante la larga marcha les instruí en sus deberes, y tan pronto como alguno de ellos los aprendía le enviaba como instructor de los demás.

Cada regimiento estaba compuesto de unos mil arqueros, y cada uno de ellos estaba adscrito a una compañía de fusileros mezops y a un batallón de artillería. Estos últimos consistían en nuestros cañones navales montados sobre las amplias espaldas de los enormes lidi. También disponíamos de un regimiento completo de fusileros mezops y de un regimiento de primitivos lanceros. El resto de los lidi que llevábamos con nosotros se usaban como animales de carga o para transportar a las mujeres y niños, que también venían con nosotros, puesto que nuestra intención era marchar sobre una ciudad mahar tras otra hasta subyugar a toda nación mahar que amenazara la seguridad de cualquier reino del Imperio.

Antes de que alcanzásemos la llanura de Phutra fuimos descubiertos por una compañía de sagoths, que en un primer momento intentaron presentar batalla; pero al darse cuenta de lo poderoso que era nuestro ejercito, se volvieron y huyeron hacia Phutra. El resultado de esto fue que cuando llegamos a la vista del centenar de torres que señalaban las entradas a la ciudad enterrada, nos encontramos con un verdadero ejercito de mahars y sagoths alineado para la batalla.

Nos detuvimos a unas mil yardas, y emplazando nuestra artillería sobre unas pequeñas elevaciones del terreno situadas a cada flanco, abrimos fuego sobre ellos. Ja, que era el comandante en jefe de la artillería, estuvo al mando de aquella parte de la operación e hizo un excelente trabajo, ya que sus artilleros mezops

se habían convertido a esas alturas en unos verdaderos expertos. Los sagoths no pudieron soportar durante mucho tiempo aquella nueva manera de hacer la guerra, y cargaron contra nosotros aullando como demonios. Les dejamos que se acercaran lo suficiente, y entonces los fusileros que formaban en la primera línea abrieron fuego sobre ellos.

La carnicería fue aterradora, pero los que quedaron en pie siguieron acercándose hasta que la batalla se transformó en un combate cuerpo a cuerpo. Aquí nuestros lanceros fueron de gran valor, así como también lo fueron las toscas espadas con las que la mayoría de los guerreros imperiales iban armados.

Sufrimos grandes pérdidas cuando los sagoths llegaron hasta nosotros, pero en cualquier caso fueron absolutamente exterminados. Ni uno solo fue hecho prisionero. Los mahars al ver como iba la batalla se apresuraron a resguardarse en la seguridad de su ciudad subterránea. Una vez que hubimos derrotado a los hombres gorila fuimos tras ellos.

Pero en esta ocasión fuimos derrotados, al menos temporalmente, ya que tan pronto como las primeras avanzadillas de nuestras tropas descendieron a las avenidas subterráneas, la mayoría de nuestros guerreros regresaron tambaleándose y forcejeando por volver a la superficie, medio asfixiados por las emanaciones de algún gas letal que los reptiles habían liberado sobre ellos. Perdimos a muchos hombres allí. Entonces envié a por Perry, que permanecía discretamente en la retaguardia, y le pedí que construyera un pequeño ingenio que tenía en mente contra la posibilidad de nuestro encuentro con un obstáculo semejante en las entradas de la ciudad subterránea.

Bajo mi dirección rellenó uno de los cañones con pólvora, balas y trozos de piedra, casi hasta el mismo borde. Después tapó la boca del cañón con un trozo de madera en forma de cono, lo amartilló y lo apretó tanto como pudo. A continuación insertó una larga mecha. Una docena de hombres llevó el cañón hasta las escaleras que descendían a la ciudad, desmontándolo previamente de su almacén. Luego uno de ellos encendió la mecha y todo el artillero fue arrojado de un empujón escaleras abajo, mientras el destacamento se daba la vuelta y huía precipitadamente hasta alcanzar una distancia segura.

Durante lo que pareció una eternidad no ocurrió nada. Comenzábamos a pensar que la mecha se había apagado mientras el armatoste rodaba escaleras abajo, o que los mahars habían adivinado su propósito y habían logrado extinguirla, cuando, de repente, el terreno alrededor de la entrada saltó violentamente por los aires, seguido a continuación por una explosión terrorífica y un estallido de humo y llamas que se elevó hasta las alturas en compañía del polvo, las piedras y los fragmentos del cañón.

Perry se había puesto a trabajar en otras dos de aquellas bombas tan pronto como la primera estuvo finalizada. Enseguida las arrojamos en otras dos entradas y funcionaron a la perfección, ya que casi inmediatamente después de la tercera explosión un torrente de mahars surgió de las salidas más alejadas de donde nosotros nos encontrábamos, elevándose sobre sus alas y planeando hacia el norte. Cien lidi fueron enviados en su persecución, llevando cada lidi a dos fusileros además de su conductor. Al suponer que el mar interior, que se hallaba muy próximo a la parte norte de Phutra, era su destino, tomé un par de regimientos y partí en su persecución.

Una baja loma se interponía entre la llanura en la que se encontraba Phutra y el mar interior en el que los mahars acostumbraban a solazarse en sus frías aguas. Hasta que no ascendimos aquella loma no alcanzamos a ver el mar.

Entonces presencié una escena que no olvidaré mientras viva. A lo largo de la playa se hallaban alineadas las tropas de los lidi, mientras que a unas cien yardas de la costa la superficie del agua estaba teñida con los largos hocicos y los fríos ojos reptilianos de los mahars. Nuestros salvajes fusileros mezops y los más pequeños y fornidos conductores thurios de piel blanca, se llevaban las manos a los ojos a modo de visera, y miraban en dirección al mar, más allá de donde se encontraban los mahars, cuyos ojos también se hallaban fijos en el mismo punto. Mi corazón se aceleró cuando descubrí lo que llamaba la atención de todos ellos. ¡Veinte hermosas faluchas se deslizaban suavemente por las aguas en dirección a la horda de reptiles!

Aquella visión debió de llenar a los mahars de temor y consternación, toda vez que nunca antes habían visto semejantes naves. Durante un momento no parecieron capaces de hacer otra

cosa más que observar aproximarse a la flota, pero cuando los mezops abrieron fuego sobre ellos con sus fusiles, los reptiles empezaron a nadar velozmente en dirección a las faluchas, evidentemente pensando que estas serían más fáciles de derrotar. El comandante de la flota les permitió acercarse hasta una distancia de unas cien yardas. Entonces abrió fuego con todos los cañones disponibles y con las armas de los marineros.

La gran mayoría de los reptiles cayó con la primera andanada. Los supervivientes vacilaron durante unos instantes y luego se sumergieron. Durante un largo rato no los volvimos a ver.

Pero finalmente emergieron más allá de donde se encontraba la flota, y mientras las faluchas se daban la vuelta para emprender su persecución, salieron del agua y se alejaron volando hacia el norte.

Tras la caída de Phutra visité Anoroc, donde me encontré a la gente muy atareada en los astilleros y en las factorías que Perry había puesto en marcha. También descubrí algo que él no me había contado, algo que prometía infinitamente más que el arsenal o la factoría de pólvora: un muchacho que estudiaba con atención uno de los libros que había traído conmigo del mundo exterior. Se hallaba sentado en la cabaña de madera que Perry se había hecho construir para que le sirviera como dormitorio y oficina. Estaba tan absorto en la lectura que no se dio cuenta de nuestra entrada. Cuando Perry vio la expresión de asombro que había en mi rostro, sonrió.

—Comencé a enseñarle el alfabeto cuando llegamos al *Excavador* y sacamos su contenido —me explicó—. Estaba confuso ante los libros, y ansioso por saber para qué servían. Cuando se lo expliqué, me pidió que le enseñara a leer y me puse a trabajar con él siempre que tuve oportunidad de ello. Es muy inteligente y aprende rápidamente. Antes de dejarle ya había hecho grandes progresos, y tan pronto como esté lo suficientemente cualificado enseñará a leer a los demás. El comienzo fue una tarea muy dura y difícil, puesto que todo tenía que ser traducido a la lengua de Pellucidar. Llevará algún tiempo solventar este problema, pero creo que enseñando a varios de ellos a leer y escribir en inglés, seremos capaces de darles más rápidamente un lenguaje escrito propio.

Así pues, aquel era el núcleo sobre el que íbamos a construir nuestro gran sistema de colegios y escuelas: aquel guerrero rojo

semidesnudo, sentado en la pequeña cabaña de Perry en la isla de Anoroc, descifrando letra a letra las diversas palabras, con un esfuerzo intenso. Ahora tenemos... Pero ya volveré a esto antes de concluir.

Mientras estuvimos en Anoroc, acompañé a Ja a una expedición a la Isla Sur, la más meridional de las tres que formaban el grupo principal del archipiélago de Anoroc. —Perry la dio su nombre— donde hicimos la paz con una tribu que durante mucho tiempo había estado enfrentada con Ja. Ahora están bastante contentos de ser aliados suyos y de haber ingresado en la Federación. Desde allí partimos con sesenta y cinco faluchas hacia la distante Luana, la isla principal del archipiélago en el que habitaban los enemigos hereditarios de Anoroc.

Veinticinco de estas faluchas eran de un nuevo modelo, mayor que aquellas con las que habían navegado Ja y Perry en la ocasión en que nos encontraron y rescataron a Dian y a mí. Eran más largas, usaban unas velas mucho mayores, y eran considerablemente más veloces. Cada una de ellas llevaba cuatro cañones en lugar de dos, y se hallaban dispuestos de forma que cualquiera de ellos podía entrar en acción sin importar dónde se encontrase el enemigo.

El archipiélago de Luana se encontraba fuera de la vista del continente. Desde Anoroc solo era visible la isla mayor; sin embargo, a medida que nos aproximamos descubrimos que comprendía muchas islas hermosas y densamente pobladas. Los luanos, naturalmente, no eran ignorantes de todo lo que había estado ocurriendo en los dominios de sus más cercanos y cordiales enemigos. Conocían nuestras faluchas y nuestras armas, puesto que en varias de sus incursiones habían probado unas y otras. Pero su principal jefe, un anciano, nunca las había visto. Así, en el momento en que nos divisaron se dispuso a hundirnos, llevando con él una flota de casi cien grandes canoas de guerra, completamente llenas de guerreros armados con lanzas. Era de lamentar, y así se lo comenté a Ja. Me parecía un deshonor masacrar a aquellos pobres individuos si no había forma de evitarlo.

Para mi sorpresa, Ja opinaba lo mismo que yo. Me dijo que siempre había odiado hacer la guerra a otros mezops cuando había tantas razas extranjeras contra las que luchar. Le sugerí que nos dirigiésemos al jefe y pidiéramos parlamentar con él; pero cuando

Ja así lo hizo, el viejo idiota pensó que les teníamos miedo y con fuertes gritos de triunfo urgió a sus guerreros a que nos atacasen.

En consecuencia abrimos fuego sobre ellos, si bien, a sugerencia mía, centramos nuestro ataque sobre la canoa del jefe. El resultado fue que en unos treinta segundos de aquella canoa de guerra no quedaba más que un puñado de astillas, mientras que su tripulación—aquellos que habían logrado sobrevivir— forcejeaba en el agua, batallando contra los miles de espantosas criaturas que habían surgido para devorarles.

Salvamos a algunos de ellos, pero la mayoría murió de la misma manera en que lo había hecho Hooja y la tripulación de su canoa cuando nuestro segundo disparo les hizo zozobrar.

De nuevo instamos a los restantes guerreros a que viniesen a parlamentar con nosotros; pero ahora el hijo del jefe estaba al mando, y al ver que su padre había muerto no solo no quiso hacerlo sino que pidió venganza. Ante esto, nos vimos obligados a abrir fuego contra aquellos bravos individuos con todas nuestras armas; pero aquello no duró mucho tiempo, ya que resultó haber entre los luanos mejores cabezas que las que habían poseído el jefe o su hijo. En breve, un viejo guerrero que comandaba una de las piraguas se rindió. Tras esto, una a una se acercaron y depositaron todas sus armas en nuestras cubiertas.

Después, para dar al evento una mayor importancia y dignidad, llamamos a la nave capitana a los principales hombres de Luana y a nuestros capitanes. Les habíamos derrotado y esperaban de nosotros la muerte o la esclavitud; pero no se merecían ni una ni otra, y así se lo comuniqué. En Pellucidar siempre ha sido mi costumbre el inculcar a estos pueblos salvajes que la piedad es una cualidad tan noble como la valentía, y que además de a aquellos hombres que luchan hombro con hombro junto a nosotros, también debemos honrar a aquellos otros que luchan valientemente en contra nuestra, y si salimos victoriosos, hemos de recompensar tanto a unos como a otros con la justicia y el honor que se han merecido.

Siguiendo esta política he ganado para la Federación a muchos pueblos grandes y nobles, que según las antiguas tradiciones del mundo interior hubieran debido ser masacrados o esclavizados después de que les hubiéramos conquistado; y de esta forma es como me gané a los luanos. Les di su libertad y les devolví sus

armas después de que jurasen lealtad hacia mí, y amistad y paz hacia Ja. Luego hice al anciano que había tenido el buen sentido de rendirse rey de Luana, toda vez que tanto el viejo jefe como su único hijo habían perecido en la batalla.

Así, cuando partimos, Luana ya estaba incluida entre los reinos del Imperio, cuyas fronteras se habían extendido de esta forma varios cientos de millas hacia el este.

Regresamos a Anoroc, y desde allí al continente, donde de nuevo retomé la campaña contra los mahars, marchando contra una ciudad subterránea tras otra, hasta llegar muy lejos, al norte de Amoz, a un territorio desconocido del que poco se sabía. De cada ciudad salimos victoriosos, matando o capturando a los sagoths, y expulsando a los mahars.

Me comunicaron que estos siempre huían hacia el norte. A los sagoths apresados normalmente les encontrábamos siempre bastante dispuestos para transferir su alianza hacia nosotros, ya que eran poco más que bestias, y cuando descubrían que podíamos llenar sus estómagos y darles guerras en las que luchar, no tenían ningún reparo en marchar a nuestro lado contra la siguiente ciudad mahar y batallar contra hombres de su propia raza.

Obrando de este modo, nos movimos en un amplio semicírculo al norte, al oeste y de nuevo hacia el sur, hasta llegar al borde de las Llanuras del Lidi, al norte de Thuria. Allí derrotamos a la ciudad mahar que había asolado la Tierra de la Horrible Sombra durante tantas eras. Cuando marchamos hacia Thuria, Goork y su pueblo enloquecieron de alegría con las noticias que les llevamos.

Durante aquella larga marcha de conquistas, atravesamos unos siete países poblados por primitivas tribus de hombres que aún no habían oído hablar de la Federación, y que consintieron en unirse al Imperio. Es de destacar, que cada uno de aquellos pueblos tenían una ciudad mahar situada en sus cercanías que había hecho de ellos sus esclavos o su comida durante tantas generaciones, que no había leyenda o relato popular en el que no se reflejase de alguna manera un terror innato a los reptiles.

En cada uno de aquellos países, dejé un oficial y varios guerreros para entrenarles en la disciplina militar y para prepararles a recibir las armas que intentaría proporcionarles tan pronto como el arsenal de Perry lo permitiese, puesto que presentía que todavía pasaría

mucho tiempo antes de que viésemos al último de los mahars. Estaba convencido de que solo habían huido temporalmente hacia el norte, hasta que nos marchásemos con nuestro invencible ejército y nuestras terroríficas armas, y que en breve regresarían.

La tarea de liberar a Pellucidar de estas monstruosas criaturas posiblemente nunca estará totalmente terminada, ya que sus enormes ciudades deben abundar por las miles de lejanas tierras en las que nadie del Imperio ha posado jamás sus ojos.

Pero al menos hoy, en las actuales fronteras de mis dominios, no queda ninguna, pues estoy seguro de que aunque fuera indirectamente nos habríamos enterado de cualquier gran ciudad mahar que se nos hubiera pasado por alto, si bien es cierto que por ahora el ejército imperial no tiene medios para cubrir el inmenso territorio que gobiernó.

Después de dejar Thuria regresamos a Sari, donde está situada la sede del gobierno. Aquí, sobre una vasta y fértil meseta que domina el gran golfo que discurre desde el Lural Az hasta el continente, hemos levantado la gran ciudad de Sari. Hemos construido molinos y factorías. Hemos enseñado a hombres y mujeres los rudimentos de la agricultura. Perry ha construido la primera imprenta, y una docena de jóvenes saris están enseñando a sus compatriotas a leer y a escribir en el idioma de Pellucidar.

Tenemos leyes justas y solo las necesarias. Nuestra gente es feliz porque siempre está trabajando en algo que le gusta. No existe el dinero ni ningún valor monetario que realice una función similar. Perry y yo acordamos al unísono que la raíz del mal no sería introducida en Pellucidar mientras viviésemos.

Cualquier persona puede canjear lo que produce por algo que desee de lo que otra ha producido, pero no puede disponer de lo que ha adquirido de esta manera. En otras palabras, cualquier mercancía deja de tener valor pecuniario desde el momento en que sale de las manos de quien la ha producido. Todo sobrante revierte al gobierno, y como este representa al producto del pueblo, el gobierno puede darlo a otras personas a cambio de lo que ellas producen. De este modo hemos establecido un comercio entre los reinos, cuyos beneficios revierten en mejoras para el pueblo, fundamentalmente la construcción de factorías dedicadas a la fabricación de herramientas para la agricultura, y maquinaria

destinada a las diversas industrias que gradualmente les estamos enseñando.

Anoroc y Luana compiten entre sí por la excelencia de los navíos que construyen. Ambas tienen varios astilleros inmensos. Anoroc, además, fabrica pólvora y explota minas de hierro, y gracias a sus naves realiza un lucrativo comercio con Thuria, Sari y Amoz. Los thurios crían lidi, que, al tener la fuerza y la inteligencia de los elefantes, constituyen excelentes animales de carga.

En Sari y en Amoz los hombres domestican al gran antílope rayado, cuya carne es deliciosa. Estoy convencido de que no pasará mucho tiempo antes de que le puedan poner un arnés y una silla de montar. Los caballos de Pellucidar son demasiado pequeños para tales usos; algunas especies son apenas un poco mayores que un fox terrier.

Dian y yo vivimos en un gran palacio sobre el golfo. No tenemos cristales en las ventanas porque no tenemos ventanas, sino que los muros se elevan unos cuantos pies por encima del suelo, dejando el resto del espacio abierto hasta el cielo raso, aunque tenemos un tejado para resguardarnos del perpetuo sol de mediodía. Perry y yo decidimos implantar un estilo arquitectónico que no maldijera a las futuras generaciones con la peste blanca, y por ello tenemos toda la ventilación posible. Aquellos que así lo prefieren todavía viven en sus cuevas, pero ya hay muchos que se construyen casa similares a las nuestras.

En Greenwich hemos construido una ciudad y un observatorio, aunque la verdad es que no hay nada que observar salvo el estacionario sol directamente sobre nuestras cabezas. En el extremo de la Tierra de la Horrible Sombra hay otro observatorio desde el que es posible transmitir por radio la hora a cualquier rincón del Imperio durante las veinticuatro horas del día. Además de la emisora de radio, en Sari tenemos un pequeño sistema telefónico. Todo está todavía en una fase temprana de desarrollo, pero con la ciencia del siglo veinte del mundo exterior como apoyo estamos haciendo rápidos progresos, y con los errores y las equivocaciones del mundo exterior como guía para ayudarnos a evitar sus peligros, creo que no pasará mucho tiempo antes de que Pellucidar se convierta en algo tan cercano a la Utopía como nadie se hubiera podido esperar encontrar a este lado del cielo.

Perry se encuentra ahora fuera, intentando tender una línea de ferrocarril desde Sari a Amoz. En la cabecera del golfo, no lejos de Sari, hay inmensos yacimientos de antracita, que se pueden transportar por ferrocarril. Algunos de sus pupilos están trabajando ahora en una locomotora. Será extraño ver a un cabalode hierro bufando por las primitivas selvas de la edad de piedra, mientras los osos de las cavernas, los tigres de dientes de sable, los mastodontes y las demás innumerables criaturas del pasado lo miran desde sus enmarañados cubiles con los ojos abiertos de asombro.

Dian y yo somos muy felices, y no regresaría al mundo exterior ni por todas las riquezas de todos sus príncipes. Aquí estoy contento. Incluso sin mis poderes y honores imperiales estaría contento, ¿pues acaso no tengo el mayor de los tesoros, el amor de una gran mujer, mi maravillosa emperatriz Dian la Hermosa?



## Mapas

Burroughs dibujó el primer mapa de Pellucidar, que apareció con la primera entrega de *Pellucidar* en *All-Story Cavalier Weekly*, el 1 de mayo de 1915. Se reimprimió en la página 23 de la primera edición de la novela y apareció en las ediciones de Grosset & Dunlap.

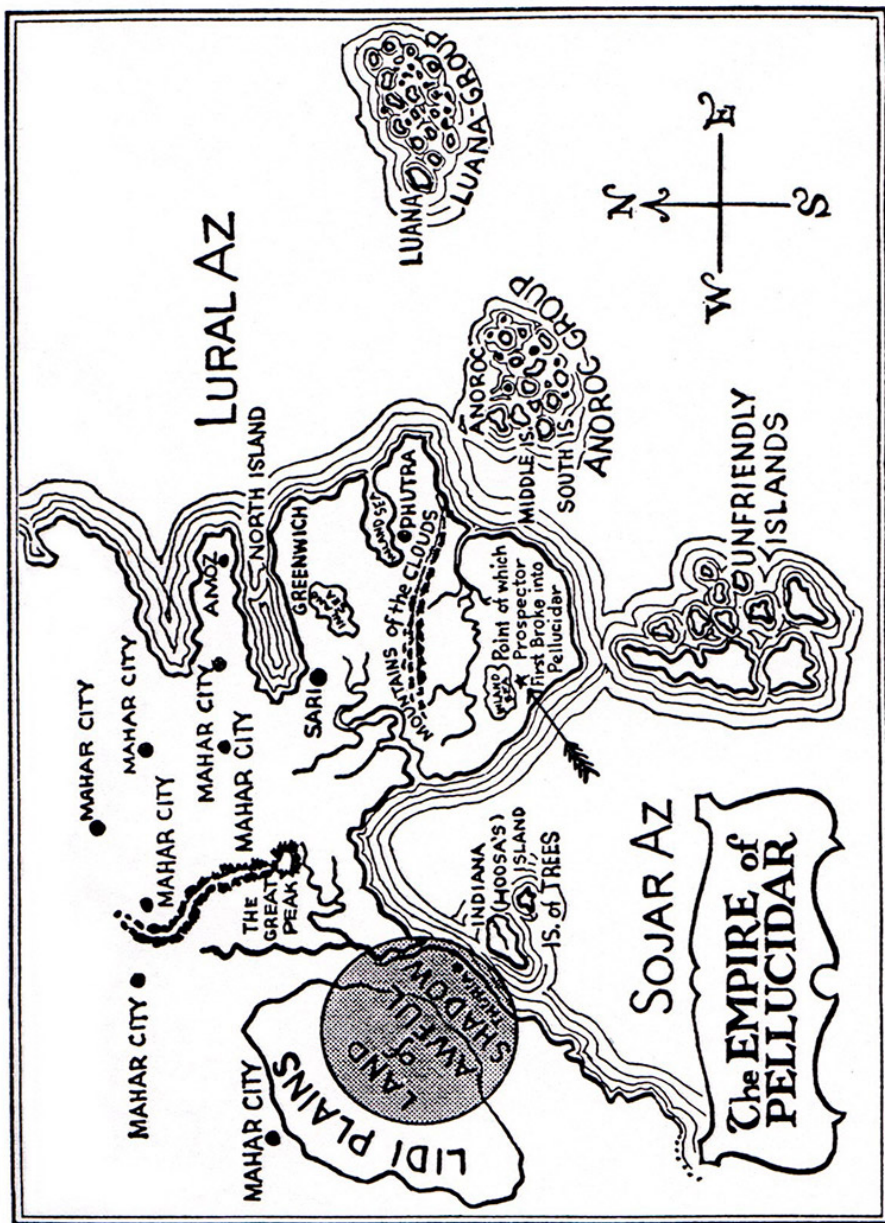
Fue el frontispicio de las ediciones de Ace y Del Rey. Apareció en la página 129 de la edición ómnibus de 1963 (Dover), la página 15 de la edición de Bison Books, la página 23 de la edición de Amereon House, la página 11 de las ediciones de 2003 (Dover and Castle) e incluido en la edición de 2006 de ERB Press. Este mapa se publicó, junto otros de los 10 otros mundos de Burroughs en *An Atlas of Fantasy* de J.

B. Post

(1973). En la edición de Ediciones El Rastro aparecía en la página 4.

Además, incluimos el mapa de Mahlon Blaine, creado para la Canaveral Edition (25 de octubre de 1965).

Más información sobre mapas de Pellucidar en: <http://www.bouncepage.com/Pellucidar/maps.html>





## Índice de imágenes

«... oí un gran siseo y vi que tres poderosos thipdars se elevaban velozmente desde sus rocas y se lanzaban al centro de la arena». (Ilustración de Frank Frazetta)

«Para mi sorpresa, los tres se precipitaron sobre el tarag, mientras este se estaba preparando para su carga definitiva. Clavaron sus garras en la espalda de la bestia, y la alzaron de la arena como si hubiera sido un pollo bajo la presa de un halcón». (Ilustración de Frank Frazetta).

«Con una mano sobre su rodilla y la otra acariciándose el mentón, me miró intensamente...» (Ilustración de Frank Frazetta).

«... las dos bestias cayeron sobre el thurio simultáneamente...» (Ilustración de Frank Frazetta).



EDGARD RICE BURROUGHS (Chicago; 1 de septiembre de 1875 – Encino, California; 19 de marzo de 1950) fue un prolífico escritor de género fantástico y de aventuras, célebre por sus series de historias de Barsoom (ambientadas en Marte), de Pellucidar (que tienen lugar en el centro de la Tierra) y, en especial, por la creación del mundialmente famoso personaje de Tarzán.

Burroughs nació en Chicago, Illinois, cuarto hijo del empresario y veterano de la Guerra de Secesión, Mayor George Tyler Burroughs (1833-1913)

y de su esposa María Evaline (Zieger). Burroughs (1840-1920).

Su segundo nombre procede de su abuela paterna, Mary Rice Burroughs (1802-ca.1870).

Estudió en varias escuelas locales, incluyendo la Harvard School de Chicago, donde entraría en contacto con el mundo clásico de Grecia y Roma. Durante la epidemia de gripe de 1891, pasó un año y medio en el rancho de su hermano en el Río Balsa, en Idaho. Atraído por la vía militar, asistió a la Academia Phillips en Andover, Massachusetts, y luego a la Academia Militar de Michigan. Se graduó en 1895, y al no superar el examen de ingreso en la

Academia Militar de Estados Unidos (West Point), terminó como soldado alistado con el famoso Séptimo de Caballería en Fort Grant, territorio de Arizona, donde llegó a luchar contra los Apaches. Tras ser diagnosticado de un problema cardíaco y no ser apto para el servicio, fue dado de baja en 1897.

Volvió a Chicago e Idaho, donde desempeñó algunos trabajos mal pagados. Finalmente, Burroughs encontró trabajo en la empresa de su padre en 1899, lo que le permitió casarse con su novia de toda la vida, Emma Hulbert, en enero de 1900. En 1904 dejó su empleo y se embarcó en trabajos menos regulares y lucrativos.

Siete años de salarios bajos le llevarían a la escritura. En 1911, Burroughs y Emma tenían dos hijos, Joan (1908-1972), que más tarde se casaría con el actor de cine James Pierce, intérprete de Tarzán, y Hulbert (1909-1991).

Durante este período, disponía de abundante tiempo libre y comenzó a leer muchas revistas de aventuras (denominadas popularmente «pulp», por el aspecto del papel barato con el que se imprimían). Convencido de ser capaz de alcanzar el (magro) nivel de sofisticación de las historias que contenían, a los 36 años de edad y bajo el protector seudónimo de Norman Bean, publica su primer relato, *Bajo las lunas de Marte*, en la revista *All-Story Weekly*, obra que le reportó 400 dólares. En octubre del mismo año, esta vez con su nombre real, se publica serializada *Tarzán de los monos*, dando inicio a una meteórica carrera como escritor.

En 1913, Burroughs y Emma tuvieron su tercer y último hijo, John Coleman Burroughs (1913-1979).

Pronto se dedica a la literatura a tiempo completo, publicando fundamentalmente en revistas populares, como *All-Story* y *The Argosy*. Escribió relatos de aventuras, ciencia ficción, fantasía, historias del salvaje oeste y romances históricos. Fueron famosas las series dedicadas a los fantásticos mundos de Barsoom (Marte), Amtor (Venus) o Pellucidar (el centro de la Tierra), pero ninguna tuvo comparación a la serie que narraba las aventuras de Tarzán, el hombre-mono, del que escribiría 24 novelas que lo convirtieron en

un hombre rico y famoso.

Este éxito no es solo literario. En 1917 se rodaría la primera película extraída de una de sus obras: *The Lad and the Lion*, aunque será un año más tarde cuando comience la interminable serie de versiones del Tarzán cinematográfico. Este Tarzán del cine mudo, dirigido por Scott Sidney, fue interpretado por Gordon Griffith, como Tarzán niño y Elmo Lincoln como Tarzán adulto. El éxito de público es rotundo.

Poseedor ya de una considerable fortuna, se trasladó a California en 1919 donde adquirió 540 acres de terreno, fundando una localidad a la que da el nombre de *Tarzana*, en honor al personaje que le había dado fama y fortuna, y dando comienzo a un próspero negocio inmobiliario.

En 1923 Burroughs creó su propia compañía, la Edgar Rice Burroughs, Inc., y comenzó a imprimir sus propios libros a lo largo de la década de 1930. En Febrero de 1932 se estrena, dirigida por W.

S. Van

Dyke e interpretada por Johnny Weismuller (Tarzán) y Maureen O'Sullivan

(Jane), *Tarzan, the Ape Man*, película que convertirá a Tarzán en uno de los mitos más populares del siglo xx y que dará lugar a toda una serie de secuelas protagonizadas por los mismos actores. A pesar del dinero que le reportaron, a Burroughs nunca le gustó la versión de Tarzán que se daba en estas películas.

En lo personal, Burroughs no tuvo tanta suerte. Se divorció de Emma, que no se había sabido adaptar al éxito de su marido, en 1934, para casarse en 1935 con la actriz Florence Dearholt Gilbert, exesposa de su amigo Ashton Dearholt y veinte años menor que él. Burroughs adoptó los dos hijos de Dearholt. La pareja, a su vez, se divorciaría en 1942.

En el momento del ataque a Pearl Harbor, el escritor vivía en Hawái, a donde se había trasladado por motivos de salud. A pesar de tener casi setenta años, solicitó y obtuvo permiso para convertirse en corresponsal de guerra.

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, Burroughs volvió a

California, donde sufrió muchos problemas de salud. Murió de un ataque al corazón el 19 de marzo de 1950, dejando como legado un centenar de novelas y relatos.